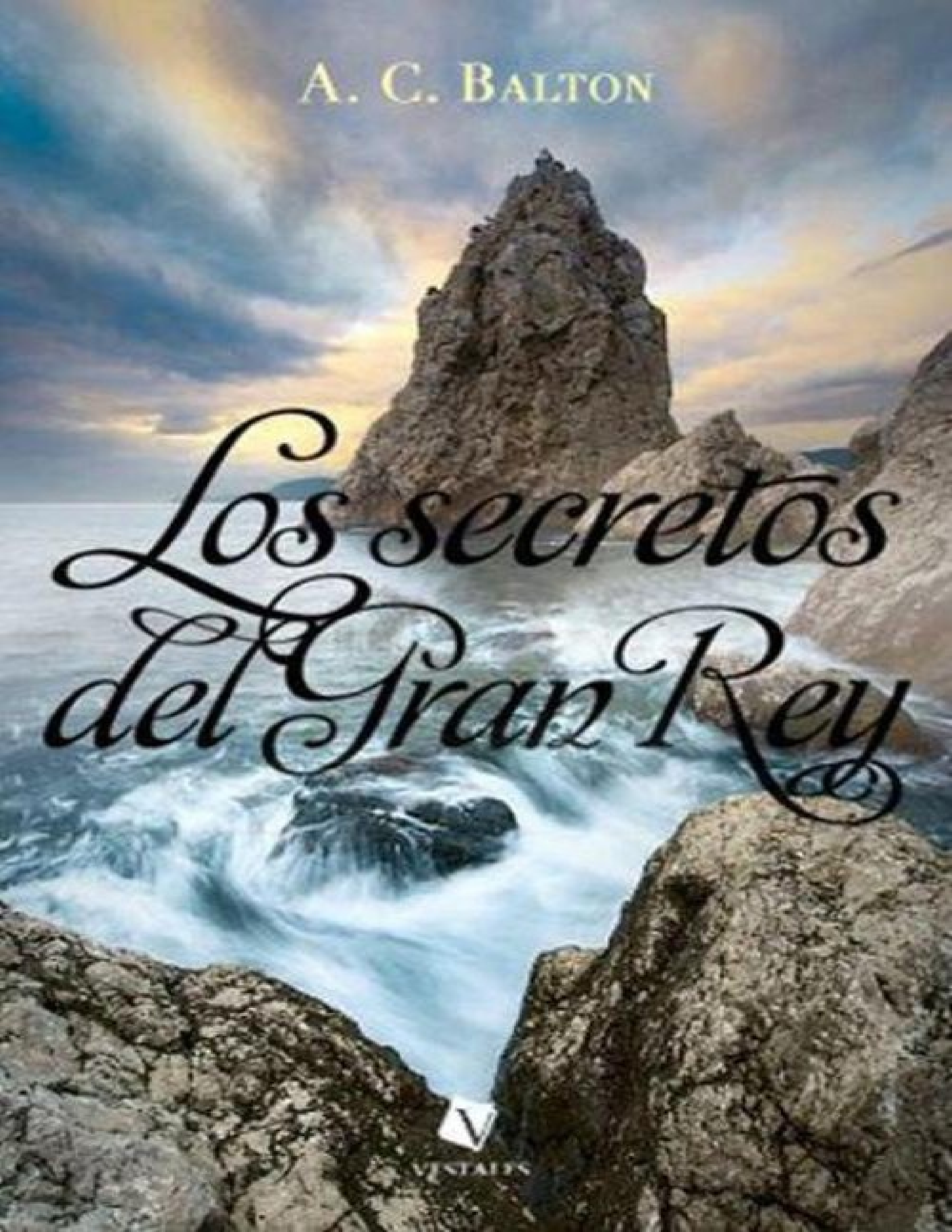

A. C. Balton
Los secretos del Gran Rey

A. C. Balton

Los secretos del Gran Rey

1

Nicole estaba leyendo el último artículo que había escrito y estaba punto de entregar a imprenta, sentada en su acogedora oficina situada en un nuevo edificio del barrio financiero de San Francisco. La vista era extraordinaria, pues gozaba de una espectacular panorámica de la bahía.

Mucha gente podía pensar que Nicole Wade había conseguido todo en la vida y, con respecto a la vida profesional, era muy posible que tuviesen razón, pero había pagado un precio demasiado alto para conseguirlo. Había sacrificado por completo la vida personal a cambio de una maravillosa oficina, una preciosa casa victoriana en Western Addition y unos cuantos ceros de más en la cuenta bancaria. ¿Había valido la pena? No sabía por qué, pero cada vez se hacía esta pregunta con más frecuencia.

Le gustaba el trabajo, ese no era el problema. Desde que tenía uso de razón había querido ser periodista; por ende, trabajar en uno de los periódicos de mayor tirada del país era, sin lugar a dudas, lo que siempre había soñado. Pero, en ocasiones, y en el último tiempo cada vez más a menudo, se preguntaba cómo hubiese sido la vida si, al acabar la carrera, se hubiese casado con Devlin, en vez de dejarlo en manos de su ex mejor amiga.

Devlin había sido, sin margen de duda, el amor de la vida. El flechazo se produjo cuando iban juntos al Bachillerato. Vivieron una hermosa ilusión mientras estudiaban en la Universidad. Pero cuando Nicole acabó la carrera, tuvo que elegir entre el amor de la vida o un trabajo en otro estado, que la podía llevar a lo más alto. En aquel momento la decisión resultó fácil, pues siempre pensó que Devlin la esperaría siempre y estaba convencida de que una oportunidad laboral tan buena solo aparece una vez en la vida de cada persona.

Estaba absorta por completo en estos pensamientos cuando sonó el teléfono.

—Nicole Wade al habla. ¿En qué puedo ayudarle?

—Hola Nikki. —Un silencio incómodo se hizo al otro lado de la línea.

—Rachel, ¿cómo te va? —La voz de Nicole sonó quebrada. No estaba preparada para oír de nuevo a su antigua amiga y necesitó un par de segundos para procesar con la mente las opciones que tenía.

—Por favor, no cuelgues —contestó Rachel para anticiparse a la decisión que, con toda seguridad, habría sido la más probable. —Tenemos que hablar.

—Creo que ocho años atrás ya nos dijimos todo lo que teníamos para decirnos.

—Nunca me dejaste explicarme.

—Supongo que encontrarte desnuda en la cama de mi novio me pareció suficiente explicación. —El tono cortante de Nicole dejaba traslucir con claridad que aún no la había perdonado.

—No llamo para hablar del pasado, aunque me encantaría que me dejases darte una explicación. Te he echado de menos.

—Entonces, ¿quieres decirme para qué demonios me llamas?

—Directa al grano, como siempre. —Hubo una pequeña pausa antes de que Rachel se decidiese a continuar. —Necesito hablar contigo de algo bastante importante. Pero no puedo hacerlo por teléfono. Voy a estar en San Francisco un par de días y me gustaría que pudiésemos vernos.

—Lo siento, pero estoy muy ocupada.

—Por favor, tengo una bomba informativa y creo que si pierdes unos minutos de tu tiempo conmigo vas a agradecérmelo el resto de tu vida.

—Será mejor que le des esa bomba a otro periodista, si quieres puedo recomendarte a alguno de mis compañeros. —¿Bomba periodística? ¡Ja! Rachel, la niña mimada de Beverly Hills, consideraría como noticia de importancia mundial que su peluquera faltase al trabajo.

—Por favor, no acudiría a ti si pensase que hay otra forma de actuar, pero solo confío en ti. Nikki, mi vida corre peligro, de verdad, tienes que creerme.

—Tendrías que haber sido actriz dramática. De acuerdo, pero más te vale tener una buena historia y que esto no sea una excusa para remover la porquería del pasado. Hay un pequeño café llamado Bob's en Union Square. Podemos quedar allí en una hora. —Aunque no tenía ninguna gana de verla, la curiosidad natural fue más fuerte que el resentimiento que sentía hacia ella. Además, ¿qué podía perder? Si la noticia no existía, siempre podía aprovechar el encuentro para decirle las cosas que en aquel momento quedaron por decir.

—Gracias, Nikki. Prometo que no vas a arrepentirte.

—Por tu bien, espero que tengas razón. —Nicole colgó el teléfono con brusquedad, sin despedirse, con la pequeña satisfacción de que, a pesar de todo lo que su amiga le había hecho en el pasado, una vez más era ella la que decía la última palabra.

Nicole dejó lo que estaba haciendo. Sabía que no podría concentrarse en nada hasta tanto averiguase qué estaba tramando su antigua amiga. Entregó el artículo que había estado escribiendo para que lo publicasen al día siguiente y se fue en su Porsche 911 al café de Bob.

Por desgracia, le llevó más tiempo aparcar que llegar, pero aun así llegó veinte minutos antes de la hora prevista para la cita. Se sentó en una mesa junto a la ventana de la entrada para ver a Rachel cuando llegara al café. Le gustaba controlar esos pequeños detalles.

La camarera la reconoció enseguida como cliente habitual y le hizo una seña con la cabeza para indicarle que iría a atenderla lo antes posible.

Pidió un café mocca de chocolate blanco con un trozo de pastel de chocolate casero. Estaba intentando sacarse dos kilos de encima y sabía que no debería caer en la tentación, pero no pudo evitarlo. Claire, la encargada del café, hacía las tartas caseras más ricas de todo San Francisco. Después de hacer el pedido sacó del maxi bolso de Jimmy Choo una novela de Sherrilyn Kenyon y se dispuso a pasar ese lapso de tiempo de una forma inteligente: leyendo.

Siempre cuando leía, se concentraba tanto que no se enteraba ni del paso del tiempo. La camarera se acercó para saber si necesitaba algo más. Nikki miró su Cartier y vio que había pasado una hora, tiempo más que suficiente para que Rachel hubiese llegado al café.

—No, gracias. Tráeme la cuenta cuando puedas.

—De acuerdo.

Estaba sacando la cartera para pagar cuando oyó el tintineo de la puerta. Dirigió por instinto la

vista hacia la entrada y vio a la que había sido su mejor amiga durante la mayor parte de la vida. Aunque se suponía que debía odiarla por lo que le había hecho, un sentimiento cálido e intenso se expandió en el corazón al verla, y dejó escapar una pequeña sonrisa, sin lograr evitarla ni disimularla.

Rachel no había cambiado nada. Estaba vestida con unos vaqueros viejos y una camisa dos tallas menores de la que le hubiese correspondido. Se acercó a Nikki y le dio un cariñoso abrazo.

—No has cambiado nada.

—Oh, Nikki! Tú, en cambio estás hecha toda una californiana. Te juro que si nos hubiésemos cruzado por la calle jamás te habría reconocido. ¿Qué te has hecho en el pelo? Te queda fantástico.

Rachel empezó a disparar preguntas como una metralleta sin esperar contestación y a Nikki se le escapó una risita al acordarse de los viejos tiempos.

—¿Por qué querías verme? —Nicole la interrumpió. No pretendía resultar fría, pero quería dar a entender a Rachel que la visita era profesional, no personal. Después de todo, ella aún no la había perdonado en el plano personal. Era posible no lo hiciera nunca.

—¿Podemos ir a tu casa?

—¿Qué?

—Verás, tengo mucho que contarte y creo que estaríamos mejor en tu casa.

—Lo siento, Rachel, pero no me llevo el trabajo a casa, así que si quieres decirme algo te aconsejo que te des prisa. Has llegado bastante tarde y tengo una cita para cenar —mintió.

—De acuerdo. ¿Has vuelto a tener noticias de Devlin?

—Creí que no habíamos venido a hablar del pasado, porque si es así prefiero irme a casa. —Nicole comenzó a levantarse de la mesa, pero una mano y la mirada desesperada de su ex amiga la obligaron a sentarse de nuevo.

—Está bien, te lo voy a resumir en una frase. Devlin ha intentado matarme.

Nicole la miró con suspicacia durante unos breves segundos y después se echó a reír.

—Venga ya, Devlin no le haría daño ni a una mosca, y menos aún a ti. Después de todo, eres su esposa —dijo esto último con mucha amargura, descargando todo el resentimiento guardado en los últimos años.

—Sé que es difícil de creer, pero tengo pruebas.

—¿Y por qué demonios no se las llevas a la policía? —Nicole estaba cada vez más confundida por el giro de la conversación y empezaba a sospechar que todo era una charada, que el encuentro no era más que un truco de Rachel para volver a involucrarla en estúpidas maquinaciones.

—No puedo, aún no. —Miró alrededor en el café, como si temiese ver al mismísimo demonio allí mismo. Después de comprobar que no había motivo de alarma, continuó hablando—: Nuestro matrimonio fue una farsa desde el principio. Él siempre estuvo enamorado de ti, pero eso ya lo sabes. La noche en que nos encontraste juntos fue la primera vez, yo quería enredarlo y le hice beber bastante, y aun así me costó mucho persuadirlo. Para serte sincera, tengo que confesar que os tendí una pequeña trampa.

Nicole no sabía si podía creer en lo que estaba oyendo, pues Rachel siempre deformaba la realidad a su antojo. Pero una parte de ella quería conocer la verdad y saber por qué la habían traicionado las dos personas que más había querido en el mundo.

Al ver que Nicole no hacía ningún comentario ni intento de marcharse, Rachel siguió hablando, sin demostrar el menor asomo de vergüenza o pesar.

—Sabía que ibas a darle una sorpresa a Devlin, porque llamaron de tu agencia de viajes para confirmar la nueva hora de salida del vuelo que ibas a tomar. Me encontré con Devlin, le conté lo triste que estaba porque mi último novio había desaparecido sin dejar ni tan siquiera una nota, dramaticé. Lo emborraché, lo desnudé cuando ya estaba medio inconsciente y me limité a tumbarme desnuda y esperar a que llegases.

—¿Por qué me estas contando esto ahora?

—Porque necesito que sepas todo el odio que Devlin siente por mí. Esa noche no hicimos el amor, aunque él siempre pensó que sí. Tú nos encontraste y esa parte creo que ya la conoces. Te fuiste con la elegancia de una reina, sin hacer ningún tipo de escena y yo me quedé ahí para recoger los pedazos rotos del corazón de Dev.

Hizo una breve pausa y encendió un cigarrillo antes de seguir.

—Los días siguientes fueron bastante confusos. Devlin intentó localizarte para pedirte perdón, pero tú ya no estabas en Nueva York. Tu jefe nos dijo que habías dejado el periódico y que no le habías dado tu nuevo emplazamiento. Sin mirar atrás viniste a San Francisco y empezaste una nueva vida, algo que en aquel momento te agradecí con todo mi corazón, pues me serviste a Devlin en bandeja. El resto de la historia se parece a un mal telefilm de bajo presupuesto. Le hice creer a Devlin que estaba embarazada y el pobre hizo lo único honesto que podía hacer: se casó conmigo.

—¿Tenéis hijos?

—No, esa fue otra de mis mentiras. Solo tuve que fingir un aborto a los dos meses de casarme.

—Siempre pensé que eras mi mejor amiga. ¿Por qué me odiabas tanto?

—Porque tú lo tenías todo. Cuando acabaste la carrera ya tenías un prometedor trabajo esperándote y a Devlin, fiel como un perro, babeado a tus pies. No te lo merecías, lo dejaste tirado y te fuiste a Nueva York.

—Solo era un arreglo temporal —interrumpió Nicole.

—No era justo.

—La vida rara vez es justa —dijo Nicole con resentimiento—. Te queda poco tiempo, así que ahórrame los detalles escabrosos de tu historia y ve directo al grano.

—Devlin, poco a poco, se dio cuenta de mis mentiras y apenas soportaba mirarme. Se dedicó en cuerpo y alma al trabajo. Como ya sabrás, la compañía de software que fundó junto con Derek y Jared es una de las más importantes del país.

—Sigo sin saber a dónde quieres llegar.

—No sé por qué Devlin no se divorció de mí, pues casi desde el principio de nuestro matrimonio hacemos vidas separadas, aunque de cara al público somos la pareja perfecta. Lo único que compartimos es la casa, y tenemos tantas que la mayor parte de las veces ni eso. Por lo general él reside en Hawaii y yo en Boston. Pero, hace cosa de un mes, fui a Hawaii para colgarme de su brazo en una fiesta benéfica. Estando en casa, descolgué el teléfono para llamar a mi spa y Devlin estaba hablando. Escuché una conversación telefónica de Devlin con otra persona a la que no pude reconocer por la voz, aunque me sonaba familiar. Hablaban sobre un proyecto de

negocios, no sé, algo que tenía que ver con alguna cosa que habían encontrado cerca de Kailua Kona. Al principio no le di importancia, pues Devlin adora Hawaii y gasta gran parte de su fortuna en conservar y dar a conocer la historia hawaiana. Pero, cuando iba a dejar el teléfono, la persona con la que Devlin estaba hablando dijo algo sobre unos huesos que estaban tan bien escondidos que nadie podría encontrarlos nunca. Me entró el pánico y colgué el teléfono con brusquedad. Supongo que oyeron el clic al caer el auricular, porque desde entonces he sufrido dos atentados contra mi vida. De momento no han conseguido matarme, pero sé que, si no me ayudas, pronto lo harán.

—¿Cuáles son esas pruebas que has dicho que tenías?

—Tengo una cinta escondida. Esa noche grabé sin querer la conversación telefónica. Sabes lo mal que se me da manejar aparatos, yo quería encontrar el botón para marcar la línea exterior pero grabé la conversación, todavía no tengo idea de cómo hice.

—Háblame de esos dos intentos de asesinato. —A pesar de la reticencia inicial, Nikki empezaba a sentir curiosidad por la historia de su antigua amiga.

Antes de continuar, Rachel pidió un Martini blanco a la camarera. Nicole pudo notar el ligero temblor de las manos de Rachel y pensó que debía de llevar una vida muy desgraciada para tener que consolarse con la bebida.

—El primero fue allí mismo, en Hawaii. Un coche negro intentó atropellarme cuando cruzaba la calle. Me salvé de puro milagro, gracias a un peatón que se tiró encima de mí para apartarme de la trayectoria del coche.

—¿Cómo sabes que te buscaban a ti? Quizás fuese un simple incidente de tráfico, como tantos otros que pasan todos los días. —Nicole cada vez creía menos en la fantástica historia, pero continuaba escuchándola por pena y para saber a dónde quería llegar Rachel con un relato tan inverosímil. No creía ni una sola palabra, pero estaba muy intrigada. Volvió a pensar en lo desgraciada y vacía que debía de ser la vida de Rachel para tener que inventarse una historia semejante.

—Se dirigía hacia mí, no me cabe la menor duda de ello. Estaba cruzando con el semáforo en verde en un sitio de mucha visibilidad y el coche no frenó en ningún momento. No había forma de que no me hubiera visto. —Rachel la miraba a los ojos en forma directa, suplicando con la mirada que creyera en ella o que, al menos, la dejase terminar de contar su historia.

—De acuerdo. —Nicole intentó no parecer escéptica—. Háblame del segundo intento.

—Fue hace apenas cuatro días. Devlin me indicó que volviera a Hawaii para que organizase otra de sus dichosas fiestas. Él no estaba en la isla, y no llegaría hasta dos días más tarde, para la fiesta.

—¿Suele hacer eso en forma habitual?

—Sí, él manda y sus esbirros obedecemos. —Casi había acabado la copa e hizo una seña a la camarera para que trajese otra—. Fui en persona a encargar el servicio de catering donde lo hago siempre, a las afueras de Honolulú. Noté que un coche negro me seguía. No sé qué modelo era, pero estoy casi segura de que era el mismo que había intentado atropellarme la vez anterior. Cuando salimos de la ciudad intentó sacarme de la carretera y casi consiguió que me matase. Pero conozco bien ese camino y logré enderezar el coche en el último momento.

—¿Le contaste esto a la policía?

—Regresé para hacerlo y me detuve en un control de carretera que había entrado en Honolulú. Lo conté todo y ellos me hicieron la prueba de alcoholemia pues pensaron que estaba borracha y que había inventado la historia.

—En verdad no sé cómo quieres que te ayude. Sin pruebas no puedo publicar nada y lo que me cuentas no se sostiene demasiado bien.

—Sé que te he hecho mucho daño, pero también sé que eres una buena periodista. —Los ojos de Rachel estaban vidriosos, aunque Nicole no sabía si se debía al alcohol o al estado de nervios en que se encontraba—. Prométeme que, si algo me pasa, descubrirás a Devlin. No permitas que ese bastardo me mate y se salga con la suya.

—Rachel, siento que tu vida sea un completo desastre, pero no voy a dejar que me metas en tus líos. Para serte sincera, creo que esta historia solo es otro de tus intentos por llamar la atención de Devlin y, por primera vez en mucho tiempo, siento pena por él y asco por ti. No eres más que una mujer resentida y manipuladora. —Nicole no pudo continuar hablando y se levantó para irse sin echar ni tan siquiera una mirada a Rachel. Ahora entendía que la amiga de su infancia había muerto hacía mucho tiempo atrás consumida por los celos y las envidias. Esa persona con la que acababa de hablar era una perfecta desconocida y quería que siguiese siéndolo.

—Aún le amas, ¿verdad? —fueron las últimas palabras que oyó antes de salir por la puerta.

2

Nicole se despertó tarde esa mañana. Cuando abrió los ojos con lentitud y observó la luz de la mañana que iluminaba por completo la habitación, miró hacia el despertador temiendo lo peor. La hora parpadeaba lenta e inexorable en la pantalla digital.

Maldición, se ha parado el despertador.

Saltó de la cama como un rayo y corrió a darse una ducha rápida. Se puso un cómodo vestido de cachemira de Bottega Veneta, ideal para los primeros meses de octubre, y se fue corriendo al periódico. Al llegar, se sirvió una taza de café negro y entró a su despacho. Revisó los mensajes del contestador y el correo electrónico y después leyó con rapidez la enorme cantidad de notas de prensa que había recogidas en el casillero. Descartó todas las noticias, menos una que le llamó la atención: una mujer de setenta y dos años había desaparecido mientras cobraba la renta a los inquilinos de su edificio.

Como se había perdido la reunión del equipo de trabajo, se dirigió al despacho del jefe, Clark Bell. Cuando entró, Clark, que se encontraba hablando por teléfono, levantó la vista hacia ella y le hizo una seña para que se sentase. Cuando acabó de hablar la miró con cara de pocos amigos.

—Siento haber llegado tarde. Se detuvo el despertador —dijo para disculparse.

—No te preocupes, eres la única persona puntual en esta maldita redacción, así que, si llegas tarde alguna vez, supongo que es porque tienes una buena excusa.

—Me gustaría hacerme cargo del caso de la mujer desaparecida mientras recaudaba la renta.

—Dunsley lo quería, pero lo he guardado para ti. Sabía que te gustaría.

—Llamaré a Denton, de la oficina del alguacil, para ver qué puede contarme, y lo tendré todo en tu mesa a mediodía. ¿Has mandado ya algún fotógrafo al edificio?

—Aún no.

—Mejor, me llevaré a Pamela. Así podré hacer unas cuantas preguntas a los vecinos.

Clark desvió la vista hacia la computadora y esa fue la señal para que Nicole saliese del despacho y comenzase con el trabajo duro.

Cuando llegaron al edificio, propiedad de la desaparecida, encontraron justo lo que Nicole esperaba: un edificio medio en ruinas, habitado por personas que ocupaban el peldaño más bajo dentro de la escala social. Pamela se puso a sacar fotos del exterior, desde distintos ángulos, y Nicole empezó a llamar a los timbres del portero automático en un intento por localizar a posibles testigos. Después de varios intentos, una voz vieja y cansada contestó al otro lado del aparato.

—¿Sí?

—Buenos días, soy una periodista de «La voz de San Francisco» y me gustaría hablar con usted sobre la desaparición de la casera.

Se prolongó el silencio durante un par de minutos. Cuando Nicole pensó que le había colgado, oyó de nuevo la voz.

—Empuje la puerta para subir.

—Está usted en el segundo A, ¿verdad?

—Ajá.

—Pamela, voy a subir al segundo A, tú fíjate mientras si puedes hacer alguna foto interesante y llévala a la redacción.

—¿No quieres que te acompañe?

—Solo conseguiríamos intimidar a la gente con la cámara y no creo que fotografiar a los vecinos aporte nada nuevo. Hasta luego.

Nicole entró en el edificio y, aunque en un principio lo hubiera creído imposible, estaba más sucio por dentro que por fuera. La puerta del segundo A estaba entreabierta y dejaba ver un largo pasillo, lleno de todo tipo de bolsas de basura y envases vacíos de comida.

—Hola. —Nicole se aventuró a entrar— ¿Hay alguien?

—Pase, venga a la salita de estar, al fondo del pasillo.

Nicole procuró no pisar nada y se encaminó al fondo del pasillo. Cuando entró en la pequeña salita vio a una señora mayor, bastante obesa, con una enorme bata de casa rosa, sentada en un sillón.

—Siéntese, hija.

Nicole recorrió la sala con la vista y decidió sentarse en una pequeña silla de madera que parecía lo más limpio del hogar.

—Gracias por recibirme, señora... —dejó la frase sin terminar en forma deliberada.

—¡«Señora»! —La vieja se rió con ganas—. ¡Vaya! Hace mucho tiempo que nadie me llama así. Puede llamarme Geri.

—Encantada, Geri. ¿Podría contarme algo sobre la desaparición de la casera?

—Era una vieja loca. Siempre venía a primeros de mes exigiendo el dinero de la renta, pero a la hora de arreglar algo siempre se desentendía. Aquí nada funciona, pero supongo que eso ya lo habrá notado.

—Si lo dice por el ascensor, lo he notado, he tenido que subir andando. Menos mal que vive usted en el segundo piso.

—Lleva cerca de dos años estropeado y solo es una de las muchas quejas que los vecinos tenían contra ella. La gente estaba bastante enfadada con la vieja loca, así que no me extrañaría nada que a alguno de los inquilinos se le haya ido la mano, usted ya me entiende.

—¿Habla de algún inquilino en particular?

—Sí, de los de arriba. Son gente muy rara ¿sabe? —Pareció incómoda durante unos breves segundos—. De esos desviados.

—¿Desviados? —la animó Nicole para que se explicase un poco mejor.

—Sí, ya sabe, hombres que viven juntos.

—Se refiere a que son homosexuales. —Nicole no pudo disimular una mirada despectiva. No soportaba a la gente que juzgaba a otra por su condición sexual.

—En mi época se les llamaba maricones.

—Centrémonos en los hechos, por favor.

—Bueno, ellos viven arriba y, como se puede imaginar, las paredes en este edificio son de papel, así que una persona como yo, que pasa gran parte del tiempo en casa, se entera de cosas

aunque no quiera. La semana pasada los oí discutir con la vieja porque ellos no le pagaban la renta desde hacía unos cuantos meses. La muy estúpida amenazó con echarlos si este mes no cobraba todos los atrasos y supongo que, cuando vino a cobrar hoy, recibió lo que se merecía.

—¿Sabe si tenía familia? Es extraño que una mujer tan mayor se ocupe en persona de cobrar la renta.

—Tiene un hijo. Un perdedor, vive en el tercero B. Pero apenas se hablaban. Ella nadaba en dinero mientras que él vivía en esta pocilga. Supongo que no era lo que se dice una familia modelo.

—Muchas gracias por su colaboración. —Nicole conocía a gente como Geri todos los días y sabía que no podría sacarle nada más—. ¿Desea añadir algo?

—¿Voy a salir en el periódico?

—Sí, contaré todo lo que usted me ha dicho.

—No se olvide de poner bien mi nombre. Es Geri, ¿recuerda?

—No lo olvidaré. Gracias por su tiempo.

Nicole se levantó e hizo acopio de todo el valor posible para dirigirse hacia la puerta. Miró al suelo y creyó ver una rata revolcándose entre una bolsa de McDonald's. No se detuvo a comprobarlo. Intentó sacar más información a otros vecinos, pero ninguno le dijo nada de importancia, así que volvió a la oficina a redactar el artículo.

Se encontraba a punto de terminarlo cuando Albert Dunsley, el reportero más necio de todo San Francisco, entró en el despacho.

—Felicidades, sé que Clark te dio la historia de la vieja desaparecida. —Dunsley la miraba de una forma extraña y Nicole empezó a sentir un ligero desasosiego.

—Gracias. —Volvió la mirada a la computadora, pero Dunsley, en lugar de irse, se sentó en la silla frente a la mesa, sin esperar ninguna invitación.

—Supongo que quieres decirme algo más —lo apremió ella e intentó disimular su nerviosismo. Veía a Dunsley muy contento y, por lo general, Dunsley solo estaba contento cuando alguien de la redacción estaba a punto de pifiarla. —Así que suéltalo ya, o vete por favor, tengo mucho trabajo.

—La verdad es que por la mañana estaba un poco enfadado contigo. Siempre te llevas las mejores noticias, incluso sin estar presente para pedirlas. —La miró a los ojos para después posar la mirada sobre el cuerpo de Nicole, con obvio interés sexual, y continuó—: aunque, claro, ser una mujer bonita tiene muchas ventajas. Es una pena que malgastes tu encanto con ese vejestorio de Clark, seguro que él no tiene ni idea de lo que se puede hacer con una mujer como tú.

—Tus insinuaciones empiezan a resultarme aburridas. Y por tu bien espero que no estés insinuando que existe algo entre Clark y yo, porque si eso es lo que tienes en tu sucia cabeza, ya puedes irte con tus asquerosas teorías fuera de mi despacho. —Nicole a duras penas podía contener la rabia. Dunsley siempre conseguía sacarla de sus casillas.

—Tranquila, pequeña, no era más que una mera observación, sin mala intención.

—¿Vas a decirme por qué estás aquí en realidad? Tengo trabajo. —Nicole estaba a punto de perder la paciencia y no estaba segura de cuánto más podía aguantar.

—No, creo que va a ser más divertido que lo averigües tu solita.



Dunsley salió del despachó de Nicole con una extraña sonrisa, como si le hubiera robado un caramelo a un niño.

3

Nicole entró en el despacho de Clark con una sonrisa triunfante. Había conseguido un artículo fantástico y estaba segura de que se había ganado un sitio privilegiado en la primera página.

—Creo que esto se merece una primera página.

—Lo siento, pero esta vez no va a poder ser. —Clark la miraba contrariado, mientras le hacía un gesto para que se sentase.

—Pero si aún no has visto lo que he escrito. —Nicole intentó, sin mucho éxito, no parecer decepcionada.

—No importa. ¿Es que no te has enterado?

—¿Enterarme de qué? ¿Es que nadie puede hablar claro en esta redacción? Parece que hoy estáis todos intentando volverme loca.

—La mujer de Devlin McKinley, el empresario informático, ha sido encontrada muerta. Como no estabas aquí, le he dado el caso a Dunsley, así que lo siento, pero hoy se queda él con la primera página.

Nicole se sentó en una silla con torpeza. Durante unos instantes el color abandonó por completo su cara y Clark se acercó a ella con aire preocupado pues pensó que se iba a desmayar de un momento a otro.

—¿Estás bien? Te traeré un vaso de agua.

—No, no te preocupes. Es solo que Rachel no puede estar muerta.

—¿La conocías? —Clark parecía sorprendido. Llevaba ocho años trabajando con Nicole pero, al igual que el resto de los compañeros, apenas sabía nada de la vida privada de ella. Mejor dicho, por lo que él sabía, ella no debía de tener vida privada de ningún tipo. Clark pensaba que Nicole vivía en exclusiva por y para el periódico y le sorprendió descubrir que, en realidad, no era así.

—Fuimos amigas hace mucho, demasiado tiempo. —Nicole encontró fuerzas en algún lugar de su interior para responder—. ¿Qué le pasó?

—Bueno, eso todavía no está muy claro, pero parece que fue una sobredosis. La camarera del hotel la encontró cuando iba a hacer la limpieza. Encontraron alcohol y pastillas en la habitación. Todo parece indicar que fue un suicidio.

Nicole se sentía mareada. ¿Había sido en verdad un suicidio, o se habían cumplido los peores temores de su antigua amiga? Recordó la mirada de súplica que le había dirigido Rachel cuando fue a pedirle ayuda la noche anterior. Parecía en verdad perdida y ella le había dado la espalda, sin el menor remordimiento.

—Quiero este caso. —La frase llegó a los labios de Nicole antes de que el cerebro diese la orden, así que los dos se sorprendieron por igual cuando la oyeron.

—Tú sabes que yo sé que eres mi mejor periodista, pero no puedo hacer eso. Se lo he dado esta mañana a Dunsley.

—Ayer hablé con ella.

—Vaya, esto empieza a ponerse interesante, pero aún no lo suficiente. —Clark se echó hacia atrás en el asiento y la miró a los ojos con fijeza, en un intento por leerle la mente.

—Creía que alguien estaba intentando matarla. —Decidió guardarse para sí la información sobre Devlin. No pensaba implicarlo en algo tan grave como un asesinato, con el testimonio de una mujer despechada y borracha como única prueba—. Y quería que yo la ayudase. Se lo debo. Esto no es solo la lucha por otra portada.

—De acuerdo, dile a Dunsley que venga. Hablaré con él y le pediré que te pase todo el material que ha reunido hasta el momento. Tú pásale todo lo que tengas de la casera desaparecida, a partir de hoy lo llevará él.

—Gracias, te debo una.

—Nena, haz que aumente la tirada y estaremos en paz.

Nicole se levantó y se dirigió hacia la puerta con lentitud, pero antes de salir decidió dar el golpe de gracia.

—Necesitaré un pasaje de avión para Hawaii y una reserva de hotel para dentro de un par de días.

—¿Hawaii? ¡Pero si la encontraron en San Francisco! ¿Para qué demonios necesitas ir a Hawaii? —Clark empezó a calcular con la mente el costo de esta última decisión.

—Para ver a Devlin McKinley, por supuesto.

—Pierdes el tiempo. Dunsley ya lo ha intentado y su secretaria dice que no va a conceder ninguna entrevista. Además, estará en un paradero desconocido los próximos días.

—Créeme, a mí querrá verme.

Nicole le dijo a Dunsley que fuese al despacho de Clark y después se dirigió al suyo propio para conseguir todo el material posible. Hizo una llamada al departamento del alguacil y pidió a su contacto que le enviase por fax todos los informes disponibles sobre el caso. Después llamó a la oficina del forense para saber cuándo iban a hacer la autopsia y le informaron que no la empezarían hasta esa misma tarde. Por fin, se decidió a enfrentarse con lo que más la asustaba, y pidió a información el número de Devlin.

Cuando los tonos del teléfono empezaron a sonar, Nicole pensó que el corazón le iba a estallar. Una voz femenina habló al otro lado de la línea telefónica.

—Oficina del señor McKinley, buenos días. ¿En qué puedo ayudarle?

—Desearía hablar con Devlin —utilizó el nombre de pila a propósito; sabía que, de lo contrario, la secretaria, como buen perro amaestrado, le daría largas.

—¿Puede decirme su nombre y sobre qué quiere hablar con el señor McKinley, por favor?

—Es un asunto personal. Mi nombre es Nicole Wade.

—Debido a una desgracia personal el señor McKinley estará ilocalizable los próximos días, pero le daré el recado lo antes posible.

Colgó justo en el momento en que un iracundo Dunsley entraba en el despacho como una tromba.

—Era mi caso. ¿Cómo has podido robármelo? No eres más que una maldita zorra.

—Ante todo, cálmate y cierra la puerta. No me apetece ser la comidilla de la redacción los próximos tres meses.

Nicole intentó permanecer fría y controlada, pero por dentro temblaba como un flan. Sabía que él tenía todo el derecho del mundo a estar enfadado: el caso era suyo. Pero no podía dejarlo en manos ajenas. Rachel le había pedido ayuda y ella la había dejado abandonada a su suerte. Ahora le debía una respuesta. Tenía que descubrir si el temor de Rachel era algo más que paranoia, y si era así, asegurarse de que el asesino pagara por el crimen.

—Siento mucho haber hecho esto a tus espaldas y te prometo que te puedes quedar con la próxima noticia mía que me pidas. Lo creas o no, no le he pedido a Clark que me dé el caso para ganarte en esta estúpida competición a la que juegas conmigo. Conocía a Rachel en persona y no puedo quedarme de brazos cruzados mientras otro periodista investiga la noticia.

—Eres una pequeña zorra, puede que hayas conseguido seducir a Clark, pero él no va a estar siempre ahí para defenderte.

—Tienes la mente más sucia que un estercolero. —Ahora Nicole estaba tan enfadada como él—. Sal de aquí de inmediato.

—Me la vas a pagar.

Nicole pudo observar el profundo odio en los ojos de Dunsley antes de que saliese hecho una furia por la puerta. Lo siguió con la vista a través de la ventana y vio cómo abandonaba la redacción después de tirar todo el contenido de la mesa de una de las jóvenes redactoras en el camino hacia la salida.

Nicole miró la hora en el reloj y se sorprendió al ver que ya se había pasado la hora de comer. Por lo general tomaba un sándwich en la redacción, pero se le había hecho tan tarde que decidió tomarse otro café y aguantar hasta la hora de cenar.

Se puso a investigar por internet los últimos años en la vida de Devlin y Rachel. Tal y como ella le había contado la noche anterior, para la prensa eran una pareja perfecta. Devlin apenas salía en ningún artículo, solo en selectas fiestas benéficas y siempre acompañado por su amantísima esposa. Rachel, en cambio, era otro cantar. Salía en las revistas del corazón casi todas las semanas enseñando multitud de casas, pero resultaba curioso que nunca hubiera hecho ningún reportaje en la de Hawaii. Nicole pensó que ese debía de ser el santuario privado de Devlin, además de ser el sitio donde había comenzado toda esta locura, ya que Rachel le había dicho que los dos intentos de asesinato habían sido en Hawaii. Tenía que conseguir entrar en esa casa como fuera, y tenía que hacerlo cuanto antes.

Miró de nuevo el reloj y empezó a impacientarse. Cuando llamó a la secretaria de Devlin, pensó que él se pondría al teléfono con rapidez, o por lo menos le devolvería la llamada en un plazo razonable de tiempo, ya que, después de todo, se lo debía, pero a medida que pasaban las horas cada vez se sentía más insegura. Tal vez él ya la hubiera olvidado.

Siguió reuniendo información y repasó la que le había dejado Dunsley. No era mucha, pero supuso que se habría guardado lo más jugoso para darle un escarmiento.

A última hora de la tarde llamó al contacto de la oficina del forense.

—La causa oficial de la muerte es una sobredosis accidental.

—¿Accidental? —La sorprendió que no declararan suicidio.

—Sí, como no había nota de suicidio, ni nadie puede atestiguar que estuviese planeando hacerlo, tenemos que suponer que estaba borracha y se pasó con la medicación. Además, el marido

no quiere ni oír nombrar la palabra suicidio y ya sabes lo influyente que es.

—¿Medicación? ¿Le había recetado las pastillas algún médico?

—Sí, el doctor Kaufman llevaba varios años tratándola por una depresión.

—¿Puedes pasarme los datos por correo electrónico cuando cuelgues? Me gustaría hacerle unas preguntas.

—Sí, te pasaré también una copia de la autopsia.

—Muchas gracias, Max, eres el mejor.

—Espero ser tan bueno como para merecer una cena romántica, a la luz de las velas.

—Mientras no sea en la sala de autopsias... Es broma, ahora mismo estoy muy liada, pero prometo que hablaremos del tema cuando acabe con esto.

—Ya he oído antes esa excusa. —El tono de voz empezaba a sonar un tanto lastimero y Nicole decidió cortar la conversación antes de aceptar una cita por los motivos equivocados.

—Tengo que dejarte. Muchas gracias por la información.

Nicole colgó sin esperar respuesta y abrió el correo electrónico. Allí estaba ya la información prometida. Decidió hacer una llamada al doctor Kaufman antes de irse.

—Clínica del doctor Kaufman, ¿dígame?

—Hola, soy Nicole Wade y me gustaría hablar con el doctor.

—¿Es usted paciente?

—No, soy periodista.

—Un momento, por favor. Creo que está ocupado con un paciente, comprobaré si todavía no ha acabado.

Nicole se preparó para la conversación con un bolígrafo y un cuaderno de notas en la mano. Después de garabatear unos cuantos dibujos (que tendría que destruir para asegurarse de que nadie viese las pocas dotes artísticas de que disponía), una voz grave habló al otro lado de la línea.

—Señorita Wade, mi secretaria me ha dicho que desea hablar conmigo. —El tono cauteloso de la voz del doctor alertó a Nicole sobre cómo debía desarrollar la conversación.

—Sí, me gustaría hacerle un par de preguntas, pero antes ¿podría confirmarme que trataba usted a la señora McKinley?

—Lo siento, pero en la clínica tenemos una política bastante estricta acerca de la confidencialidad de nuestros pacientes. En verdad siento mucho no poder ayudarla.

Nicole había oído miles de veces ese discurso a lo largo de su trayectoria periodística y no se dejó intimidar. Sabía que, si quería conseguir información, debía mantenerse firme y parecer segura de sí misma.

—Pero Rachel está muerta —contraatacó— y la causa, como usted ya debe de saber, es un cóctel mortal de alcohol y pastillas que, da la casualidad, fueron recetadas por usted.

—Oiga, no quiero que mi nombre salga en los periódicos relacionado con este caso. No es el tipo de publicidad que mi clínica necesita en estos momentos.

—Puede hablar conmigo de una manera confidencial, le prometo no sacar a relucir ninguna información que usted me haya revelado que pueda dañar la reputación de su clínica ni la suya personal.

—¿Cómo sé que puedo confiar en usted?

—Mire, no me dedico al periodismo sensacionalista. Mi trayectoria me avala. Solo quiero saber si usted, como médico de Rachel, cree que haya podido suicidarse.

—No lo descarto por completo pero, para ser sincero, me cuesta creerlo. Había estado en verdad deprimida hace un par de años, pero en los últimos tiempos estaba mucho mejor. No puedo decirle más, tendría que haber venido hace una semana a mi consulta, pero a última hora canceló la visita.

—¿Le dio algún motivo?

—No. Tan solo llamó a la enfermera y la canceló. Dijo que llamaría más adelante para concertar una nueva cita.

—¿Eso le pareció raro?

—No. Ella no solía cancelar las citas a menudo pero, debido a su apretada agenda social, a veces se veía obligada a hacerlo.

—¿Solía beber a menudo?

—No, había tenido problemas graves con el alcohol hacía un par de años, pero en los últimos tiempos parecía haberlos superado por completo.

—¿Sabe cuál fue la causa de su adicción a la bebida?

—Ella era muy desgraciada en el plano personal pero, por favor, señorita Wade, comprenda que no puedo contarle nada más. —La voz del doctor sonaba a través de la línea telefónica como si estuviese en verdad agobiado y Nicole se apiadó de él—. Si el colegio de médicos tuviese conocimiento de esta conversación me retirarían la licencia.

—Gracias, doctor. Si se acuerda de algo importante llámeme, por favor.

Nicole ordenó los papeles sobre la mesa, echó una última mirada al teléfono con el deseo de que Devlin la llamase en ese mismo instante, tomó la carpeta con la información del caso y se marchó para repasarla en casa.

4

Al entrar en casa, Nicole fue derecho al dormitorio a ponerse algo más cómodo. Se puso un short corto negro de Marc Jacobs y una camisa verde camuflaje de Ed Hardy. En los pies se limitó a ponerse unos gruesos calcetines negros de deporte. Le encantaba andar descalza.

Fue a la nevera y se sirvió una Coca-Cola light fría y también un poco de pollo frío de la noche anterior. Se dirigió al salón con la cena encima de una bandeja y encendió el televisor. A pesar de la multitud de canales que tenía, gracias a la televisión por cable, la programación resultaba en extremo aburrida. Por fin se decidió por un capítulo antiguo de «Friends», pero lo único que consiguió fue deprimirse. En la serie, la vida parecía bastante sencilla. Las protagonistas se acostaban con un hombre distinto cada dos capítulos, eran unas triunfadoras en sus respectivos trabajos y siempre se tenían las unas a las otras para compartir las penas y las alegrías. Quizás ese fuese el problema, que no tenía a nadie con quien compartir la vida. Necesitaba tener una aventura con un hombre interesante. No buscaba un gran amor, pero sí un poco de diversión. ¿Era eso pedirle demasiado a la vida? Claro que, ¿cómo iba a encontrar un hombre si se pasaba todo el día de casa para el trabajo y del trabajo para casa? Lo que más la deprimía era pensar en la posibilidad de que su madre tuviese razón cuando le decía que se le estaba pasando el arroz.

Cuando acabó de cenar dejó la televisión puesta con un volumen bajo, pero centró la atención en el informe que había reunido sobre Rachel. Estaba por completo absorta en él cuando sonó el timbre de la puerta. Se levantó a abrirla temiendo encontrar a su madre del otro lado. No le había anunciado ninguna visita, pero le encantaba presentarse por sorpresa para dar a su pequeña Nicole unas lecciones de lo que ella llamaba «dramática realidad». ¡Como si las necesitase!

La sorpresa fue mayúscula cuando echó un vistazo por la mirilla y se encontró cara a cara con el pasado.

Devlin había cambiado mucho. Como los buenos vinos, su cuerpo había mejorado con el paso del tiempo. Todavía era muy esbelto, pero potentes músculos se podían intuir debajo de la ropa. El pelo negro y con leves ondas que caía de forma casual enmarcaba un rostro perfecto y daba la imagen de un ángel caído.

Los oscuros ojos azules la miraron con profunda impaciencia a través de la mirilla, mientras hacía un leve mohín con la boca más fantástica que Nicole hubiera visto en la vida.

—Nikki, cielo, sé que estás ahí y me estoy cansando de esperar aquí fuera, así que será mejor que me abras. No pienso irme hasta que hayamos hablado.

Nicole obedeció la orden y abrió la puerta con lentitud, aunque una voz en su interior decía que no era una buena idea, que ciertas puertas era mejor dejarlas cerradas para siempre.

—¿Qué tal te va? —dijo Devlin con un susurro de voz.

—Bien. —Nicole hizo una señal para indicarle que pasase al salón mientras ella cerraba la puerta. Agradeció esos segundos de dilación para recuperar la compostura, pues las piernas aún le temblaban y apenas podía respirar con cierta normalidad.

—Siento lo de Rachel. —Nicole se sentó en el sillón enfrente de él para dejar entre los dos la máxima distancia posible. No confiaba mucho en sí misma si estaba tan cerca del hombre por el que unos años antes hubiese dado la vida.

—Lo sé. —Devlin miró alrededor con una sonrisa—. Parece que la vida te trata bien.

—Supongo que no me puedo quejar, pero no es nada comparado contigo. —Si quería un poco de conversación superficial antes de entrar en el tema, ella estaba dispuesta a dársela—. He oído decir que eres todo un magnate de los negocios. McKinley Corporation es una de las mayores industrias del país. Pero, supongo que no habrás venido hasta aquí tan solo para oír unos cuantos cumplidos.

—Tú siempre tan directa. Mi secretaria me dijo que querías hablar conmigo y, en honor a nuestra antigua amistad, he decidido venir a verte en persona. —El tono era frío e impersonal, pero en los ojos había algo que hacía que las entrañas de Nicole ardiesen.

—Gracias. —Él la miraba de una forma enigmática y Nicole no pudo aguantar la curiosidad—. ¿Puedo preguntarte qué estás pensando?

—Pienso que no has cambiado nada. Sigues tan preciosa como te recordaba.

—Me tomaré eso como un cumplido. —Decidió que era el momento de entrar a matar o no se atrevería a hacerlo nunca—. Sé que has usado tu influencia para que, en el informe de la autopsia de Rachel, figure que sufrió una sobredosis accidental.

Él la miró extrañado unos instantes. Había pensado mucho en los motivos de Nicole para llamarlo después de tanto tiempo, pero se sorprendió de la forma directa en que ella encaró la conversación. Desde luego la bella Nicole Wade seguía teniendo agallas.

—¿Preferirías que pusiese suicidio? —Por un momento la ira apareció en sus ojos, pero desapareció tan pronto como había venido—. No creo que eso alegrase los pocos años de vida que le quedan al padre de Rachel.

—¿Grant aún está vivo? ¡Dios mío! Ese hombre acabará por enterrarnos a todos.

—Sí, vive en una pequeña residencia en Hawaii, cerca de mi casa. Seguro que le encantaría verte. Te echó mucho de menos cuando te fuiste.

—Rachel vino a verme antes de morir. —La entrevista no se estaba desarrollando como Nicole había deseado. Ella estaba enseñando todas sus cartas y aún no había conseguido nada a cambio.

—Lo sé.

—¿Lo sabes? —Esa respuesta tomó a Nicole por completo desprevenida.

—Sí, Rachel estaba un poco nerviosa en los últimos tiempos. Creía que alguien trataba de matarla. Yo sabía que solo era otra de las muchas maneras que tenía de llamar la atención, pero aun así contraté a un hombre para protegerla.

—La espiabas. —La mirada de Nicole era acusadora en extremo.

—Supongo que también puedes llamarlo así —dijo Devlin divertido—. Quería protegerla, Nikki, aunque, como bien sabrás, el mayor enemigo de Rachel siempre fue ella misma.

—¿Quién creía ella que quería matarla? —Nicole lo miró a los ojos esperando la respuesta que ella ya conocía, pero ¿estaría Devlin al tanto de las terribles sospechas de Rachel? Y si lo estaba, ¿estaría dispuesto a confirmarlo?

—No lo sé. Se pasó la vida manipulando a la gente para que hiciese lo que ella quería, cuando

ella quería y como ella quería, y supongo que eso acabó por pasarle factura. Creo que al final fue víctima de sus propias mentiras. Creía que todo el mundo conspiraba contra ella para hacerle daño.

—¿Eso te incluye a ti?

—Supongo que sí. Tenía motivos más que suficientes para odiarla, pero no era el único —Una sonrisa cínica asomó a los labios—. Tú también deberías odiarla.

—Eso fue hace mucho tiempo. —Nicole decidió disparar a bocajarro la poca munición que le quedaba—: ¿La mataste?

—Sabes que no, o no me habrías abierto nunca la puerta.

—¿Me concederías una entrevista en exclusiva? —Aunque Nicole apenas podía pensar desde que él había entrado en la casa, el instinto de reportera seguía funcionando con precisión.

Devlin la miró a los ojos y fingió pensar la respuesta, aunque sabía cuál era desde el principio. Había venido con la intención de recuperarla y ella se lo estaba sirviendo en bandeja.

—De acuerdo, pero mañana tengo que volver a Honolulú por negocios. Tal vez podrías venir conmigo y quedarte en mi casa unos días. Allí podría concederte la entrevista.

—¿Así de fácil? —A Nicole nunca le habían gustado las cosas demasiado fáciles y este reencuentro lo parecía. La invitación a la casa de Hawaii era más de lo que ella hubiese pensado jamás conseguir de esa entrevista, sin embargo, por alguna razón, se sentía como si hubiese caído en una trampa—. ¿No me pedirás nada a cambio?

—Solo el placer de tu compañía. —Una oscura sonrisa dejaba claro que él esperaba recibir mucho más a cambio, pero ¿estaba Nikki dispuesta a dárselo? En ese momento, ni ella misma lo sabía.

—De acuerdo, todo lo que me digas de forma confidencial quedará entre nosotros, pero podré publicar sin tu consentimiento todo lo que descubra por mi cuenta.

Esa frase siempre le garantizaba la máxima cooperación por parte de sus entrevistados, pero el instinto le advirtió que con Devlin no iba a funcionar.

—Por supuesto. Y ahora olvidemos los negocios hasta que lleguemos a Hawaii. ¿Tienes algo de cenar en casa o prefieres que salgamos fuera? Estoy muerto de hambre.

—Estaba tomando unas sobras de pollo frío, pero dudo mucho de que te apetezca, así que creo que lo mejor es que te vayas a cenar tú solo.

En realidad, no tenía ganas de que se fuera, pero se sentía torpe e insegura al hablar con él. Necesitaba tiempo para hacerse a la idea de que Devlin había vuelto a su vida y pensar acerca del papel que podía jugar en ella.

—Venga ya, Nikki, ¿qué diría tu madre si se enterase de tu falta de hospitalidad?

—Ni lo sé, ni me importa —respondió Nicole molesta, aunque sabía de sobra la respuesta. Su madre siempre había adorado a Devlin y jamás le perdonaría no hacer todo lo posible para retenerlo al lado. Pero ella era una persona adulta ya y debía tomar las decisiones por sí misma.

Devlin se levantó despacio y fue hacia la cocina. Nicole lo siguió, anonadada por la forma de dominar la casa. Devlin se movía como si la casa le perteneciese y tuviese todo el derecho del mundo a estar allí. Por un momento se sintió como una intrusa en su propio hogar, pero de golpe recuperó la capacidad del habla.

—¿Se puede saber qué demonios haces? —Fingió un poco de indignación, pero en verdad estaba disfrutando a lo grande. Por primera vez en mucho tiempo volvía a ser ella misma y tenía alguien con quien hablar y con quien compartir la vida. Pero ¿por cuánto tiempo? ¿Querría Devlin reanudar su antigua amistad o solo estaba jugando con ella para hacerle pagar por no haber creído en él en el pasado?

—Estoy viendo lo que tienes en la despensa —dijo él mientras arrugaba el entrecejo—, y no me explico cómo puedes sobrevivir con esto. Supongo que comerás mucho fuera.

Empezó a sacar algunos comestibles fuera del refrigerador. Una lechuga, una lata de atún, una cebolla y tomates. Siguió revolviendo las estanterías mientras encontraba todo lo necesario. Nicole, inmóvil, miraba embelesada lo que se había perdido durante tantos años.

—Voy a hacer espaguetis con atún y una ensalada. Sé que no es gran cosa, pero cuando pruebes mi tomate natural no querrás comer ningún otro.

—¿Sabes cocinar? —Nicole no recordaba haberlo visto antes en la cocina.

—Sí, y tú deberías aprender.

—Sé cocinar —protestó Nicole.

—Freír un huevo no es cocinar, cielo, y a juzgar por los alimentos que tienes en tu cocina no vas a hacerme creer que puedes hacer mucho más.

Nicole se calló la boca porque sabía que él tenía toda la razón y no tenía ningún sentido seguir discutiendo. Sacó del cajón un mantel limpio y puso la mesa. Pensó encender una vela para hacer el ambiente un poco más cálido, pero se arrepintió en el último minuto por miedo a que él malinterpretara la situación.

Devlin apareció detrás de ella justo cuando acababa de volver a guardar la vela en un cajón.

—Siéntate y déjame hacer todo el trabajo. Hoy eres mi invitada.

—Te estás tomando muchas molestias por mí.

—Alguien debería hacerlo. Nunca he visto una alacena peor surtida que la tuya. —Devlin lo dijo en tono de reproche, pero no pudo ocultar la preocupación que escondía detrás de esa frase—. Estás demasiado delgada y, a pesar del maquillaje, tus ojeras me indican que no duermes lo suficiente.

—Vaya, muchas gracias, Sherlock, siempre es agradable recibir cumplidos de un hombre guapo.

La mirada de él se volvió pícara, como la de un niño que acaba de recibir un regalo.

—¿Sigues pensando que soy guapo?

—Sabes que eres un hombre impresionante y cualquier mujer con dos ojos en la cara podría decírtelo, pero eso no te da ningún derecho a entrar como una tromba de agua en mi casa y arrasar mi vida privada.

—Solo me estoy preocupando por ti, Nikki. —Devlin parecía sincero y un poco vulnerable, aspecto que hizo que Nicole olvidara la actitud defensiva.

—Cuando vives sola es más cómodo comer un sándwich en el trabajo o comprar algo de comida prefabricada —se disculpó ella—. No tengo demasiado tiempo para cocinar.

Devlin se sentó frente a ella en la mesa después de servirle un generoso plato de espaguetis con atún y otro de ensalada.

—Así que, estás sola —dijo Devlin de forma casual, pero contuvo el aliento mientras esperaba una respuesta.

—Tengo muchos amigos —mintió Nicole—, pero ahora mismo no tengo ninguna relación seria, si es eso lo que quieres saber.

Usó un tono de voz demasiado frívolo y se arrepintió de la respuesta casi al instante de haberla dicho. Pero no podía decirle la verdad, no podía decirle que después de él no había habido ningún otro. Que ningún otro hombre había vuelto a llegarle al corazón. No quería desnudarse alma ante él. No, hasta estar segura de que él era aún el hombre que recordaba y no el desconocido del que había hablado Rachel.

Durante unos instantes se quedó pensativa. ¿Y si Rachel había tenido razón y él era un asesino? ¿Qué estaba buscando entonces? ¿Información sobre lo que Rachel le hubiese podido contar antes de morir?

—No me gusta la forma en que estás arrugando el ceño. Solías hacerlo cuando te preocupaba algo grave. ¿Hay algo que quieras decirme?

Nicole sonrió de inmediato, demasiado deprisa para el gusto de Devlin, que sospechó que le ocultaba algo.

—Sé que aún no confías del todo en mí —continuó Devlin—, pero no te preocupes. Ya habrá tiempo para que las cosas vuelvan a su lugar.

—Tenías razón. —Nicole cambió de tema en forma abrupta—. Tu tomate es en verdad increíble.

—Gracias. —Pareció querer añadir algo más, pero al final no lo hizo.

Por un momento, Nicole pensó que Devlin estaba avergonzado por el cumplido, pero enseguida desechó la idea. Era un hombre demasiado seguro de sí mismo, ¿o no?

5

Cuando el avión privado de Devlin aterrizó en Honolulú, Nicole miró a través de la ventanilla y sonrió sorprendida ante la belleza de uno de los últimos paraísos existentes en el planeta.

—*Aloha* —dijo Devlin mientras la observaba con ternura—. Bienvenida a mi mundo.

—Esto es increíble, Dev. No me extraña que te hayas venido a vivir aquí.

—Y eso que no has visto nada todavía. —Devlin rió entre divertido y expectante. No sabía muy bien por qué, pero para él era importante que ella amara tanto ese mundo como él mismo lo hacía—. Dentro de unos días no querrás irte.

Una limusina negra vino a buscarlos al aeropuerto y los llevó a la casa de Devlin por el camino más rápido. Cuando se aproximaron a la espléndida mansión, Nicole apenas pudo contener la expresión de admiración en el rostro. La finca estaba protegida por un sólido muro de piedra que no dejaba vislumbrar nada de la grandeza que albergaba en el interior. Cuando las enormes puertas de metal se abrieron con lentitud, un mundo mágico se descubrió ante los ojos de Nicole. Maravillosos árboles, que nunca antes había visto, florecían alternando diversos y llamativos colores en las flores. Parecía el jardín de un cuento de hadas, y al fondo se elevaba la casa, grandiosa y desafiante, como un inmenso guerrero preparado para librar batalla.

Era una mansión de piedra gris que contrastaba con intensidad con el colorido terreno que la rodeaba. Por fuera se parecía más a una fortaleza que a una mansión, pero aun así Nicole podía apostar sin temor a equivocarse a que era la casa más maravillosa que había tenido el placer de visitar.

La limusina los dejo al pie de la escalinata de entrada y una vieja ama de llaves les abrió la puerta. Tenía el pelo plateado y recogido hacia atrás en un tirante moño que resaltaba todavía más las ya de por sí duras facciones. A Nicole le resultó antipática desde el primer momento.

—Bienvenido, señor McKinley, es agradable tenerlo de nuevo en casa. —Y obsequió a su patrón con una enorme sonrisa mientras destinaba a Nicole una mirada suspicaz.

—La señorita Wade va a ser nuestra invitada durante unos días. Quiero que la ayudes a ponerse cómoda. Prepárale la habitación Julio César. Creo que le gustará.

—Por supuesto, señor.

—Te presento a la señora Howard, mi ama de llaves y responsable del funcionamiento de la casa. Cualquier cosa que necesites no dudes en pedírsela, aunque conociéndola sospecho que se adelantará a tus más mínimos deseos —dijo a Nicole—. Ahora, si quieres acompañarla, te enseñará tu habitación. Yo voy a ocuparme de algunos asuntos y me reuniré contigo dentro de dos horas, para la cena. Así tendrás tiempo de descansar un poco después del vuelo.

—Estupendo. La verdad es que necesito una buena ducha.

Nicole siguió a la señora Howard y entraron en un amplio vestíbulo, que era más grande que todo su apartamento. La decoración era exquisita, más parecida a un antiguo museo que a una casa habitada. Cuando llegaron a la habitación del segundo piso, la que Devlin le había asignado,

Nicole apenas podía hablar.

El ama de llaves entró primero y descorrió las pesadas cortinas de forma tal que la habitación quedó inundada por la luz del atardecer. Lo que había visto hasta ahora no la había preparado en absoluto para la grandiosidad del aposento Julio César.

Era una magnífica habitación de mármol negro, presidida por una enorme cama de estilo romano, con sábanas de seda negra. El techo estaba pintado con trampantojos con distintos motivos de la misma época. La decoración hacía gala de una espléndida elección de muebles, y tuvo el efecto de hacer pensar a Nicole que, de alguna forma, había conseguido viajar en el tiempo.

Nicole, saliendo del asombro, intentó pronunciar alguna frase que no la hiciese quedar como la retrasada mental que parecía delante de esa vieja con aires de superioridad, pero solo se le ocurrió decir una obviedad.

—Esto es impresionante.

—El señor McKinley solo tiene lo mejor.

Nicole creyó captar una mirada irónica en los fríos ojos de la mujer, pero hizo caso omiso. No iba a permitir que nada le arruinase el estado de ánimo en el que estaba por saber que iba a dormir en esa exquisita mansión.

—En unos minutos le subirán la maleta. Si desea ayuda para deshacerla, o necesita cualquier otra cosa, por favor, no dude en llamar. Solo tiene que usar el teléfono y marcar la extensión 18. —La frialdad del tono desmentía la amabilidad de las palabras, y Nicole tuvo en claro que lo último que haría en la vida sería llamar a esa vieja avinagrada para que la ayudase en algo.

—Gracias. Si necesito alguna cosa se lo haré saber. —Intentó que el tono de voz sonase tan desagradable como ella, para darle una pequeña lección, pero la mirada condescendiente que le dirigió el ama de llaves evidenció que había fracasado en forma estrepitosa.

Nicole se dio una ducha rápida y descansó un poco antes de cenar, mientras veía las noticias de la CBS. Cerró los ojos pues pretendía descansar un rato y no pensó que fuera a quedarse dormida, pero en unos minutos prevaleció el cansancio del viaje y el cerebro se desconectó.

Cuando consiguió despejarse del todo y levantarse de la cama se dio cuenta de que apenas le quedaba tiempo para arreglarse. Se probó varios conjuntos pues dudaba cuál elegir, pero al fin se decidió por unos simples vaqueros negros y una blusa de Sinful. Después de todo, había venido a trabajar, no a tener una tórrida aventura en un paraíso tropical. Se dio unos leves toques de maquillaje e intentó llegar al salón. Tras varios intentos fallidos, se cruzó con una de las empleadas de Devlin, que se apiadó de ella y la acompañó al salón con cortesía.

Como todo en esa enorme mansión, el salón tenía unas proporciones exageradas y estaba decorado en forma tan maravillosa como ostentosa. Nicole se acercó a observar lo que a ella le pareció un cuadro de Dalí cuando Devlin entró.

Se acercó a ella con sigilo, se detuvo a la espalda y le habló muy cerca de la nuca para dejar que aflorara la pasión que habían compartido en tiempos pasados.

—«La persistencia de la memoria». Nunca me canso de mirarlo. Siempre descubro cosas nuevas en él. —La voz de Devlin era apenas un susurro y erizó la piel de Nicole.

—Pensé que estaba en el Museo de Arte Moderno de Nueva York.

—Hemos llegado a un pequeño acuerdo. Pero no hablemos de negocios. —La hizo girar con suavidad, la rodeó con los brazos y se acercó a ella hasta que las puntas de las narices casi se rozaron.

—¿Has descansado?

Nicole se deshizo del peligroso abrazo antes de responder.

—Sí, me encanta la habitación en que me has instalado. Para decirlo sin rodeos, es maravillosa.

—Sabía que te gustaría. —Sonreía como un niño al que sus padres felicitan por un dibujo hecho en el colegio—. ¿Quieres beber algo antes de cenar?

—Un Martini blanco, con dos aceitunas, por favor.

—Tus gustos no han cambiado.

—En cuestión de bebidas, no —especificó ella.

—Eso ha sido un golpe bajo, Nikki.

—Depende de cómo te lo tomes. —Empezó a sentirse incómoda y decidió dirigir la conversación hacia territorios más seguros—. ¿Cuándo vas a tener tiempo para mi entrevista? Si quieres puedo darte un pequeño adelanto de mis preguntas, para que tengas algo en qué pensar.

—¿Van a dolerme mucho? —A Nicole la expresión de Devlin le pareció la de un ser muy desvalido. Cuando se relajaba un poco y perdía la expresión de duro hombre de negocios, sabía ser encantador.

—Depende de lo que ocultes tras esta magnífica fachada. ¿Has sido un niño malo, Devlin? —preguntó coqueta. Si Devlin había pensado que iba a ser el único en usar armas de seducción para conseguir lo que quería, estaba muy equivocado. A ese juego, Nicole también sabía jugar.

—Algunas de las personas con las que trato en forma habitual te dirían que sí. —Devlin se puso serio, mientras bebía un poco de whisky—. Pero eso no significa que haya matado a mi mujer.

—Tanto Rachel como tú me habéis confesado que vuestro matrimonio era solo una fachada de cara al público. Si Rachel no había cambiado mucho debía de tener a alguien, ella no era mujer de esperar en casa con toda paciencia, sin un hombre, hasta que las cosas se arreglaran.

—Entenderás que no me preocupaban sus escarceos amorosos. —Devlin parecía divertido por el nuevo rumbo que había tomado la conversación—. Ella era discreta y eso era lo único que yo le exigía. Un hombre de mi reputación no puede permitirse que el nombre de su mujer esté en boca de todo el mundo.

—¿Tienes alguna idea de con quién se veía?

—Hace algunos meses, intentó seducir a uno de mis socios, Derek St. James, pero él es demasiado noble como para acostarse con la mujer de un amigo. A Rachel le costó bastante aceptar esa negativa y le montó alguna que otra escena. Cuando me enteré, hablé con ella y lo dejó en paz.

—¿Así, sin más?

—Rachel adoraba el dinero por encima de todas las cosas; me bastó con darle el regalo adecuado. —La expresión de Devlin se volvió triste—. Es extraño pero, a pesar de todo, creo que la echaré de menos.

—¿Sabes si había alguien más? —Una punzada de celos ardió en el interior de Nicole, y se sintió absurda y miserable por tener celos de una muerta.

—Supongo que sí, pero no sé quién puede ser. Si quieres hablar con el hombre que contraté para protegerla, tal vez él pueda decirte algo más.

—Te agradezco mucho tu colaboración.

—¿Qué te parece si me lo agradeces dejando este tema hasta mañana y vamos a disfrutar de la comida que preparó mi cocinero? Es el mejor del país. Seguro que la cena ya estará lista.

Pasaron al comedor y Nicole pudo comprobar que era tan impresionante como el resto de la casa. Se sentaron en la mesa y una mujer de servicio, a quien Nicole no había visto antes, les sirvió unos entrantes variados. Después dio a probar el vino a Devlin y, una vez que recibió la aprobación, sirvió las copas.

—Bueno, si no podemos hablar de temas escabrosos, cuéntame algo sobre ti. Lo que quieras.

—Mi vida es bastante aburrida.

—No pensarás que voy a tragarme ese cuento. La mitad de los periodistas que conozco matarían por estar en mi pellejo ahora mismo y hacerte una entrevista personal.

—No entiendo que mi vida le pueda interesar a nadie. —Por un momento los ojos de Devlin se volvieron fríos como el hielo—. Soy un trabajador, he conseguido levantar mi empresa trabajando, nunca he protagonizado un escándalo, ni he tonteado con la prensa, así que no puedo entender esta curiosidad morbosa que hay sobre mi vida.

—Dev, parece mentira que no te hayas dado cuenta. Tú eres noticia por eso mismo que me acabas de enumerar. Eres el hombre misterioso en la cumbre y a la gente le gusta desentrañar los misterios.

—¿También a ti? —Devlin la miró con aire desvalido, como si fuese una tabla de salvación en el inmenso océano.

—Estoy encantada de que recuperemos nuestra antigua amistad pero, de momento, no estoy preparada para ir más lejos. Ahora no me puedo permitir tener una relación, he conseguido una estabilidad en mi vida y no quiero que eso cambie. Mi amistad es todo lo que puedo darte.

—Y, de momento, me conformaré con eso.

Terminaron de cenar y salieron un rato al jardín a terminar la conversación.

—Me encanta este clima. Disfrutar del jardín en cualquier época del año tiene que ser maravilloso.

—Es fácil acostumbrarse. Si te apetece, mañana puedo enseñarte la isla. —Iba a continuar, cuando notó una ligera vibración que indicaba una llamada entrante en el teléfono celular—. Perdona un momento. Es una llamada de negocios, pero no tardaré mucho.

Devlin se dio la vuelta y se alejó un poco, apenas lo suficiente para que Nicole solo pudiese oír un rumor ininteligible en la distancia. Como se aburría, sacó la agenda electrónica y revisó con minuciosidad las notas del caso.

Aprovechó el momento para apuntar algunas preguntas que debía hacerle a Devlin durante la entrevista y algunas de las respuestas que le había dado. Estaba por completo concentrada en esos asuntos cuando la voz de Devlin se hizo más fuerte. Parecía irritado, y a Nicole le picó la curiosidad. Aunque sabía que no debía hacerlo, se acercó un poco más, suponiendo que Devlin no

lo notaría.

—Espero ver algún avance en las próximas cuarenta y ocho horas. Confío en ti para hacer el trabajo pero, si crees que no estás capacitado, conozco a varias personas que estarían encantadas de ocupar tu puesto. —Devlin sonaba ahora por completo irritado y Nicole se compadeció de la persona que estaba hablando con él. En verdad daba miedo cuando se enfadaba. —Mañana me pasaré a última hora por el yacimiento y espero que tengas buenas noticias para darme.

Devlin terminó la conversación en forma ruda, se dio la vuelta con rapidez y descubrió a Nicole con las antenas desplegadas.

—Nikki, la próxima vez pídeme que te deje escuchar y me quedaré más cerca. Te aseguro que no tengo secretos para ti.

—Lo siento. Supongo que es deformación profesional. —Nicole se ruborizó hasta la médula.

—No te preocupes, no era ningún secreto de estado. Además, ha valido la pena ver cómo te ruborizas. Te pones preciosa.

Devlin se acercó a ella y le acomodó un mechón de pelo que le caía olvidado sobre la frente. Por un momento, Nicole pensó que iba a besarla. Se quedó quieta por completo, temiendo que cualquier movimiento por su parte le hiciese cambiar de opinión, pero el beso no llegó. Él le acarició la mejilla con tanta dulzura que consiguió que se derritiesen todos y cada uno de los huesos de Nicole. Era evidente que Devlin sabía cómo tratar a una mujer.

—Te he echado de menos.

Al igual que en el pasado, Devlin siempre se las arreglaba para decir la palabra adecuada en el momento adecuado, y las defensas de Nicole cayeron como si fueran un castillo de naipes.

—Yo también. —Nicole lo miró con ojos hambrientos de deseo y esta vez él sí le obsequio con un beso. Al principio fue apenas un suave cosquilleo, pero pronto se volvió duro y posesivo. Nicole sabía que estaba cometiendo un error, que estaba infringiendo todas las normas que se había autoimpuesto, pero por alguna extraña razón el cuerpo no le obedeció cuando el cerebro le dio la orden de apartarse.

Las manos de Devlin se introdujeron con habilidad por debajo de la ropa y recorrieron hambrientas las suaves curvas del cuerpo de ella. Nicole sintió una onda expansiva que la encendía por dentro y la hacía sentir lasciva de pies a cabeza, deseando más y más.

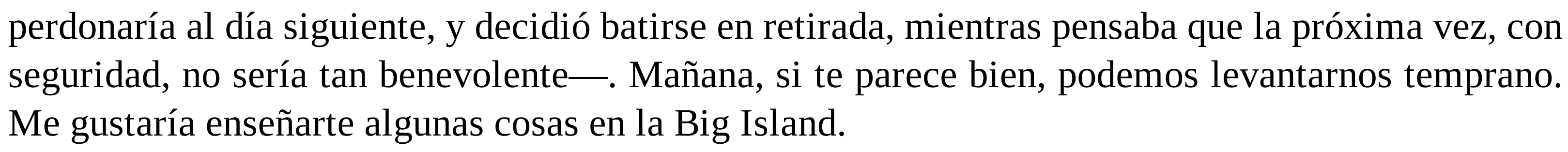
Se apretó contra él hasta casi fundirse en un solo cuerpo. Un extraño gemido se escapó de la garganta de Nicole y le hizo recobrar bastante cordura como para apartarse de él.

—Lo siento, pero no estoy preparada para esto —logró balbucear Nicole, mientras intentaba recobrar la compostura.

—Sí lo estás, pero estoy dispuesto a darte tiempo para que te des cuenta por ti misma. —Él parecía del todo seguro de sí mismo y eso no dejaba de sorprenderla. El chico seductor y soñador que ella había conocido se había convertido en un depredador salvaje. Supuso que habría sido necesaria tal transformación para llegar a convertirse en el triunfador hombre de negocios que era en el presente, pero sintió pena por las cosas que, sin lugar a dudas, habría tenido que dejar en el camino.

—Creo que me iré a la cama. —Nicole quería escapar mientras aún tenía fuerzas para hacerlo.

—De acuerdo. —Devlin sabía que, si esa noche la presionaba a ir más lejos, ella no se lo


perdonaría al día siguiente, y decidió batirse en retirada, mientras pensaba que la próxima vez, con seguridad, no sería tan benevolente—. Mañana, si te parece bien, podemos levantarnos temprano. Me gustaría enseñarte algunas cosas en la Big Island.

—De acuerdo. —Nicole iba poco a poco recuperando el aplomo—. Espero que mañana estés dispuesto a contestar a todas mis preguntas.

—Lo haré. —Rió él, divertido.

—Más te vale, no quiero que mi jefe piense que me he inventado que te conozco para conseguir unas vacaciones gratis en Hawaii.

Nicole tuvo que recurrir a toda la fuerza de voluntad de que disponía para dirigirse a la habitación y dejar a ese espécimen viril vibrando de deseo.

6

A medida que se aproximaban al aeropuerto de Kona, Nicole pegaba más y más la cara a la ventana del jet privado de Devlin. Estaba disfrutando de ese viaje como no lo había hecho en mucho tiempo y no quería perderse nada de lo que siempre había pensado que debía de ser un paraíso.

—Me parece increíble estar en la Big Island. —Una mueca de felicidad se dibujó en el rostro mientras hablaba—. Siempre he soñado con tomarme unas pequeñas vacaciones y venir, pero nunca pude encontrar el momento oportuno. En fin, ya sabes cómo es el trabajo de absorbente.

—Ahora ya estás aquí. —La enigmática sonrisa de Devlin hizo pensar a Nicole que iba a añadir algo más, pero al final no lo hizo.

—¿Crees que tendremos tiempo de ir a ver el tubo de lava de Thurston? Me han dicho que es increíble. —El entusiasmo casi infantil de Nicole rememoró a Devlin los viejos tiempos, cuando ella era aún una joven idealista y soñadora y él la amaba por encima de todas las cosas.

—Claro que sí. Está cerca del cráter del Kilauea, que es el cráter que más tiempo lleva activo en el mundo. Te va a encantar. Tengo que pasar cerca de allí, para ver un yacimiento en el que mi empresa está trabajando. Pero no te preocupes, no tardaré mucho, y después prometo enseñarte las playas de arena negra, una carretera cortada por la lava y todas esas cosas que hacen furor entre los turistas.

—¿Qué tipo de trabajo hacéis en ese yacimiento?

—Nada extraño, te lo puedo asegurar. —Devlin pareció incómodo durante unos segundos, mientras sopesaba lo que debía decirle—. Hemos encontrado unos restos arqueológicos que datan del siglo XIX, pero aún estamos evaluando qué importancia tienen.

Después de esa frase nada aclaratoria, Devlin cortó el tema con brusquedad y Nicole intuyó que tenía que investigar más a fondo ese misterioso yacimiento.

—Dedicas una buena parte del dinero que ganas con tus empresas a la recuperación y conservación del patrimonio hawaiano. ¿Habéis descubierto algo importante?

—Sí, de hecho, cuando volvamos a Oahu, te llevaré a ver el Museo Bishop donde podrás comprobarlo por ti misma.

—¿Qué opinan tus socios de tu labor filantrópica?

—Veo que te has metido de lleno en tu papel de periodista —le recriminó él, malhumorado. Era un hombre demasiado reservado y no le gustaba que invadiesen su intimidad, ni siquiera ella.

—Sabías que ese era el motivo principal de mi visita —se defendió Nicole, un tanto avergonzada—, y este es un momento tan bueno como cualquier otro para comenzar nuestra entrevista. Si dependiese de ti, la pospondrías una y otra vez hasta la eternidad.

—De acuerdo —se resignó él. Si esta era la única forma de mantenerla cerca podía aceptarlo, por lo menos de momento—. A mis socios no les molesta mi labor social, ya que la mayor parte de los fondos que dedico a esto pertenecen a mi capital privado. La pequeña parte que aporta la

empresa es una forma tan buena como cualquier otra de desgravar impuestos. Y esto último, Nikki, te agradecería que no lo publicases, podría destrozar mi imagen filantrópica. —Añadió esto último en tono de burla, en un intento por relajar el tenso ambiente que parecía surgir entre ellos en cada conversación.

—¿Participaba Rachel en forma activa en tus negocios?

—No. —Los ojos de Devlin brillaron divertidos—. Ella solo se preocupaba por tener las mejores joyas y los mejores diseños en cada evento, y créeme, eso consumía la totalidad de su tiempo.

—Haces que parezca muy superficial.

—Era una mujer por completo superficial y frívola, y yo la aceptaba tal y como era. —Por un momento, la mirada de Devlin se tornó glacial—. La gente no cambia, Nikki, por lo menos no la mayoría de la gente.

Nicole no supo que decir, pues era una afirmación demasiado personal, así que se dio por vencida, cerró la boca y siguió mirando por la ventana. Quería descansar unos minutos y recobrar el tono impersonal de la entrevista, pero se le estaba haciendo por completo imposible.

—¿La echas de menos? —Nicole no pudo evitar hacer la pregunta, a pesar de que ella era la primera interesada en que la conversación se alejase lo máximo posible del terreno personal.

—No. —La respuesta fue escueta—. ¿Esa pregunta es también para tu artículo?

—Lo siento, es una pregunta personal y ha estado fuera de lugar. No he debido preguntártelo.

—Ya vamos a aterrizar, así que será mejor que te abroches el cinturón —dijo Devlin mientras él hacía lo propio.

En el aeropuerto los esperaba un asistente personal. Le dio a Devlin las llaves de un coche y le indicó el sitio donde se encontraba. Cuando llegaron a la plaza de estacionamiento indicada, Nicole se quedó asombrada al ver un Ford Thunderbird rojo fuego.

—Es igual al que tenía cuando era estudiante. —Nicole no pudo añadir nada más. El coche le traía demasiados recuerdos y el hecho de que Devlin se hubiese acordado de ese pequeño detalle despertaba en ella unas emociones que no sabía cómo manejar.

Siempre había adorado su Thunderbird. Había sido el primer coche que había tenido y, para comprárselo, había tenido que trabajar por una paga miserable, haciendo numerosas horas extras en una cafetería donde la explotaban, pero siempre había pensado que había merecido la pena.

—Sabía que te traería buenos recuerdos. —Devlin le echó una sonrisa capaz de derretir un témpano mientras le tendía las llaves—. ¿Quieres conducir tú?

—¿Necesitas preguntarlo?

Nicole tomó las llaves de las manos de Devlin antes de que cambiase de opinión y subió al coche con rapidez. Puso las llaves en el contacto y lo descapotó.

—Bueno, tú dirás a dónde vamos.

—Tomaremos la carretera que va hacia el sur. Iremos hacia el Kilauea pero, si no te importa, me gustaría primero acabar con el trabajo y dejar para después la diversión. Así que pasaremos primero por el yacimiento del que te hablé ayer.

—Por mí, no hay ningún problema, así tendré la oportunidad de ver en directo cómo te manejas en tus negocios.

—Nikki, deberías aprender a relajarte. Dejar de lado por unos momentos tu faceta periodística no va a matarte, ¿sabes? —Devlin pretendía que sonase como una reprimenda, pero dejó traslucir un poco de admiración por la perseverancia que demostraba Nicole. Además, ¿quién era él para criticarla? Cuando quería algo, también lo perseguía, sin dar tregua hasta conseguirlo.

Cuando llegaron al yacimiento, Nicole se llevó una gran sorpresa. Por alguna razón que no lograba comprender, había intuido un extraño misterio alrededor de ese yacimiento. Quizás hubiese sido por lo que Rachel había dicho sobre unos huesos o quizás había dejado volar la imaginación una vez más, el caso es que esperaba encontrar un recinto cerrado con una alta verja de espino, custodiado por dos enormes guardias de seguridad armados y, por supuesto, rodeado de un férreo secreto. En cambio, lo que encontró fue una vasta extensión de terreno, rodeada por una pequeña valla que hasta un niño de cinco años sería capaz de atravesar con un mínimo esfuerzo.

Siguieron en el coche hasta lo que Devlin denominó el campamento base, aunque a Nicole ese nombre le pareció una descripción demasiado optimista del lugar.

El campamento constaba de cuatro pequeñas casas prefabricadas y unos cuantos jeeps. Alrededor apenas había ningún tipo de actividad, así que Nicole intuyó en forma errónea que estaba deshabitado.

—¿Este es el campamento? —Nicole no pudo disimular un tono de decepción en la voz.

—Sí. —Los ojos de Devlin tenían ahora un brillo entre malicioso y divertido—. ¿No es lo que imaginabas? ¿Quizás esperabas algún tesoro con enormes guardias en custodia?

Nicole sabía que se estaba burlando de ella y que tenía toda la razón. Había dejado que la imaginación fuese demasiado lejos y eso no era lo apropiado en una periodista cuyo lema principal era la objetividad.

—Ríete todo lo que quieras, esta vez me lo merezco.

—No seas tan dura contigo misma, Nikki, recuerda que eres de la generación que creció viendo a Indiana Jones.

Devlin se acercó y le dio un rápido beso en la punta de la nariz. Nicole lo miró a los ojos y se dio cuenta de que él estaba tan sorprendido como ella por un gesto del todo espontáneo, así que decidió restarle importancia para que ninguno de los dos se sintiera más incómodo de lo que ya estaban.

La puerta de una de las casas se abrió y de ella salió un hombre. Nicole lo observó con atención. Más que una persona parecía una caricatura recién salida de una tira cómica. Era muy bajo y delgado. Llevaba el pelo tan alborotado y revuelto que abultaba de una forma tan exagerada que Nicole calificó como un milagro de la ciencia. La cara estaba dominada por una nariz ganchuda, para mayor desgracia acompañada por unos diminutos ojos marrones que no hacían más que enfatizar el desproporcionado tamaño de la nariz.

—Señor McKinley, estamos encantados con la visita. —La sonrisa poco sincera echó a perder la cordialidad del saludo de bienvenida. Devlin, divertido, decidió pasarlo por alto.

—Me gustaría poder decir lo mismo pero, como ya sabe, profesor Martin, mi visita no es de carácter social. —Devlin habló en un tono frío, para dejar en claro el descontento que sentía por esa pequeña incomodidad.

—Si no le importa, me gustaría hablar con usted a solas. —El profesor miró a Nicole un breve

instante y luego otra vez a Devlin, con el temor de haberlo ofendido y, a la vez, odiándolo por hablarle así frente a una total desconocida.

—Por supuesto. Vaya a la oficina y dentro de un momento me reuniré con usted.

No dijo nada más hasta que el profesor desapareció de nuevo dentro de la casa.

—Es como una pequeña comadreja, ¿verdad? —Devlin rara vez bromeaba y por ello Nicole disfrutó el doble el agradable momento.

—Mucho genio para un recipiente tan pequeño.

—Sigues siendo muy observadora.

—Créeme, no me hizo falta usar mi sexto sentido para saber que, si él pudiera, te patearía el trasero. Creo que en verdad te odia.

—Si no fuese un genio en lo suyo y una de las personas que más saben sobre la historia hawaiana, hace tiempo que lo habría despedido. Tiene el ego demasiado elevado como para trabajar en equipo y da problemas en forma continua.

—Vete a hablar con él —respondió Nicole con despreocupación—. Yo esperaré curioseando un poco por aquí. ¿Quién sabe? Quizás encuentre material para escribir otro artículo.

—De acuerdo, prometo no tardar mucho.

Devlin entró en la oficina y Nicole decidió echar un vistazo por los alrededores. Comenzó a pasear y se alejó caminando, sin apenas darse cuenta del rumbo que tomaba.

Oyó un débil martilleo y decidió dirigirse hacia el sonido. Se adentró un poco más en la espesura hasta que encontró la entrada a una cueva. Estaba medio oculta en la roca y, de no ser por el ruido que salía de la abertura, jamás la hubiese descubierto.

Dudó por un momento si debía entrar o volver hacia el campamento, pero el constante martilleo seguía atormentándola y otra vez la curiosidad pudo más. Se adentró en la cueva pero, apenas había andado unos pocos pasos hacia el interior, el camino sufrió una bifurcación y dio lugar a dos pasillos. El ruido parecía provenir del más estrecho y, después de unos instantes de duda, decidió seguir el sonido del martilleo.

A medida que se iba adentrando en la cueva la luz iba siendo más escasa y estuvo tentada a abandonar varias veces, pues no le gustaban demasiado los lugares pequeños y cerrados, pero como ya oía bastante fuerte el martilleo decidió seguir adelante.

La cueva dio un giro brusco estrechándose todavía más, lo que le provocó una enorme sensación de claustrofobia. Ya estaba arrepintiéndose de haber llegado hasta allí, cuando observó una tenue luz al fondo del túnel. Eso la animó a avanzar más deprisa. Cuando llegó a la luz vio una gran sala que se bifurcaba en otros cuatro caminos. Al inicio de una de las bifurcaciones se encontraba trabajando una mujer pequeña y regordeta. La mujer no dio señales de percatarse de la nueva presencia y Nicole decidió adentrarse en la sala y presentarse.

—Hola. Soy Nicole Wade.

La mujer dejó de martillear y miró hacia ella a través de unas enormes y horribles gafas de pasta negra, que le recordaron de inmediato las que lleva Woody Allen en las apariciones públicas.

—Hola. ¿Puedo preguntarte qué estás haciendo aquí? —La mujer la miraba con suspicacia, interesada por la respuesta.

—He venido con Devlin McKinley. Está hablando con el profesor... —Se quedó unos momentos pensando en el nombre del siniestro hombrecillo—. Martin, creo que es. Y me ha dicho que podía curiosear un poco por aquí mientras están en reunión.

La mujer se puso de pie mientras se sacudía la tierra que tenía pegada en la ropa y obsequió a Nicole con una profunda sonrisa.

—Supongo que si Devlin te trajo aquí es porque eres de fiar. Siento haber estado un poco brusca cuando entraste, pero ya sabes que en el mundillo de la arqueología hay que tener mucho cuidado con la competencia, por norma es desleal y sin escrúpulos—. Le tendió la mano a Nicole pero, cuando se dio cuenta de que estaba llena de tierra, la llevó a un costado y la restregó con fuerza contra el pantalón antes de ofrecerla de nuevo—. Soy la doctora Cornwell, pero puedes llamarme Pat. Todos mis amigos lo hacen y los amigos de Devlin también son mis amigos.

—¡Vaya! —Nicole se quedó sin palabras ante tal despliegue de elocuencia, el primero del que era testigo desde que había aterrizado en Hawaii.

—¿Vaya?

—Quiero decir, encantada de conocerte, Pat —logró balbucear Nicole mientras le estrechaba la mano con cordialidad.

—¿Y yo cómo debo llamarte? —La doctora Cornwell la miró de una forma tan esperanzada, como un cachorro mira un primer juguete, que Nicole supo que estaba perdida.

—Supongo que si voy a llamarte Pat es justo que me llames Nikki, así es como me llaman mis amigos.

La respuesta hizo que Nicole se ganase otra de las luminosas sonrisas de la doctora.

—¿Puedo preguntar en que estás trabajando, o es alto secreto?

—Bueno, como estamos en un yacimiento ya te habrás imaginado que hemos encontrado unos restos antiguos. —La doctora pareció divertida por la simpleza de la explicación.

—Oh. —Nicole observó a su contrincante. Esa mujer era dura de pelar. A pesar de la amabilidad de la que había hecho gala, no parecía dispuesta a dar mucha información, pero para Nicole eso no suponía ningún problema. Más bien era un reto y a ella siempre le habían gustado los retos—. ¿Algo importante?

—Puede ser. Aún es demasiado pronto para decirlo. —Volvió a agacharse y empezó a limpiar con un pincel un pequeño trozo de tierra que estaba en el suelo, cerca de donde había estado antes.

Nicole se acercó a ella y la observó trabajar sin decir nada, esperando que el silencio incómodo le soltase la lengua. Después de dos minutos, la buena mujer parecía estar de nuevo concentrada por completo en el trabajo mientras que Nicole estaba a punto de explotar por la falta de respuestas. Debía cambiar de táctica, era evidente que Pat no era una de esas personas que se incomodan con los largos silencios.

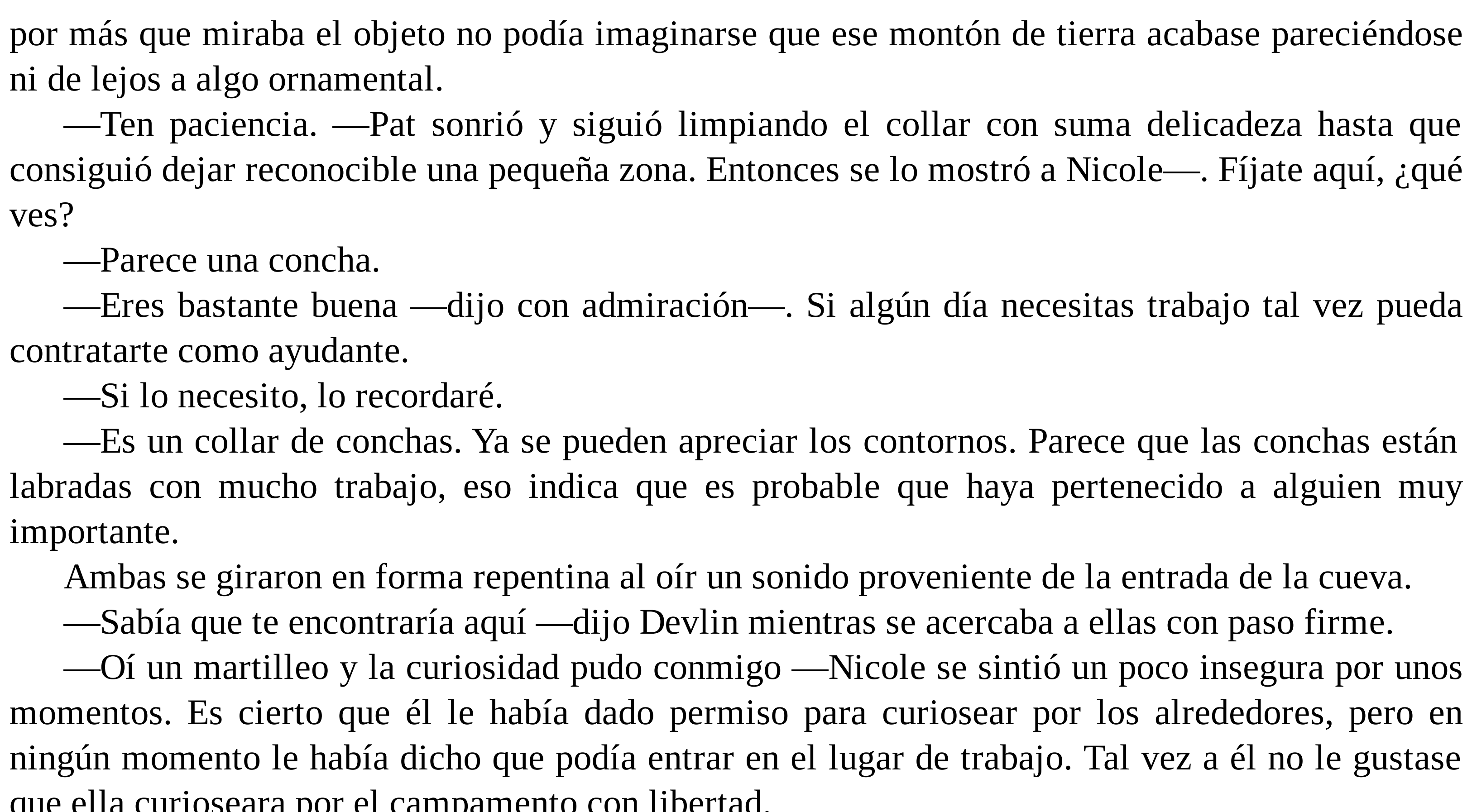
—¿Qué haces? —Decidió que con Pat un ataque directo sería más efectivo.

—Limpio este objeto.

—¿Objeto? A mí me parece un simple trozo de tierra.

—De momento, sí, pero, con un poco de limpieza y mucho cuidado, espero que esto se convierta en un bonito collar.

—¿Me lo dices en serio? —Nicole no pretendía mostrarse escéptica con la nueva amiga, pero


por más que miraba el objeto no podía imaginarse que ese montón de tierra acabase pareciéndose ni de lejos a algo ornamental.

—Ten paciencia. —Pat sonrió y siguió limpiando el collar con suma delicadeza hasta que consiguió dejar reconocible una pequeña zona. Entonces se lo mostró a Nicole—. Fíjate aquí, ¿qué ves?

—Parece una concha.

—Eres bastante buena —dijo con admiración—. Si algún día necesitas trabajo tal vez pueda contratarte como ayudante.

—Si lo necesito, lo recordaré.

—Es un collar de conchas. Ya se pueden apreciar los contornos. Parece que las conchas están labradas con mucho trabajo, eso indica que es probable que haya pertenecido a alguien muy importante.

Ambas se giraron en forma repentina al oír un sonido proveniente de la entrada de la cueva.

—Sabía que te encontraría aquí —dijo Devlin mientras se acercaba a ellas con paso firme.

—Oí un martilleo y la curiosidad pudo conmigo —Nicole se sintió un poco insegura por unos momentos. Es cierto que él le había dado permiso para curiosear por los alrededores, pero en ningún momento le había dicho que podía entrar en el lugar de trabajo. Tal vez a él no le gustase que ella curioseara por el campamento con libertad.

—He encontrado otro collar. Creo que nos estamos acercando.

—Déjame ver. —Devlin lo tomó con suavidad entre sus manos y se quedó observándolo durante unos instantes—. ¿Dónde lo has encontrado con exactitud?

—Ahí. —Pat señaló con el dedo el lugar donde había estado excavando antes de la llegada de Nicole.

—Bien, es una buena señal. Creo que estamos en el buen camino. Mañana vendré temprano y seguiremos excavando por ahí hasta llegar al lago subterráneo. Tenemos que ir más rápido, sé que estamos cerca.

—¿Cerca de qué?—preguntó Nikki, exasperada por tanto secretismo.

—Eso es algo que aún tenemos que descubrir.

Devlin y Pat parecían cortados por el mismo patrón y Nicole empezó a irritarse ante la excesiva discreción.

—Si crees que haciéndote el misterioso vas a hacer que olvide el tema, te está saliendo el tiro por la culata. Cada vez estoy más convencida de que habéis descubierto algo importante y cuando se me mete algo en la cabeza no paro hasta averiguar la verdad.

—Parece que te has encontrado con la horma de tu zapato, jefe. —Pat estaba en extremo sorprendida por la relación entre el jefe y esa bella desconocida. Desde que lo conocía jamás había sabido de nadie que le hablase en ese tono tan insolente y despreocupado y que después viviese lo suficiente como para contarlo—. Desde luego, esta chica tiene agallas.

—Por eso me gusta tanto —dijo Devlin mirando a Nicole directo a los ojos—. Ahora debemos irnos, si queremos hacer un poco de turismo y ver todo lo que te he prometido.

—Pasadlo bien. —Pat soltó una sonrisilla. Su jefe le caía bien y se alegraba de verlo feliz. En los últimos tiempos se lo veía demasiado estresado. De hecho, si lo pensaba bien, desde que lo

conocía se había comportado como una persona agobiada por el estrés. No recordaba otra conversación en que lo hubiese visto bromear de esa manera.

—Dev, no sé qué hay enterrado aquí, pero sé que es importante para ti descubrirlo y que no vas a disfrutar paseando conmigo mientras tienes la cabeza en otra parte. ¿Por qué no dejamos el turismo para mañana, o cualquier otro momento, y os ponéis a trabajar? Yo puedo ayudaros.

—Me parece una buena idea. —A Devlin se le iluminaron los ojos—. ¿Estás segura de que no te aburrirás?

—No, si me dejáis ayudar y me dais algo de material para mi artículo.

—¿Artículo? —Ahora era el turno de Pat de estar sorprendida.

—Sí —contestó Nicole con rapidez—. Soy periodista.

—Qué pena, en verdad habías empezado a caerme bien —contestó Pat con cara de fastidio.

—Puedo seguir cayéndote bien. No me invento las noticias ni me dedico a la prensa sensacionalista. —Nicole intentó volver a distender el ambiente y recuperar a la reciente amiga— y solo traiciono a mis amigos por grandes cantidades de dinero.

Pat se rió y demostró que, además de ser muy buena científica, tenía un gran sentido del humor.

7

Nicole nunca se había imaginado que participar en una excavación podía ser un trabajo tan aburrido y tedioso. En las películas de Indiana Jones todo era mucho más dinámico. A los cinco minutos de haber empezado a excavar encontraban una pista y a los diez ya sabían con certeza dónde estaba el gran tesoro. Todo esto amenizado por las intervenciones de unos malos malísimos que, aunque retrasaban a los aventureros protagonistas, nunca lograban el objetivo de impedirles hacerse con el tesoro. En cambio, ella llevaba casi tres larguísimas horas separando la tierra, tal y como Pat le había enseñado, sin obtener ningún resultado positivo.

Giró y observó a los otros dos compañeros, que estaban por entero concentrados en el trabajo, en dos de los extremos opuestos de la gran sala. Nicole los miró con suspicacia. Estaba segura de que la habían dejado en esa zona de trabajo porque era donde resultaba más probable no encontrar nada. Por cierto, si la intención de ambos era que pensase que el trabajo en la excavación era aburrido a muerte, lo habían conseguido.

La doctora ya había limpiado por completo el collar y lo había guardado con cuidado en una caja de muestras, para inventariarlo más tarde. Después, había seguido buscando en la misma zona sin desanimarse en lo más mínimo por la infructuosa mañana. Devlin, en cambio, se había ido hacia el túnel del fondo que, según le había explicado, era la entrada a una oscura caverna en la que había un pequeño lago con una islita central. Devlin le había explicado que el premio gordo debía de estar allí y Nicole no acababa de entender por qué perdían el tiempo buscando por los terrenos de los alrededores.

—Voy a hacer un pequeño descanso para comer. ¿Queréis venir o preferís que os traiga algo?

—Nikki, si no te importa, me gustaría quedarme un poco más. Tú puedes ir con Pat si quieres.

—¿Y perderme el momento en el que descubramos el arca perdida? Ni hablar. —Nicole no quería irse. Si bien era cierto que se aburría mucho en la excavación, también era cierto que disfrutaba por demás la compañía de Devlin.

—¿Puedes traernos un par de sándwiches y dos Coca-Colas light?

—Por supuesto, pero no os hagáis muchas ilusiones con los sándwiches. Hoy la encargada de traer la comida es Isabel, una de las nuevas becarias, y, como buena mejicana, sus gustos culinarios se basan en la premisa de que, con mucho picante, uno puede llegar a comer cualquier cosa.

Cuando Pat salió de la galería, Nicole se acercó con sigilo a Devlin por detrás y se sentó al lado procurando estorbarlo lo menos posible.

—¿Vas a decirme de una vez qué estamos buscando? —Clavó la vista en los ojos de él, como hacía en otros tiempos, sabiendo que así no podría mentirle—. Ahora soy parte del equipo.

—¿Qué te hace pensar que estamos buscando algo en concreto? Tal vez solo es un yacimiento más, en el que hay algunas reliquias y, quizás, si tenemos suerte, un par de huesos o algo que nos enseñe cómo era la gente que estaba antes aquí.

—Te conozco demasiado bien como para saber que no estarías aquí manchando tus preciosas manos de ejecutivo de la Quinta Avenida a menos que hubiera un buen motivo para hacerlo. Sabes que puedes confiar en mí, Dev. Te prometo que no publicaré una palabra de lo que me cuentes en forma confidencial hasta que me des tu permiso para hacerlo.

—¿Y si nunca te doy permiso?

—En tal caso, tienes mi palabra de que jamás verás la historia publicada —respondió Nicole con seriedad aunque sabía que, al hacer esa promesa, de alguna forma estaba traicionando a su editor y a la gente que le daba de comer.

Devlin la miró directo a los ojos y se aproximó a ella con una lentitud exasperante.

—¿Por qué debería confiar en ti? Tiempo atrás yo necesité tu confianza y no me la diste.

—Era muy joven y orgullosa. Me equivoqué y, créeme, lo he pagado tan caro o más que tú.

El deseo impaciente y vibrante se reflejaba en los ojos de Nicole, mientras pedía sin palabras todo aquello que no se atrevía a expresar. La mezcla de nervios y excitación por lo que sabía que iba a ocurrir pudo más que el instinto de protección. Como él no se decidía del todo, Nicole, sin poder contenerse, terminó de acercarse hasta que los labios se entrechocaron en un fuerte beso.

Desde el momento en que sus labios se tocaron, Devlin se hizo cargo de la situación e intensificó el beso, que poco a poco se volvió oscuro y posesivo. Las manos de él, impacientes, parecían tocarla por todas partes al mismo tiempo. Nicole podía sentirlas bajo la ropa, acariciándole con suavidad cada poro de la piel.

Ella tampoco podía estarse quieta y hundió las manos en el oscuro pelo de Devlin atrayéndolo más hacia ella. No sabía si lo hacía para que profundizase más en el beso o para comprobar que las leyes de la física seguían dominando la Tierra y no podían fundirse en un solo cuerpo.

—Pat puede aparecer en cualquier momento —murmuró ella cuando consiguió despegar la boca de la de él, pero sin estar en absoluto segura de que ese hecho sin relevancia en verdad importara a ninguno de los dos.

—No te preocupes por eso ahora, cielo. La conozco bastante bien y tiene el apetito de todo un regimiento de infantería. Tenemos tiempo de sobra. —La voz de él sonaba más ronca de lo habitual y eso hizo sospechar a Nicole que, en cierto modo, ya no había vuelta atrás. El caprichoso destino había jugado con ambos y los había colocado allí, sin ninguna escapatoria posible.

—Es un error.

—No, el error es haber permitido que la vida nos haya separado durante tanto tiempo.

Él empezó a mordisquear y lamerle el cuello con suavidad, cosa que, según recordaba, rompería las últimas defensas de Nicole.

Ella sabía que estaba perdiendo el control de sí misma por completo. Oleadas de lascivia le inundaban el cuerpo con la fuerza de un maremoto e impedían que pudiera pensar en otra cosa que no fuera el placer que Devlin podía proporcionarle.

—Debo de haberme vuelto loca si estoy pensando de verdad en echar un polvo en una cueva fría y sucia.

—No vamos a echar un polvo, Nikki, vamos a hacer el amor —susurró Devlin, mientras con las manos y la boca le demostraba lo que acababa de decir.

Devlin volvió a tomar su boca en un beso salvaje y profundo. Sintió que el pulso se le

aceleraba y él también empezaba a perder el control. No quería que fuese así. La primera vez después de tantos años debía de ser romántica, tal vez con flores y desde luego en una cama. Pero sabía que no podía esperar más, estaba duro como una roca, tan duro que le dolía.

La empujó contra una de las paredes de la cueva y, antes de que Nicole se hubiese dado cuenta, le bajó el pantalón y la ropa interior. Ella lo deseaba casi con la misma urgencia, así que estaba húmeda y preparada cuando Devlin la penetró con una dura y profunda embestida.

Él le sacó la blusa y el sostén y empezó a succionarle los pechos. Primero de forma lenta y dulce, después empezó a mordisquearla de una forma que Nicole solo podía describir como erótica hasta el delirio.

Ella se agarró a él y le rodeó con las piernas la cintura, en un intento desesperado de acercar todavía más ambos cuerpos. Oyó cómo él gemía y una corriente de poder le recorrió el cuerpo y multiplicó el placer. No estaba segura de si Devlin seguía enamorado de ella, pero no le cabía la menor duda de cuánto la deseaba y, por el momento, con eso le bastaba.

Devlin no dejaba de tocarla por todas y cada una de las zonas sensibles del cuerpo y ella sabía que no iba a poder aguantar mucho más esa delicada tortura. Llevaba demasiado tiempo sin hacer el amor, sin sentir que había otro ser humano en el mundo con el cual podía sentirse cómoda y compartir la vida.

Cada nueva embestida la acercaba más al orgasmo y Nicole sintió que, si no venía pronto, se volvería loca de atar. Ningún ser humano podía ser capaz de aguantar tanto tiempo semejante cota de placer.

—No cierres los ojos, Nikki. Mírame, quiero ver tus ojos cuando llegues al clímax y quiero que me digas cuánto me quieres.

—Dev, no puedo aguantar más, por favor.

—Yo tampoco puedo esperar más, pequeña.

El metió una mano entre los cuerpos y deslizó un dedo en el interior de ella hacia el centro del placer. Por un momento, Nicole se sintió al borde de la muerte, luego el placer explotó dentro de ella de una forma devastadora y arrasó con todos los sentidos.

Solo cuando la oleada orgásmica empezó a recorrerla, Devlin se relajó y se dejó ir con ella, embistiendo de forma salvaje una y otra vez, mientras sentía cómo las uñas de ella se le clavaban en la espalda.

Extenuados, se distendieron sobre el duro suelo de la caverna.

—Deja de fruncir el entrecejo. —Devlin le acarició el vientre con suavidad—. Lo has disfrutado tanto como yo, no lo estropees ahora buscando culpables. No los hay.

—No estoy buscando culpables. Soy bastante madura como para hacerme responsable de mis actos.

—Estuvo bien.

La cara de satisfacción de ambos corroboraba estas palabras.

—Mejor que bien. —Nicole no pudo evitar que una amplia sonrisa le asomase a la cara—. Pero esa no es la cuestión. Yo he venido aquí a trabajar.

—No creo que ninguna otra periodista me haya entrevistado tan en profundidad como lo has hecho tú hoy. —A pesar del tono sarcástico, Nicole sabía que esta conversación era tan importante

para él como para ella.

—Me alegro de saber eso, pero no creo que mi jefe considere estos cinco últimos minutos como un trabajo periodístico.

—¿Cinco minutos? —Ahora él parecía arrepentido por completo—. Lo siento, Nikki, sé que te mereces algo más que un desahogo rápido en una cueva oscura, pero prometo compensarte esta noche.

—No vayas tan deprisa, Dev, necesito pensar un poco antes de hablar de esta noche.

—Sabes de sobra que hemos abierto la caja de Pandora, y ahora ya nadie podrá contener los truenos. —Devlin le acariciaba el pelo con dulzura mientras hablaba y Nicole empezaba a comprender que él tenía toda la razón—. Yo te deseo y tú me deseas. Somos dos adultos y por primera vez en muchos años ninguno de los dos tiene una pareja a quien rendirle cuentas. ¿Por qué vamos a seguir posponiendo lo inevitable?

—Eres muy convincente. Demasiado.

—Todavía puedo serlo más.

Devlin empezó a besarla de nuevo, pero ella lo detuvo en forma brusca, para evitar perder el control por completo.

—Espera. Si en verdad vamos a empezar algo, quiero hacerlo sin mentiras ni malos entendidos. No sé por qué, pero siento que puedo confiar en ti en forma cabal y me gustaría que tú hicieras lo mismo conmigo. —Nicole lo miró con fijeza a los ojos, mientras rogaba no estar tomando la decisión equivocada, ya que a partir del momento en que hablara no solo estarían en juego los sentimientos, sino también la vida—. He de confesarte algo.

—No hace falta que te pongas tan seria, Nikki. A menos que pretendas decirme que hay otro hombre en tu vida, puedo ser muy comprensivo. —La expresión de Devlin se volvió tensa—. ¿No hay otro hombre, verdad?

—No, por supuesto que no. No se trata de eso. —No tuvo fuerzas para sonreír, pero sí continuó hablando, aunque el nudo en la garganta se le hacía cada vez más grande—. Cuando Rachel vino a verme, me confesó que creía que tú intentabas matarla. Cuando le pedí a mi jefe que me diera el caso, lo hice porque me sentí culpable por no haberle hecho caso. Vine aquí con la intención de descubrir la verdad.

—¿Rachel te dijo que yo había intentado matarla?

Devlin parecía perplejo por entero. Había esperado que Nicole le confesase cualquier cosa menos eso, y Nicole pensó que, o bien debía de ser inocente, o era el mejor actor del mundo.

—Sí. Escuchó una conversación telefónica tuya con alguien hablando de unos huesos que estaban escondidos y que nadie podría encontrarlos. Después de eso sufrió dos intentos de asesinato.

—¿Te contó algo sobre ellos? —Ahora él parecía en verdad interesado.

—Sí. Fueron en Hawaii. En el primero, un coche intentó atropellarla cuando cruzaba la calle; en el segundo, un coche, que ella pensaba que era el mismo que la primera vez, intentó sacarla de la carretera.

—¿Por qué demonios pensaba que yo quería matarla?

—Tenía una cinta grabada con la conversación y creía que habías oído cómo colgaba el

teléfono; en fin, no sé, ya sabes que ella era bastante fantasiosa. De todas formas, tienes que reconocer que todo esto es bastante extraño. La gente normal no va escondiendo huesos por ahí.

—Supongo que sí, pero esto no es lo que te imaginas. Sospechamos que los huesos que hemos encontrado son los del rey Kamehameha I. No quiero divulgar la noticia hasta estar por completo seguro, pero entenderás que, aunque Rachel se hubiese enterado de eso, no supondría un motivo para matarla.

—¿El rey Kamehameha? —Ahora Nicole no solo estaba en extremo sorprendida, sino también fascinada.

—Sí. Supongo que habrás oído hablar de él, fue el primer monarca de Hawaii, quien logró unificar todas las islas bajo el mismo mandato. Según la leyenda, murió a los sesenta y tres años cerca de Kailua Kona y sus huesos fueron escondidos en algún lugar de la costa de Kona. Mucha gente, desde entonces, ha intentado encontrar ese lugar, y creo que nosotros por fin lo hemos conseguido.

—Sé que te parecerá una pregunta bastante tonta, pero ¿por qué hay tanta gente tan interesada en encontrar esos huesos?

—Hay muchas leyendas alrededor del rey Kamehameha el Grande, pero casi todas coinciden en un punto: fue enterrado con numerosos tesoros.

—Riqueza y gloria.

—En realidad, en mi caso es más gloria que riqueza. Si compruebo que en verdad encontré la tumba del rey Kamehameha el Grande, voy a donar todo lo que encuentre al Museo Bishop.

—¿Está aquí cerca? —Por unos instantes Nicole no pudo contener la emoción de formar parte de un descubrimiento tan trascendente.

—Sí, pero hasta que no hayamos comprobado la autenticidad de los huesos al cien por ciento, debes prometerme guardar el secreto. No me gustaría que los saqueadores empezaran a rondar el lugar. Ya tengo bastante con vigilar al profesor Martin como para añadir más preocupaciones a la lista.

—¿Por qué no pones unos guardias de seguridad?

—Eso alertaría a mucha gente que está demasiado pendiente de lo que hago. Aunque no lo creas, es mucho más seguro así. Si la gente piensa que no tienes nada que merezca la pena robar, no se arriesgarán a intentarlo.

—¿Me enseñas dónde está?

—Claro, te enseñaré dónde encontramos los huesos. Pero te advierto que no vas a ver gran cosa, porque los huesos han sido trasladados a nuestro laboratorio para hacerles la prueba de ADN y compararla con muestras de ADN de uno sus hijos.

La cara de ella debió de mostrar algún signo de decepción porque él se apresuró a añadir, en un tono que insinuaba deseo sexual.

—Pero, si te portas bien, prometo llevarte a ver el laboratorio.

—Supongo que es un trato justo. Cuando decidas hacer público el descubrimiento, ¿me darás la exclusiva?

La carcajada de Devlin resonó en toda la cueva, mientras asentía con un leve movimiento de cabeza.

—Cariño, eres toda una mercenaria.

Nicole comenzó a vestirse y le tiró la ropa a Devlin para que hiciera lo mismo. Por mucho que comiera, Pat no tardaría en llegar y no le apetecía demasiado que los descubriera desnudos y sudorosos sobre los futuros hallazgos arqueológicos.

—Si ya habéis encontrado los huesos, ¿qué es eso que estáis buscando?

—El tesoro, por supuesto. Según la leyenda, además de enterrarlo con un gran número de joyas, lo enterraron con el collar de Ka'ahumanu. Ella era la esposa favorita y, cuando él conquistó Kauai, que era la última isla que le faltaba, en señal de reconocimiento por animarlo a ir a la guerra por la unificación de Hawaii, la premió con un hermoso collar de perlas negras. Las más hermosas y perfectas que nadie haya visto jamás.

—¡Típico de un hombre: arreglarlo todo con una chuchería!

—Si fuera por lo menos la mitad de valioso de lo que cuentan las leyendas, yo no lo llamaría chuchería. ¿Quieres que te cuente el final o vas a seguir interrumpiéndome?

—Sigue —dijo Nicole a regañadientes.

—Cuando murió, ella quiso devolverle el collar en muestra de amor eterno y ordenó que lo enterrasen con él. Según la leyenda, las perlas fueron traídas de lejanas tierras, pues Kamehameha quería solo lo mejor para su esposa. Se decía que las perlas eran enormes y casi perfectas, por lo que el valor actual debe de ser altísimo, y si, además, sumamos el valor histórico, podemos suponer que ese collar tiene un valor incalculable.

Devlin empezó a vestirse con pereza. Le gustaba verla desnuda y odiaba que hubiesen acabado tan pronto de hacer el amor, pero tenía que reconocer que ese no era el lugar ni el momento adecuado para hacer todo lo que deseaba hacer con ella. Aunque, como anticipo, no había estado nada mal.

Devlin la guió hacia el túnel del fondo de la cueva y, después de cinco minutos de horrible caminata por un pasadizo que a Nicole se le antojaba cada vez más estrecho y tenebroso, apareció la visión más bella que hubiera podido imaginar jamás.

El túnel desembocaba en una enorme sala que contenía un precioso lago y, en el centro, presidiendo aquella maravilla de la naturaleza, se encontraba una pequeña islita donde se advertía que la tierra había sido removida.

Para llegar a la islita había una pequeña canoa amarrada al final del túnel. A Nicole no le pareció demasiado segura, pero no se atrevió a expresar en voz alta algo tan banal cuando tenía a la vista semejante prodigio de la naturaleza.

—Como ya te habrás imaginado, encontramos los huesos en la islita central.

—¿Por qué crees que son los huesos de Kamehameha?

—Entre las miles de leyendas que circulan sobre él, muchas hablan de que fue enterrado en una isla en un lago subterráneo en estas costas. Además, hemos hecho las pruebas de datación por radiocarbono y nos ha dado una correspondencia positiva con el año 1819, año en el que murió el gran rey.

—La isla no es demasiado grande, así que supongo que no tardarás en encontrarlo.

—Ojalá fuera tan fácil, pero el tesoro puede estar en cualquier parte de esta enorme cueva. Que lo hayan enterrado con él no significa que lo hayan hecho al lado de él. —La mirada de

Devlin dejaba traslucir el placer que le provocaba ese tremendo desafío.

—¿Alguien más, aparte de ti, Pat y el profesor Martin, sabe lo que en verdad estáis buscando aquí?

—Sólo Derek y Jared. Los becarios piensan que nos ocupamos de los restos de un antiguo poblado. Supongo que acabaran por enterarse, pero cambian todo el tiempo y no sé si puedo fiarme de ellos.

—¿Crees que Derek o Jared pueden ser los responsables del intento de asesinato de Rachel?

La cara de asombro de Devlin contestó la pregunta unos segundos antes de que la respuesta saliera por los labios.

—Por supuesto que no. Ellos son mis mejores amigos, les confiaría mi vida.

—Entonces, ¿quién demonios intentó matar a Rachel?

—No lo sé. Tal vez se lo inventó para llamar tu atención o tal vez acabó convirtiéndose en una víctima de las conspiraciones que creaba con la mente.

—Cuando me lo dijo, yo pensé lo mismo, pero ahora, desde la distancia, puedo ser más objetiva y advertir que el miedo que sentía era real. De hecho, no creo que se suicidara ni que sufriese una sobredosis accidental. No creo en las casualidades, mucho menos todavía cuando se presentan en un momento tan conveniente.

—Nikki, sé que te sientes culpable por la muerte de Rachel. —Devlin la estrechó con fuerza entre los brazos, como si quisiera protegerla contra todos los males del mundo. Después la miró directo a los ojos—. Pero tienes que dejar de pensar así. Nadie tuvo la culpa. Fue un accidente. Si alguien hubiese tratado de hacerle daño a Rachel, yo lo sabría.

—Espero que tengas razón —contestó Nicole, pero en el fuero interno seguía creyendo que había algo más detrás de la muerte de la ex amiga.

—¿Te apetece ir a descansar un poco? Creo que por hoy ya te he hecho trabajar demasiado. Además, necesitamos comer algo, o esta noche no podré demostrarte lo mucho que te he echado de menos.

—Sí. ¿Vamos a volver hoy a Oahu?

—No, aún no te he enseñado la isla y quiero que me ayudes a buscar el tesoro. Nos quedaremos en un pequeño hotel que tengo en las afueras de Kona. Es muy agradable y podrás despertarte viendo el océano.

—Tú sí que sabes cómo retener a una mujer. —Nicole se puso seria—. Podrías tener a cualquier mujer a tus pies.

Nicole sonaba un tanto insegura y a Devlin eso no le gustó. Ella era la única en su corazón, tal y como debería haber sido siempre, y no quería que ella tuviese la menor duda.

—Tú eres la única que me interesa. —La sonrisa se amplió—. Y, cielo, podría enseñarte formas mucho más divertidas de retenerte que buscar un viejo tesoro.

—¡Dios! Lo tenías todo planeado. Cuando me invitaste a pasar el fin de semana, ya sabías que acabaríamos haciendo el amor, ¿verdad? Nunca tuve ninguna opción —se quejó Nicole, un tanto fastidiada por haber caído en la trampa con tanta facilidad.

—Mi amor, vivir contigo bajo el mismo techo y no hacerte el amor, nunca fue una opción. Sí, lo sabía y lo que es más importante, lo deseaba tanto como tú.

Ante esa certera declaración, Nicole se sintió un poco mejor. Después de todo, ella no era la única que lo había echado de menos.

Se rió para sus adentros mientras pensaba que hacer el amor con él seguía siendo fantástico. De hecho, el sexo con él siempre había sido estupendo y esta vez tampoco podía ser una excepción.

8

Cuando llegaron al hotel, Nicole estaba hambrienta, pero demasiado cansada para ir al restaurante a comer así que decidieron pedir comida al servicio de habitaciones.

Devlin había reservado una suite para los dos y Nicole no lograba decidir si le molestaba que él no hubiese tenido el reparo de preguntarle si estaba de acuerdo con la suite o si prefería habitaciones separadas. En realidad, se alegraba de haber retomado la relación con él, pero estaba demasiado acostumbrada a llevar las riendas en todos los aspectos personales de la vida como para ceder por entero el mando a Devlin.

—No sé qué estás pensando, pero el hecho de que frunzas el ceño me dice que no es algo bueno.

Un punto para él, pensó Nicole. La conocía demasiado y eso también le daba miedo. ¿Y si ella había cambiado en todos esos años? ¿Y si ya no era la chica de la que él se había enamorado? ¿Cómo iba a soportar decepcionarlo de nuevo? Demasiadas preguntas para la cansada cabeza de Nicole.

—No es nada. Solo estoy un poco cansada. ¿Te importa si me doy una ducha? —Intentó sonreír para reafirmar las palabras—. Tengo tierra hasta en las orejas.

—Está bien. Bajaré a la tienda del hotel y compraré algo de ropa para que podamos cambiarnos.

—Tráeme también un peine y un cepillo de dientes.

Sin esperar respuesta, Nicole fue al cuarto de baño y abrió la llave del agua caliente, mientras comenzaba a desnudarse. Cuando se metió debajo del chorro de agua, los problemas parecieron disolverse en ella y marcharse por el desagüe. Se lavó la cabeza y después se puso un poco de mascarilla mientras dejaba que el agua caliente actuara relajándole el cuerpo.

Estaba tan concentrada en sí misma que no oyó cuando se abría la puerta del cuarto de baño, pero en algún momento notó una presencia y miró hacia la cortina, justo a tiempo para ver cómo se movía y entraba Devlin tal como Dios lo trajo al mundo y en todo su esplendor.

—Si querías ducharte, podías haber esperado. Estaba a punto de salir.

Quizás el reproche hubiese tenido más efecto si no hubiese ido acompañado de una mirada deslumbrada hacia el torso desnudo. Para desgracia de Nicole, Devlin no solo tenía el cuerpo de un modelo profesional, sino que, además, desprendía una enorme energía sexual. Aunque la relación pudiese fallar en otros campos, tenía que reconocer que la química sexual seguía funcionando entre ellos como un motor a pleno rendimiento.

Devlin le acarició la barbilla con suavidad.

—Lo sé, pero no sería tan divertido. —La voz sonaba áspera y ronca, mientras exhibía una sonrisa maliciosa en la cara.

Las fuertes manos de Devlin le acariciaron la cintura y empezaron a subir con lentitud hasta alcanzar los pechos turgentes. Cuando la boca de Devlin le mordisqueo un pezón, Nicole no pudo

contener un gemido. Entonces, los dedos de Devlin, silenciosos, se deslizaron dentro del cuerpo de ella. Nicole se arqueó hacia él y reclamó su boca para besarlo con avidez.

Devlin había soñado con esto desde que la tomó en la cueva. Había soñado con poder hacer el amor despacio y sin preocuparse por las posibles interrupciones. Lo que le sorprendió fue encontrarla tan húmeda y dispuesta.

La apretó con fuerza contra la pared de la ducha, la levantó y la penetró con suavidad mientras la acomodaba en el centro de su virilidad.

—Creo que vamos a perdernos la comida. —La voz de Nicole sonaba insegura. No entendía cómo podía estar pensando en comida en un momento así. Supuso que la culpa la tenían las hormonas, que en un instante habían pasado de la mayor inactividad sexual a un profundo éxtasis.

—Nikki, tú eres toda la comida que necesito.

Devlin parecía capaz de leerle el pensamiento. Sabía lo que Nicole necesitaba incluso antes que ella misma, y deseó con todas sus fuerzas causar en él el mismo efecto. Sintió las manos de Devlin de nuevo sobre los pechos y se estremeció cuando las penetraciones se volvieron más rápidas. Pensó que el orgasmo nunca llegaría. Cuando ya creía que iba a morir en medio de un placer delirante, se desencadenó el orgasmo con la fuerza de un huracán violento y salvaje.

Nicole sintió cómo todo su cuerpo se relajaba con la última sacudida de placer. Cerró los ojos durante un instante y se dejó ir mientras él le acariciaba el vientre con suavidad.

—Creo que me voy a acostar y no me voy a levantar hasta dentro de dos semanas.

—Cariño, esto aún no ha terminado. Voy a hacerte gritar como nunca lo has hecho antes.

—Oh, Dios.

Nicole quedó por entero incapaz de articular la más mínima frase coherente.

Devlin se deleitaba viendo cómo sus ojos se derretían de deseo por él. No sabía si Nicole había tenido alguna relación seria en todos esos años o si algún hombre había dejado alguna huella importante en la vida de ella, pero estaba dispuesto a borrar todos y cada uno de los recuerdos ajenos que ella tuviese. A partir de ahora, en la mente de Nicole solo estaría él. Y ella tendría que estar de acuerdo, porque él no pensaba cambiar de opinión. Ahora era suya como antes y esta vez no iba a dejar que escapara con tanta facilidad.

Devlin comenzó a besarla de nuevo. Esta vez con mucha más intensidad, declarando con fiereza toda la profundidad de los sentimientos. Empezó a moverse dentro de ella con suavidad, hasta que notó la expresión perdida en los ojos de Nicole. Entonces aumentó el ritmo de las embestidas hasta volverse casi salvaje.

—Mírame, Nikki. No cierres los ojos. Quiero que tú me veas a mí y que sepas que soy yo y solo yo el que te da placer.

Nicole gritó su nombre y juntos se deslizaron en un intenso orgasmo. Unos minutos después, recuperó por un momento la capacidad del habla.

—Llévame a la cama, Dev. Te juro que yo no tengo fuerzas para moverme.

Devlin se limitó a sonreír de forma satisfecha y la transportó en brazos como si no pesase más que una niña pequeña. La depositó en la cama con extrema delicadeza y se acostó al lado de ella, por completo extenuado también.

—Si hacemos esto muy a menudo no creo que duremos mucho. Has estado a punto de

matarme.

Nicole apoyó la cabeza en el hombro de Devlin. Necesitaba sentirse cerca de él.

—Sería una bonita forma de morir.

Sonó el timbre de la puerta y ambos se miraron con sensación de triunfo. Después de todo, no se habían perdido la comida.

—¿Tienes hambre?

—¿Bromeas? Me muero de hambre.

Devlin se levantó, se puso una bata de baño blanca, cerró la puerta de separación entre el recibidor y la habitación principal y fue a abrir al servicio de habitaciones.

Cuando volvió a entrar, traía un carrito y Nicole encontró la situación en extremo graciosa. Durante unos momentos no pudo parar de reír. Devlin intentó hacerse el ofendido, pero fracasó con estrépito cuando se vio reflejado en un espejo. Él también empezó a reír: estaba bastante ridículo conduciendo el carrito mientras llevaba puesto solo una bata. Era evidente que el amor tenía algo contagioso, o quizás fuese el deseo satisfecho.

Tomaron un par de cócteles de langosta y unos sándwiches fríos de pollo. Con todos sus apetitos saciados, Nicole recordó que aún quedaba un punto muy importante por solucionar.

—Siento tener que sacar el tema otra vez, pero es que no para de darme vueltas en la cabeza.

No sabía muy bien cómo expresarlo sin arruinar el momento tan glorioso que habían vivido. Desde que Devlin había vuelto a su vida le costaba elegir las palabras adecuadas.

—Suéltalo de una vez o estarás dándole vueltas a eso que te atormenta el resto del día y, aunque te sorprenda, tengo otros planes mucho más placenteros. —Sonrió con picardía.

—Me gustaría investigar un poco los intentos de asesinato de Rachel.

Devlin intentó interrumpirla pero ella le puso la mano sobre los labios y él se olvidó de cualquier otra cosa que no fuese sentir esa delicada piel contra la suya.

—Sé que crees que eran invenciones suyas. Pero yo creo que la amenaza era real, aunque se equivocó por completo al pensar de qué lado venía.

—Supongo que hemos avanzado algo, por lo menos ya no crees que sea culpable.

—Nunca he creído que tú fueses culpable.

—¿Nunca?

—En el fondo de mi corazón, no.

Él se dio por satisfecho con la contestación y empezó a juguetear de manera distraída con el pelo de Nicole, pero ella no iba a permitirle abandonar el tema con tanta sencillez.

—¿Tus socios, Derek y Jared, están en la isla? Me gustaría conocerlos para formarme mi propia opinión.

—Siempre pensando en el trabajo, Nikki. En fin, supongo que hay cosas que no cambian nunca.

—Lo siento, pero creo que se lo debo a Rachel. Ella acudió a mí y yo estaba demasiado celosa como para pensar en otra cosa que no fuese yo misma.

—¿Celosa? Uh... Me gusta el nuevo rumbo que va tomando esta conversación.

—Ni sueñes en volver a ponerme las manos encima tan pronto.

Si ella no hubiera estado tan cansada quizás habría caído en la tentación. Por eso sabía que era

el momento perfecto para hablar; él no podría distraerla con tan maravillosas técnicas sexuales.

—Está bien, dejaré mis manos quietas, donde puedas verlas.

Deslizó las manos con suavidad a través de la ropa que Nicole se había puesto para comer. No llevaba sostén y Devlin no pudo contener las ganas de meter la mano por debajo de la ropa hasta llegar a la fruta prohibida.

—Eres un verdadero sátiro. ¿Es que nunca vas a tener suficiente?

—No, no de ti.

Le dio un beso posesivo. Y después sacó las manos de debajo de la ropa.

—Ya te dije que Jared y Derek tienen mi absoluta confianza. Pero, si quieres conocerlos, me parece bien.

—Son los únicos sospechosos que tenemos.

Devlin levantó una ceja, escéptico, pues él no los consideraba sospechosos de ningún modo.

—Sé que son tus mejores amigos, pero si son inocentes no haré ningún daño por investigar un poco.

—No están aquí, pero, si te vas a quedar más tranquila, puedo organizarlo para que vengan. De todas formas, tenía pensado llamarlos para contarles nuestros avances.

—Eso sería fantástico.

—No me has dejado terminar la frase. Podría organizar todo eso, siempre y cuando fuese premiado de algún modo.

—¿Y has pensado ya en algún tipo de premio? —respondió Nicole insinuante mientras empezaba a desabrochar el cinturón de la bata con lentitud.

—Aprendes rápido, pequeña.

—Supongo que tengo un buen maestro.

—Hora de la siguiente lección.

9

A la mañana siguiente, cuando Nicole se despertó, vio a Devlin trabajando con la computadora portátil en el escritorio que estaba junto al balcón de la habitación. No hizo ningún movimiento, quería aprovechar ese preciado instante para observarlo a su antojo. Estaba recién duchado, con pelo todavía estaba húmedo, y eso le hizo recordar el maratón de sexo que habían tenido la noche anterior.

—¿Vas a quedarte toda la mañana mirándome, perezosa? —Devlin dijo esto sin levantar la vista de la pantalla y Nicole no pudo entender cómo había logrado saber que ella estaba despierta. Estaba segura de no haber hecho ningún ruido.

—¿Cómo has sabido que ya estaba despierta?

—Porque hace dos minutos que has dejado de hacer ese maravilloso ruidito que haces al dormir.

—¿Maravilloso ruidito? —comentó mientras se incorporaba en la cama, sin dar crédito a lo que oía—. Espero que esa no haya sido una manera educada de decirme que ronco, porque sé con absoluta certeza que no lo hago.

—¿No hay un beso de buenos días? —se quejó él—. Después de todo, me he levantado temprano para solucionar tus problemas.

—¿Has hablado ya con los chicos?

Él no pudo contener una sonrisa al oír esa forma de referirse a sus socios. Puede que en los años de estudiantes la palabra «chicos» los definiese bien, pero en el presente quedaba bastante fuera de lugar para describirlos.

—Si te oyen llamarlos así, no volverán a hablarte nunca más. Y sí, ya he hablado con ellos y vendrán mañana por la noche. Puede que Jared llegue antes. Con él nunca se sabe. Le gustan las sorpresas.

—Entonces, no se parece demasiado a ti.

Devlin dejó la frase sin contestar. Ya había hablado suficiente de sus socios. No le gustaba que ella perdiese el tiempo pensando en otros hombres, ni siquiera por motivos de trabajo. Empezaba a comportarse como un hombre celoso. Eso no le gustaba demasiado, le hacía sentir que no tenía el control de la situación y a él le gustaba controlar todo.

—¿Qué te parece si te duchas y nos vamos a la cueva? Ayer dejamos a Pat abandonada sin avisar. Con lo meticulosa que es ella, puede que aún nos esté buscando.

Nicole se puso roja como la grana al escuchar semejante posibilidad.

—¿Crees que se habrá dado cuenta de por qué desaparecimos? —Estaba por completo mortificada, como una escolar a la que hubiesen descubierto escabulléndose de las clases.

—Solo estaba bromeando, cariño. No le pago para que piense sobre lo que hago o dejo de hacer.

Nicole saltó de la cama y se fue a la ducha. Cuando volvió a entrar en la habitación él bebía

una taza de café mientras leía el periódico.

—¿Quieres desayunar? Como no sabía qué te apetecía he pedido un poco de todo. Tenemos café, exprimidos, tostadas y bizcochos.

—Con el café y un bizcocho será suficiente, gracias.

Nicole comenzó a desayunar mientras revisaba la ropa que él le había comprado. Por fin se decidió por las bermudas verdes de Marc Jacobs y una camisa negra de DiVillain. Cuando giró hacia él, vio que estaba de pie, mirándola sin ningún tipo de disimulo.

—Estás fabulosa.

—Gracias por el cumplido y por la ropa. Me encanta la camisa.

—En cuanto la vi, supe que te gustaría.

Cuando llegaron al yacimiento, no vieron a nadie por los alrededores. Nicole siguió a Devlin hasta una de las casetas prefabricadas.

Fuera hacía bastante calor, así que notó una gran diferencia de temperatura cuando entraron. La habitación estaba vacía, pero el aire acondicionado estaba funcionando al máximo. Nicole sintió un escalofrío involuntario y se frotó los brazos mientras recorría la habitación con la mirada.

Por dentro era más grande de lo que aparentaba por fuera. Tenía dos puertas que debían de dar a otras habitaciones. Ellos estaban en una acogedora habitación en la que reinaba el desorden. Había tres mesas con idéntico número de sillas y computadoras. Además, había un mostrador donde descansaban algunos hallazgos arqueológicos y Nicole supuso que habían sido encontrados en la excavación. Las paredes estaban dominadas por unas estanterías llenas de libros y de multitud de cachivaches que ella fue incapaz de identificar.

—No entiendo cómo alguien puede trabajar con este frío.

—Créeme, si te pasas la mayor parte del día sudando la gota gorda en una cueva oscura y con poco aire, agradeces cualquier tipo de corriente, aunque sea del aire acondicionado.

—Supongo que tú eres el experto.

Nicole no pareció muy convencida, pero Devlin lo dejó pasar. Después de unas cuantas horas trabajando en la excavación lo comprobaría por sí misma.

—Tengo una pequeña cámara en el bolso. ¿Te importa si saco unas fotos para mi artículo? Esta habitación es bien pintoresca.

Devlin la miró como si se hubiera vuelto loca; tan solo era una habitación a la que él no lograba encontrarle ningún interés.

—De acuerdo, pero no quiero ver nada publicado hasta que te dé mi autorización.

—Ok, pero mañana debo mandarle algo a mi editor o me pondrá de patitas en la calle. Si te parece bien, esta noche puedo hacerte algunas preguntas y escribiré algo. Podrás leerlo antes de que lo envíe y... —Nicole se puso la mano en el corazón de forma solemne— ...prometo no nombrar ningunos huesos regios.

—Él no te pondría de patitas en la calle, eres demasiado buena en tu trabajo. Si tiene un mínimo de sentido común ya debería saberlo.

Nicole sacó algunas fotos, mientras Devlin se sentaba en uno de los escritorios a revisar unos papeles. Lo miró y empezó a disparar con la cámara dejando en completa libertad el instinto

periodístico.

—No te muevas.

Cuando acabó de decir la frase supo que había sido una mala idea. Devlin se puso tenso de inmediato y en la cara se formó una mueca que distaba mucho de parecerse a una sonrisa.

—¿Quieres borrar esa sonrisa forzada de tu cara? Parece que estuvieras posando para un reportaje de quinceañeras excitadas.

—Algunos dirían que eso se parece bastante a lo que estoy haciendo.

Eso todavía lo tensó más y Nicole se dio al fin por vencida. Ya lo tomaría desprevenido más tarde.

La entrada del profesor Martin en ese momento evitó una nueva disputa. Nicole no entendía por qué no podían hablar más de cinco minutos sin entablar una discusión. Lo peor era que empezaba a gustarle. De hecho, se había descubierto varias veces disfrutando con los duelos verbales que tan a menudo se producían entre ellos.

—Señor McKinley. —El profesor pareció por completo sorprendido y no muy contento de encontrarles allí—. No sabía que iba a venir tan temprano. Si me hubiese avisado, habría estado aquí para recibirle.

—No se preocupe. He estado mirando sus archivos.

Devlin dejó la frase a medias y lanzó una mirada penetrante a la espera de la reacción del profesor.

—De haberlo sabido, los hubiese puesto al día. Llevo un par de días muy ocupado y apenas he tenido tiempo de ponerme con el trabajo de oficina.

—Lo sé. Por lo que dice aquí, ya ha empezado a excavar en el túnel 2C.

—Sí.

El profesor Martin parecía nervioso y Nicole notó que el sudor empezaba a brillarle en la frente, algo que no se podía atribuir al calor dado el tremendo frío que hacía en la habitación.

—Recuerdo que habíamos establecido que no empezaríamos con esa zona hasta haber acabado con la galería principal.

—Así es —logró balbucear—. Pero la doctora Cornwell demuestra tener ese sector bien controlado, así que creí que era mejor que yo empezase por otro. De todas formas, creo que estaba equivocado, porque de momento no he encontrado nada de interés.

Nicole, como buena periodista, estaba acostumbrada a leer el lenguaje corporal de la gente, y el profesor Martin proclamaba a gritos que estaba mintiendo. Devlin, sin embargo, pareció darse por satisfecho con la explicación porque no le hizo más preguntas.

—Supongo que ya se va.

—Supone mal, Martin. En verdad, he decidido tomarme unas pequeñas vacaciones de mis negocios para participar en la excavación en forma más activa, y espero que usted ponga los archivos al día. Mañana vienen mis socios y me gustaría poder informarles acerca de nuestros avances con todo lujo de detalles.

Lo dijo de forma amistosa, pero el tono no dejaba lugar a dudas de que era una orden, y el profesor debía obedecer tanto si le gustaba como si no.

—Por supuesto —balbuceó.

—Si me necesita, estaré en la galería central. ¿La doctora Cornwell ya está allí?

—Sí.

Por un momento, Nicole pensó que el buen hombre parecía por demás irritado, pero cambió de expresión con tanta rapidez que no estuvo segura de haber visto algo o habérselo imaginado.

Salieron de la oficina sin decir ni una sola palabra y a Nicole le costó horrores esperar para intercambiar impresiones hasta haber llegado a una distancia prudencial.

—Ese hombre no me gusta. Oculta algo. Hasta un niño podría ver que no es de fiar.

Devlin se rió y Nicole supo, antes de que hablase, que él también pensaba lo mismo.

—Lo sé, mi pequeña observadora. Pero a los enemigos, una vez que se han metido en casa, es mejor mantenerlos cerca, por lo menos hasta saber qué se traen entre manos.

—No me extraña que triunfes en los negocios. Tienes una sangre fría impresionante. —Nicole expresó admiración con toda franqueza—. Yo le hubiese pateado el trasero hasta la puerta sin pensar en las consecuencias.

Esta vez fue el turno de Devlin de mirarla con una mezcla de sorpresa y diversión.

—Me encanta cuando dices cosas sucias.

—Eres un pervertido —replicó Nicole.

—Y tú, mi fuente de perversión.

Nicole decidió que era más sabio callarse la boca. Sabía que, si seguían por ese camino, acabaría desnuda en cualquier lugar de la maldita caverna y, después del desahogo del día anterior, eso no le apetecía demasiado. Ya no tenía diecisiete años como para andar revolcándose en cualquier sitio, como una adolescente excitada, y le había quedado la espalda dolorida a causa de las rocas que se le habían clavado la tarde anterior.

Cuando llegaron a la galería principal, vieron a Pat por completo enfrascada en el trabajo.

—Hola —dijo con alegría, sin levantar la vista de lo que estaba haciendo—. No estaba segura de si vendríais hoy.

Devlin contestó enseguida para adelantarse a que Nicole contase alguna absurda explicación que todavía los pondría más en evidencia. Era una mujer fantástica, pero no sabía mentir.

—Hola. ¿Has encontrado algo interesante?

—Sí. —Y ahora sí que los miró en forma directa, y con una sonrisa radiante en la cara—. Después de que veas esto no vas a tener más remedio que subirme el sueldo.

—Ya te pago demasiado, pero enséñame lo que has encontrado y tal vez logres convencerme.

Devlin se acercó a la zanja en la que estaba Pat, y Nicole le siguió a una distancia prudencial, fijándose bien dónde pisaba. No quería llevarse por delante ninguna de las múltiples cuerdas que delimitaban el terreno y provocar una catástrofe monumental.

Pat sostenía los sucios restos de lo que parecía una especie de casco hawaiano. A Nicole le llamó la atención el parecido que tenía con los cascos que usaban los conquistadores españoles en el siglo XVI.

—Vaya, se parece a los cascos que llevaban los guerreros españoles.

A Devlin le debió de gustar esa pequeña observación porque le obsequió una amplia sonrisa.

—Buena observación. Algunos historiadores defienden la teoría de que los españoles pudieron haber llegado a Hawaii incluso doscientos años antes que el capitán Cook, por lo que cabe la

posibilidad de que tu observación no ande muy desencaminada.

—Es en extremo fantástico. El casco está bastante bien conservado. —Por la expresión de Pat parecía que estuviese hablando del hombre de sus sueños y no de un viejo casco sucio—. Supongo que se conservó así gracias a las condiciones ambientales de la cueva. Si te fijas, lleva algunas incrustaciones de marfil y una pequeña perla negra en el centro, cosa que no había visto antes. Supongo que debió de ser de alguien muy importante. Por lo general, la ornamentación de los cascos de guerra era mucho más sencilla.

Devlin se acercó al casco para verlo mejor. La expresión de Pat debía de ser contagiosa, porque en cuanto él tomó el casco en las manos puso la misma cara de satisfacción que ella. Nicole se preguntó si tendría también esa expresión de placer supremo cuando hacían el amor y anotó en forma mental fijarse la próxima vez. La relación no podía ser muy estable si él prestaba más atención a una vieja antigualla que a ella.

—Tienes toda la razón, Pat, esto merece un aumento —dijo Devlin mientras le daba un fuerte abrazo que los sorprendió a ambos por igual.

Pat no supo qué contestar, el abrazo del jefe la había dejado por completo obnubilada. No todos los días podía estar tan cerca de un espécimen tan impresionante. Por unos momentos, deseó tener unos años menos o que él tuviera unos años más. La ocurrencia le hizo reír para sus adentros, pues era evidente que ni aun así él se hubiese fijado en ella; por lo menos no en un mundo donde existiese Nicole. El jefe tenía ojos nada más que para ella, y no era de extrañar, ya que, además de guapa, era inteligente y simpática. Pat, en cambio, solo poseía dos de esas cualidades y, desde luego, no las dos que ella hubiese elegido para cazar a un marido tan impresionante.

—Me quedaré un rato más por aquí y después iré a la oficina —contestó Pat y volvió a tomar el casco entre las manos con delicadeza—, a adelantar el papeleo.

—Ok, nosotros vamos a trabajar en la islita, pero antes le echaremos un vistazo al túnel 2C.

—El profesor Martin ha estado ayer trabajando allí.

—Lo sé.

—No me gusta ser una soplona, pero eres un gran jefe y no me gustaría que nadie te tomase el pelo.

Devlin esperó con paciencia a que continuara.

—Me parece que se trae algo entre manos. Siempre había sido muy metódico con los archivos, pero en los últimos días no se ha molestado en actualizarlos. Sí, ya sé que esta excavación es muy importante y el trabajo de campo a veces nos hace olvidar nuestros deberes de oficina, pero eso no es normal en él.

—Lo tendré en cuenta, gracias por el aviso.

—Recuérdalo mañana cuando me subas el sueldo.

—Lo haré.

Avanzaron por el mismo camino que el día anterior. Cuando Devlin dijo a Nicole que se subiera en la barca para ir a la islita, ella lo miró como si de repente le hubiesen salido tres cabezas.

—¿Crees que es segura?

Devlin la miró y vio que en la cara le había empezado a surgir un tono algo verdoso.

—Cielo, no solo es la única forma de llegar a la isla, a menos que pretendas hacerlo nadando, sino que además nunca ha habido ningún accidente.

Nicole lo miró con recelo.

—¿Lo juras?

—Palabra de *boy scout*.

—Tú nunca has sido *boy scout* —contestó Nicole con una mirada acusadora.

—No, pero fui tan buen chico que mi abuela siempre decía que tendría que haberlo sido.

—No sé, tal vez sea mejor que yo te espere aquí, o incluso podría ir a ayudar a Pat.

—Cobarde.

—No soy cobarde —se defendió ella, aunque sin mucha convicción—. Solo precavida.

—Está bien, puedes quedarte aquí. No sé cuánto tiempo tardaré, pero espero que encontremos otro momento para que me hagas la entrevista y que se la puedas mandar a tu editor a tiempo.

—Eres una rata traicionera.

—¿Eso quiere decir que vas a subir?

Nicole no se molestó en contestarle. Hizo acopio de todo el valor disponible y subió a la barca, se acurrucó en un extremo e intentó quedarse lo más quieta posible.

Devlin subió detrás de ella y tomó un remo. Con lentitud empezó a conducir la barca hacia la islita disfrutando el pequeño triunfo. Nicole, sin embargo, no podía apartar la vista del agua. Intentó mirar hacia la islita pero le pareció tan lejana que tuvo que volver a clavar la vista en las aguas oscuras.

—Nunca he visto un agua tan negra. ¡Seguro que habrá todo tipo de bichos!

—No te preocupes, cariño, los tiburones solo salen por la noche y no atacan a menos que tengan hambre.

—¿Tiburones?

—Sí, esta cueva tiene una salida a mar abierto y los tiburones blancos vienen aquí a resguardarse.

Nicole se puso lívida por un momento, hasta que vio una sonrisa asomar entre los labios de Devlin.

—Muy gracioso.

—Lo siento, Nikki, pero tendrías que ver la cara que has puesto, por un momento pensé que ibas a llegar a la isla de un salto.

Nicole no contestó, pero empezó a maquinar la forma de vengarse. Nadie que se hubiese burlado de ella había salido impune jamás y Devlin McKinley no iba a ser el primero. Si pensaba que iba a quedar exento, estaba muy equivocado.

10

Devlin parecía por completo absorto en el trabajo mientras Nicole lo observaba sin ningún disimulo.

—¿Cuántas horas dedicas a la semana a machacarte en el gimnasio?

La expresión de sorpresa de él dejó paso a una mueca irónica. Ella siempre conseguía sorprenderlo.

—¿Crees que eso le interesará a tus ávidos lectores?

—Créeme, la mayoría de mis lectoras pagaría por saber cuál es tu gimnasio y tus horarios. —No era algo que pensase publicar en la entrevista pero, como no estaba ciega, sabía apreciar los resultados del esfuerzo.

—Pues, siento decepcionarlas, pero siempre entreno en casa. Me sirve para contrarrestar el estrés.

Nicole sacó la cámara del bolso y aprovechó que él volvía a concentrarse en el trabajo para sacarle unas fotos.

—Eh, eso es a traición —protesto él.

—No me has dejado otra opción, después de la cara que has puesto antes. ¿Siempre te pones tan nervioso por una simple foto?

—No me gusta que me saquen fotos y aún menos para salir en la prensa.

—Lo sé y por eso te agradezco el doble que me hayas concedido esta entrevista.

Nicole lo decía de verdad y Devlin decidió contestarle con la misma sinceridad.

—Solo lo hice para volver a verte.

—Cuéntame algo de tus socios.

—¿A nivel personal o para la periodista?

—A nivel personal.

—A Jared lo conocí en el último año de carrera, quizá te acuerdes de él. Debes de haberlo visto un par de veces conmigo. Derek es primo suyo. Cuando acabamos los estudios decidimos no malgastar nuestro talento trabajando para otros y montamos una pequeña empresa de software informático. El resto se resume en tres palabras: tuvimos mucha suerte.

—Haces que parezca fácil.

—No lo fue.

—Pero ha merecido la pena. —Las respuestas breves de Devlin empezaban a impacientar a Nicole, aunque intentaba por todos los medios que no se notase. Ella se había encontrado con hombres poco colaboradores a lo largo de la carrera pero Devlin se llevaba la palma. Ese hombre era todo un reto periodístico.

—Supongo que sí. —Tomó un pincel y empezó a limpiar algo oculto en la tierra—. ¿Puedes traerme un pincel más fino? Los he dejado en la mochila que hay detrás de esas rocas.

Nicole se levantó sin contestar y fue a buscarlo. Al principio no vio la mochila pero, cuando

iba a asirla, algo le llamó la atención. Un objeto brillaba un poco más arriba, entre las rocas. Subió con cuidado y se acercó más para verlo. Cuando llegó junto a él vio que estaba semienterrado. Pensó en llamar a Devlin, pero desechó la idea al pensar que tal vez no fuese nada importante. Tomó el pincel de la mochila para apartar la tierra tal y como Devlin le había enseñado y pensó que, quizá, eso de excavar no fuese tan aburrido después de todo

Poco a poco el misterioso objeto fue saliendo a la luz. Parecía una especie de tablilla con algunos extraños símbolos grabados. En el centro había una especie de piedra gigantesca que brillaba con intensidad a la luz del farol. Nicole pasó la mano por la superficie con suavidad y acarició con extremo cuidado el relieve. La guardó en uno de los bolsillos de sus bermudas e iba a llevársela a Devlin cuando se le enganchó el pie entre las rocas. Mientras intentaba sacarlo se dio cuenta de que había un agujero, lo enfocó con la luz y vio que era un túnel bastante profundo.

—Nikki, ¿vas a tardar mucho?

—Creo que deberías venir a ver esto.

—Espera un momento. Ahora voy.

Nicole empezó a meterse en el túnel y avanzó poco a poco. Era muy estrecho y apenas cabía su cuerpo. Le dio miedo y pensó en retroceder pero, como siempre, la curiosidad pudo con ella. Intentó avanzar un poco más cuando de golpe el suelo se desprendió literalmente bajo sus pies.

Cuando aterrizó, abrió los ojos despacio. Los nervios estuvieron a punto de jugarle una mala pasada cuando se encontró rodeada por una total oscuridad. Por fin se obligó a no dejarse llevar por el pánico y tantear alrededor en busca de la linterna que llevaba.

El gritó sorprendió a Devlin por completo desprevenido. Todos sus instintos se pusieron en marcha de inmediato y corrió, lo más rápido que le permitían las piernas, hacia las rocas donde debía de estar Nicole. El problema era que ella ya no estaba allí.

—¡Nikki! ¿Estás bien?—gritó y giró sobre sí mismo mientras enfocaba con la luz las paredes de la galería en un intento desesperado por localizarla.

—¡Dev! —La voz de Nicole sonaba lejana—. Estoy bien.

—No puedo verte. ¿Dónde estás?

—No lo sé. Me he caído por un agujero que hay entre las rocas. ¿Puedes tirarme una linterna? No encuentro la que llevaba y esto está muy oscuro.

—No te muevas y sigue hablando. Cada vez te oigo más cerca.

—Pues date prisa. No me fio un pelo de este lugar. Tal vez haya caído en la madriguera de un animal salvaje. —La voz empezaba a sonar desesperada al imaginarse las alimañas que podían estar rodeándola en esos momentos—. Quizás haya serpientes o algo peor.

—¿Quieres dejar de preocuparte por esas cosas? En Hawaii no hay serpientes.

—Para ti es muy fácil decirlo, puedes ver lo que hay a tu alrededor, pero ya me gustaría verte aquí. Me pregunto si estarías tan tranquilo.

Devlin encontró la entrada al túnel e intentó meterse dentro pero la entrada era demasiado pequeña para él.

—No puedo entrar, es demasiado estrecho. Voy a bajarte una cuerda con una linterna. No te muevas, no tardaré mucho.

—Como si pudiese irme a algún sitio —contestó ella un tanto exasperada.

Nicole esperó lo que le pareció una eternidad hasta que vio un pequeño haz de luz bajando por el túnel. Se levantó, procurando no moverse más de lo necesario, y asió la linterna.

—Ya la tengo.

Echó un vistazo alrededor y lo que vio la dejó boquiabierta y conmocionada. Estaba en una sala pequeña en cuyo centro había unas cestas en donde se almacenaba un inmenso tesoro. Estatuas gigantescas de unos seres mitológicos rodeaban la sala. Nicole supuso que habrían sido puestas allí para desalentar a los saqueadores de tumbas. Pero ella apenas se inmutó, no en vano había crecido viendo películas de Wes Craven. Por cierto iba a hacer falta algo más fuerte para asustarla. Fue hacia ellas y al aproximarse vio dos cadáveres momificados. El corazón empezó a latirle a mil por hora. Eso sí había logrado asustarla.

—¡Nicole, ata bien la cuerda alrededor de tu cintura, voy a intentar subirte!

—Espera, creo que he encontrado el premio gordo.

Nicole se aproximó a las cestas y tocó el tesoro con las manos. Nunca había visto nada parecido. Había cientos de piedras preciosas de todos los colores y tamaños.

Detrás de las cestas había una especie de altar dominado por un prominente busto de mujer. Llevaba puesto un collar y, por la descripción que le había hecho Devlin, sospechó que debía de ser el de la mujer del gran rey Kamehameha.

Devlin suspiró contrariado. ¿Quién entendía a las mujeres? Él, desde luego que no. Nicole primero tenía unas ganas enormes de salir de allí y ahora pretendía quedarse a explorar. No se podía decir que fuese una mujer de ideas estables.

—Me da igual lo que haya ahí abajo, Nikki. Puede ser peligroso, quiero que te ates a la cuerda y subas de inmediato.

Devlin sonaba en verdad irritado y Nicole lo disculpó porque entendía su preocupación. Aun así no hizo ningún intento por aferrarse a la cuerda.

—¡Esto es increíble!

Sacó la cámara de fotos del bolsillo y empezó a disparar una foto detrás de otra, con mucho cuidado en enfocar bien todos los rincones de la estancia.

—Voy a escribir el mejor artículo de mi carrera. Después de esto van a tener que nominarme para el premio Pulitzer.

—¿Quieres dejar de hacer tonterías y subir de inmediato? No me gusta que estés sola ahí abajo.

—¿Quieres que suba el collar?

—Haz lo que quieras, pero sube de una maldita vez. Ya tendremos tiempo de explorar esto cuando sepamos que es un lugar seguro. Tiemblo solo de pensar las trampas que puede haber ahí abajo. Créeme, los hombres que pusieron ahí ese tesoro no eran tontos y debieron de dejar un par de sorpresitas por si alguien llegaba hasta aquí.

Nicole decidió que ya lo había hecho sufrir suficiente. Sujetó la linterna con la boca mientras se ataba la cuerda con un fuerte nudo a la cintura, después dio un suave tirón para indicarle a Devlin que ya podía comenzar a subirla.

La ascensión fue complicada ya que estaba bastante dolorida por la caída. Por otra parte, los

rasguños que se iba haciendo con las piedras que sobresalían en las zonas más cerradas del estrecho túnel no ayudaban demasiado a mejorar la horrible experiencia.

Cuando llegó arriba, Devlin la miraba de forma acusadora. La recorrió con la vista de arriba a abajo para comprobar que se encontraba en perfecto estado antes de dejarse llevar por el enfado.

—Ya me explicarás cómo te las arreglas para meterte en todos los líos. Eres como un imán para los problemas.

La regañaba pero al mismo tiempo la estrechaba con fuerza entre los brazos. Había estado en verdad preocupado por ella. Cuando la había oído gritar todo su mundo había dejado de girar. No se había dado cuenta de que había vuelto a su vida con tanta fuerza hasta que pensó que podía perderla. Entonces entendió una verdad innegable: la necesitaba tanto como el aire para respirar.

—¡Venga ya! Deberías de estar agradecido. Es muy posible que te haya ahorrado meses enteros de trabajo.

Se sacó del cuello el collar que había subido y lo dejó caer en las manos de él.

Devlin miró la reliquia sin poder creer que ella hubiese dado por casualidad con el objeto que él llevaba tanto tiempo buscando. El collar era tal y como había imaginado a partir de las leyendas.

—Y esto no es nada.

Nicole encendió la cámara digital y le mostró, orgullosa, las fotos que había sacado.

—¡Vaya!

Por una vez, era él el que se quedaba sin palabras. Devlin guardó con extremo cuidado el collar en la mochila y empezó a ocultar la entrada del pasadizo con piedras y otros objetos que se hallaban desperdigados por el suelo.

—De momento, no comentaremos esto con nadie. Ya sabes que no me fio del todo del profesor Martin y cuantos menos sepamos la ubicación del tesoro, mejor.

—Ok, por mí no hay problema. —Nicole se sacudió la tierra que se le había adherido en el túnel—. ¿Cómo vas a sacar el tesoro de ahí?

—¿Has podido ver alguna otra entrada o un túnel más grande ahí dentro?

—Hay una roca enorme en uno de los laterales de la galería. Puede que esté cerrando un túnel o puede que nada más esté allí por casualidad. Puedo volver a entrar si quieres e intentar moverla.

—Ni hablar. —La expresión de Devlin se volvió severa, aunque le dio otro fuerte abrazo para suavizar las rudas palabras—. No quiero que vuelvas a poner en peligro tu vida nunca más. Podrías haberte matado.

—Lo dices como si me hubiese caído a propósito.

Él la miró con recelo y dio a entender que no estaba del todo seguro de que eso no fuese cierto.

Hablaron con Pat para explicarle los nuevos hallazgos, pero Devlin se guardó para si la situación exacta de la caverna. No quería que nadie husmeara por ahí hasta que pudiese hacer un inventario completo de todo el tesoro. Confiaba en Pat y no creía que ella fuese a sustraer nada, pero sabía que la curiosidad era una cualidad demasiado poderosa en ella y no quería arriesgarse a que el profesor Martin la siguiese y descubriese todo el tesoro antes de tiempo.

Volvieron al hotel y desde allí Devlin hizo las llamadas pertinentes a unos operarios para que fuesen al día siguiente con la maquinaria necesaria para acceder a la caverna sin peligro.

Después, le pidió la cámara a Nicole para sacar unas fotografías del collar y lo guardó en la caja fuerte de la habitación. No le gustaba demasiado tenerlo allí pero, de momento, era la opción más segura que se le ocurría.

—¿Te apetece hacer un poco de turismo? Creo que nos hemos ganado un descanso.

—¿Estás seguro? ¿No preferirías explorar la caverna?

—Es demasiado peligroso. Esperaremos a mañana y los trabajadores nos abrirán camino de manera segura.

Nicole se había metido de lleno en la aventura y hubiese preferido arriesgarse, pero sabía que Devlin había tomado la decisión correcta.

Resignada, decidió disfrutar de unas pequeñas vacaciones de trabajo como una turista más. Se dio una ducha rápida. Se recogió el pelo todavía húmedo en una coleta y se puso un cómodo vestido azul oscuro de algodón de Brooksfield que Devlin le había comprado el día anterior.

—Tengo que reconocer que tienes un gusto inmejorable para la ropa —comentó Nicole mientras admiraba la imagen que le devolvía el espejo.

Él sonrió y pensó que ella se vería guapa incluso con una bolsa de arpillera.

Cuando estuvieron listos salieron con el Thunderbird en dirección al Parque Nacional de los Volcanes de Hawaii. Primero se detuvieron ante un nuevo cono llamado Mauna Ulu. Devlin le explicó que el nombre significaba «montaña creciente».

—Le pusieron ese nombre debido a que está en constante erupción y la isla crece por aquí en forma continua. Sucesivas erupciones taparon diecinueve kilómetros de carretera.

Nicole observó sobrecogida cómo la lava se había depositado en la carretera, y la había cubierto casi por completo en algunos tramos.

Sacaron unas cuantas fotos y se fueron a ver el cráter del Kilauea. Ya a pie, atravesaron un pequeño sendero a través de un frondoso bosque de helechos, caminaron unos quince minutos entre la densa vegetación y llegaron al tubo de lava de Thurston.

Allí Nicole tuvo ocasión de vivir en primera persona la experiencia de caminar por el interior de los tubos de lava fría.

—Esto es increíble y maravilloso.

—Me alegro de que te guste. Y cuando Hawaii se te meta debajo de la piel te será imposible olvidarlo.

—¿Por eso viniste a vivir aquí?

—Por eso y porque es un sitio tranquilo. Gracias a internet puedo manejar mis negocios desde cualquier parte del mundo, ¿Por qué no iba a hacerlo desde la más bonita?

—Eres un hombre con suerte.

—Tú también podrías serlo.

—¿Un hombre con suerte? —preguntó ella, divertida, aunque sabía a la perfección lo que él quería decir.

—No. —La voz de Devlin se volvió profunda y dejó entrever la importancia de las palabras que pronunciaba—. Una mujer con suerte.

Nicole supo al instante que estaba pisando arenas movedizas otra vez. Tal y como se estaban desarrollando las cosas, sabía que tarde o temprano tendrían esa conversación, pero no había

esperado que fuese tan pronto.

Aún no estaba preparada para tomar ninguna decisión sobre el futuro y su silencio debió hacérselo entender a Devlin porque decidió no seguir presionándola.

—Aún no tienes que contestarme, pero en algún momento tendrás que afrontar la verdad de lo que nos está sucediendo y tomar una decisión. La vida es demasiado corta para prescindir de lo que en verdad te hace feliz.

Nicole asintió con la cabeza. Sentía los ojos de él sobre la cara, con esa mirada que conseguía que le faltase el aliento.

—Tengo un trabajo —empezó a contestar, pero al momento supo que se había equivocado de respuesta. La cara de Devlin se contrajo de ira y los ojos azules se volvieron fríos como el hielo.

—¿No puedes dejar de lado tu trabajo el tiempo necesario para sentir algo? Hay cosas en la vida mucho más importantes.

Las lágrimas se agolparon en los ojos de Nicole, que respiró hondo e intentó mantener el poco control que aún le quedaba. Había luchado durante toda la vida para llegar a ser una periodista de renombre y no le parecía justo tener que renunciar a todo lo que había conseguido hasta el momento.

Durante unos breves instantes deseó tenerlo todo, pero de alguna manera supo que eso no iba a ser posible, que en algún momento tendría que elegir entre las dos cosas que más le importaban en el mundo.

—Lo siento, pero no estoy preparada para tomar esta decisión.

Devlin le pasó las puntas de los dedos por los surcos de preocupación que se le habían formado en la cara. Sabía que había ido demasiado lejos presionándola de esa forma, pero no estaba en absoluto arrepentido de haberlo hecho. Ella tenía que darse cuenta de que era suya y de que nunca la dejaría marchar. Puede que ella aún no hubiese tomado la decisión, pero no importaba, porque él lo había hecho por los dos.

Devlin soltó una maldición y la sujetó con firmeza contra el pecho. La expresión, mezcla de ira y frustración, desapareció por completo de la cara para dejar paso a una de deseo. Se acercó a los labios de Nicole en forma lenta y calculada en un intento por despertar todos los sentidos de ella, tomó su boca profunda y apasionadamente y, ávido, la exploró con la lengua.

No había pretendido empezar un jueguecito sexual en un sitio público, tan solo demostrarle lo que tendría si tomaba la decisión correcta. Sin embargo, todas esas pretensiones cambiaron en el instante de probar el mágico sabor de Nicole.

Esa mujer tenía un sabor único e inolvidable. Apartó la boca de la de ella cuando sintió que empezaba a entrar en erección. Nicole tardó unos segundos en darse cuenta de que él se había apartado y eso le hizo comprender a Devlin que ella también lo necesitaba, aunque le costase aceptarlo.

—Será mejor que dejemos esto a menos que quieras acabar ya el paseo. No quiero ponerme en evidencia delante de todos estos turistas.

—Sería una buena exclusiva —dijo Nicole en tono de falsete—. Devlin McKinley, el rico magnate de la informática, se excita en los tubos de lava. A mi jefe le encantaría.

—No creo que te hiciese tanta gracia, si ese titular fuese acompañado de una foto en la que

sales tú como única causa de mi estado de excitación.

Ella sonrío mortificada mientras se imaginaba las constantes burlas a las que se vería sometida por parte de los compañeros de trabajo. Sin contar con la reacción de su madre. Estaría tan contenta por saber renovada la posibilidad de tener nietos que no la dejaría en paz hasta verla desfilar por una iglesia con un anillo en el dedo. Eso, sin duda, sería lo peor.

—En eso llevas toda la razón.

11

Cuando volvieron al hotel, el recepcionista informó a Devlin de que Jared Hamilton, uno de los socios, se había registrado un par de horas antes y había preguntado por él.

Subieron a la suite y Devlin lo llamó por teléfono mientras Nicole se daba una relajante ducha. Ajustó la ducha en modo masaje y comenzó a tararear una canción mientras dejaba que el agua cayera con intensidad y relajara los doloridos músculos.

La visita a la isla le había encantado, pero al volver se había dado cuenta de lo agotada que se sentía. Cuando notó que los dedos de las manos empezaban a arrugarse decidió que era el momento de dar por terminado el momento de relax.

Cuando se dio vuelta para salir de la ducha se sobresaltó y soltó un gritito nada femenino cuando se dio cuenta de que Devlin se encontraba de pie, detrás de ella, y la miraba con fijeza, como un ave rapaz que persigue a una presa.

—¿Se puede saber qué diablos haces ahí, Dev? Me has dado un susto de muerte.

Nicole estaba un poco avergonzada por la desmedida reacción e intentó disimularlo mediante el enfado. Quiso entonces agarrar la toalla pero él se interponía en el camino.

—Solo estaba disfrutando de tus dotes de cantante. No recordaba lo bien que sonaba tu voz. —La expresión de los ojos le hizo saber que seguía cantando tan mal como un gato que maúlla acatarrado y pensar que él la había oído solo consiguió aumentar la vergüenza todavía más.

—Puede que no lo recuerdes, pero pertenecí al coro del colegio. ¡Quieres hacerme el favor de acercarme la toalla!

¿De verdad había dicho ella eso? ¿Podía una mujer meterse en forma aún más profunda en el fango? Cantaba fatal y era consciente de ello, al igual que cualquier persona que la hubiese oído. Pero tenía un pequeño problema: le encantaba cantar.

Cuando estudiaba, en el colegio, se había presentado a las pruebas de admisión en el coro y, por supuesto, no la habían aceptado. Pero, debido a la escasa participación de alumnos en el coro, se había hecho una segunda selección entre los descartados y, después de muchos ruegos, el profesor aceptó meterla en el grupo, pero con eso cometió el que con probabilidad fue el mayor error en la historia del coro. Nicole había hecho un ridículo espantoso. No solo desafinaba en forma indisimulable sino que, además, tenía un chorro de voz muy potente, que destacaba sobre las de los compañeros. Después de un par de actuaciones catastróficas, el profesor le había pedido, con mucha sutileza, que se dedicase solo a mover la boca, ya que carecía de cualquier tipo de talento musical. Ese día, Nicole abandonó los sueños de gloria artística y se enfrascó en otra pasión, los libros. Ahora estaba muy agradecida por la decisión pero, en aquel momento, Devlin se había divertido de lo lindo escuchando los desafinados gritos. Por lo visto, el paso del tiempo no había conseguido borrar de la mente de él ese embarazoso recuerdo.

—Cielo, tengo grabadas a fuego en mi mente todas y cada una de tus gloriosas actuaciones.

Nicole no podía sentir más vergüenza. Arrancó con brusquedad la toalla de las manos y se

envolvió en ella, mientras iba hacia la habitación en un intento por conservar la poca dignidad que en esos momentos le quedaba.

—¿A qué hora has quedado con Jared?

—Dentro de media hora. Le he dicho que pase por nuestra habitación. Quiero enseñarle el collar y las fotos que has hecho del tesoro para ponerlo al día antes de ir a cenar.

—¿Dónde vamos a ir a cenar? Tengo que saber cómo vestirme.

—Ponte algo informal. —La mirada maliciosa se paseó con lentitud por el cuerpo de ella, mientras servía un par de copas del champán que le habían subido a la habitación—. ¿Qué te parece el vestido negro de DiVillain?

Nicole lo sacó del armario y se lo probó sin decir nada. El vestido era una bomba *sexy* y la hacía sentir como una diosa griega.

Nunca había sido una devoradora de hombres pero ese vestido la hacía sentir por completo lujuriosa. Se maquilló en forma tan ligera que apenas se notaba pero el resultado era espectacular.

Devlin no podía dejar de mirarla. Se había dejado suelta la melena rubia platino, que caía con gracia sobre los hombros y tornaban aún más ardientes los ojos azules. Los labios húmedos y carnosos, apenas maquillados con un ligero toque de carmín, permanecían entreabiertos en un gesto sensual y desafiante mientras esperaba algún comentario de Devlin sobre su aspecto. Pero él apenas podía pensar y mucho menos articular palabras coherentes.

La miró otra vez de arriba a abajo y detuvo la mirada en el generoso escote que asomaba a través del bustier; además el vestido se pegaba en forma pasmosa a las caderas y resaltaba cada una de las generosas curvas. Pero lo que de verdad lo estaba volviendo loco era la abertura lateral que dejaba al descubierto la mayor parte de las interminables piernas de Nicole.

—Tal vez me equivoqué al comprarte ese vestido. Es demasiado atrevido.

Él parecía enfadado y Nicole estaba por completo anonadada por la reacción. Se había visto en el espejo y sabía que ese vestido le quedaba genial así que no entendía para nada el arranque infantil.

—Tal vez deberías ponerte algo un poco más..., no sé... —Se quedó un momento pensando las palabras adecuadas—. Con un poco más de tela.

Nicole cerró los ojos, suspicaz.

—Así que es eso. —Zalamera, se acercó a él y lo rodeó con los brazos mientras arrimaba las caderas y se apretaba contra él de una forma que Devlin solo pudo calificar de tentadora en extremo—. El vestido te parece muy provocativo y estás celoso.

—Yo no he dicho eso. —Pero era cierto y ambos lo sabían—. No creo que debas ponerte ese vestido en público, por lo menos, no delante de ninguna otra persona que no sea yo.

—Ya es tarde para estas tonterías. Jared está a punto de llegar, no tengo tiempo de cambiarme. —La sonrisa se volvió pícara—. Y, aunque lo tuviera, no estoy segura de querer hacerlo.

—¡Estás disfrutando con esto! No lo niegues, Nikki, puedo leerlo en tus ojos.

Ella tan solo se rió y se dio vuelta para recoger la ropa que había usado antes. Cuando agarró las bermudas notó el peso excesivo en el bolsillo y se acordó de la tablilla que había encontrado antes de caer en la galería donde se encontraba el tesoro.

La sacó con cuidado y fue a enseñársela a Devlin. Cuando él la miró los ojos parecían salírsele

de las orbitas.

—¡Dios mío! Has encontrado la tablilla de la diosa Pele. —Parecía por completo anonadado ante semejante posibilidad, mientras pasaba las grandes manos con delicadeza por los ásperos contornos de la tablilla—. Nunca pensé que existiera de verdad, siempre creí que era solo otra estúpida leyenda inventada para entretener a los niños antes de acostarse.

—Supongo que eso quiere decir que soy la responsable de otro hallazgo importante. En realidad, deberías plantearte pagarme un sueldo, Dev —bromeó Nicole.

Devlin le dio un sonoro beso de agradecimiento en la boca.

—Cariño, no puedes hacerte una idea de lo importante que es esto. Hay una leyenda muy antigua que dice que Pele, la diosa del fuego, partió de Tahití en una gran canoa que le había dado el dios de los tiburones. Una vez en la isla, Pele buscó al dios del fuego, Aila’au, con la esperanza de poder vivir con él. Pero Aila’au había oído hablar del terrible poder de Pele y de los abrasadores pozos de fuego que abría a su paso, así que escapó remando cuando Pele llegó a Kilauea.

—Fue bastante grosero por su parte, después de que ella viniera de tan lejos solo para estar con él.

Devlin no hizo ningún comentario, pero la miró con severidad para que no volviera a interrumpirlo.

—Pele, en represalia, construyó un hermoso palacio de fuego, cuya ubicación nadie conocía. Cuando el gran rey Kamehameha unificó las islas bajo su reinado, la diosa Pele lo premió dándole una tablilla con la ubicación del maravilloso palacio para que él y sus descendientes de sangre pudieran disfrutarlo hasta el fin de los días. Kamehameha lo encontró y lo describió como la cosa más hermosa que ningún ser humano hubiera visto en la vida. Un palacio de fuego y piedra con enormes riquezas naturales. Pero cuando el gran rey murió, la tablilla se perdió y nadie pudo encontrar el palacio otra vez.

—Es una historia preciosa.

—¿Ves esta piedra enorme que brilla en el centro? Es un ópalo negro y en teoría indica la situación exacta del palacio de la diosa.

—¿Qué significan esos símbolos que tiene grabados?

—Parece que es un mapa muy rudimentario. Estos dibujos de la esquina representan a unos ídolos sagrados llamados Ki’i akua, que se utilizaban en épocas antiguas tanto para proteger como asustar.

—Se parecen a unas estatuas que había en la galería del tesoro.

Pareció que Devlin iba a añadir algo más, pero se vio interrumpido por el timbre de la puerta. Dejó la tablilla con mucho cuidado encima de la cama y fue a abrir.

Cuando Jared apareció, Nicole se quedó con la boca abierta. Estaba frente a un par de hombres que más de la mitad de las féminas del planeta considerarían dos de los más guapos del mundo.

Jared era un hombre guapísimo, con una cara alargada y armónica. El pelo rubio le llegaba hasta los hombros, ondulaba con levedad y enmarcaba una cara de actor de Hollywood. Los ojos eran de un azul casi gris y la boca exhibía una mueca divertida ante el escrutinio descarado al que estaba siendo sometido. Nicole se ruborizó y miró hacia Devlin que no parecía muy contento con

ella en esos momentos.

—Supongo que tú debes de ser Nikki. —Jared se acercó y le dio un cariñoso beso en la mejilla acompañado de un fuerte abrazo. Después la miró de arriba abajo, sin amilanarse, tal y como ella había hecho unos segundos antes. —He oído hablar mucho de ti. Pero nada de lo que he oído te hace justicia, eres en verdad espectacular.

—Gracias. —El sonrojo de Nicole aumentó dos tonos más, si es que eso era posible. Nunca había sabido cuál era la contestación correcta frente a los halagos, así que, para no hacer el ridículo frente a ese semental, recurrió a una frase tópica—. Yo también he oído algunas cosas de ti.

—Jared, controla tus hormonas y no pierdas el tiempo con ella. Ya está ocupada. —El rostro de Devlin estaba en extremo serio y, si el amigo no lo creyese imposible, habría jurado que estaba celoso.

Jared hizo una mueca, como si hubiese recibido un doloroso puñetazo en el estómago, y luego rió.

—Lo sé, pero no es un crimen admirar algo tan bello aunque uno no pueda poseerlo.

Devlin le sirvió una copa de champán al socio y lo miró con cara de pocos amigos. Nunca había sido un hombre en extremo celoso pero, por alguna extraña razón que no lograba comprender, le molestaba que Nicole pudiese mirar a otros hombres.

—Será mejor que controles tus hormonas —repitió—. No me gustaría destrozarte esa cara que tanto parece gustar a algunas mujeres.

—No te preocupes, Dev. —Jared zanjó el tema con una sonrisa elegante. Le encantaba fastidiar a su amigo, pero en este tema parecía más sensible de lo normal, así que decidió no seguir tentando a la suerte—. ¿Derek no ha llegado todavía?

—No, él no vendrá hasta mañana. Tengo buenas noticias.

Dejó la frase sin terminar, abrió la caja fuerte, sacó el collar y se lo tendió al amigo con la actitud de mostrar el más preciado de los tesoros.

—Es magnífico. ¿Crees que es el collar de Kamehameha?

—No tengo la menor duda de ello. Estarás de acuerdo conmigo en que es un tesoro digno de un rey.

—¿Dónde lo habéis encontrado?

—Nikki lo encontró.

—Vaya, además de guapa, inteligente. —Jared no pudo evitar echarle otra apreciativa mirada para acompañar estas palabras. Había visto muchas mujeres guapas en la vida, algunas más guapas que Nicole, pero tenía que reconocer que ella tenía algo magnético que lo atraía como un imán. Si Devlin no fuese uno de los amigos más queridos, le hubiese gustado comprobar si Nicole era la mujer capaz de domesticarlo de una vez por todas.

—La verdad es que lo encontré por casualidad, el mérito no es mío. Devlin sabía donde debíamos buscar y hubiese dado con él tarde o temprano.

Devlin le enseñó también la tablilla y le puso al corriente de los acontecimientos sucedidos en los últimos días.

—¿De verdad crees que alguien intentó matar a Rachel?

—No lo sé, pero si fue así alguien lo va a pagar muy caro.

Devlin volvió a guardar la tablilla y el collar en la caja fuerte y se fueron a cenar al restaurante del hotel. No había mucha gente y se sentaron en una mesa en la terraza desde donde se podía ver la playa.

Jared llevó todo el peso de la conversación y contó un sinfín de anécdotas graciosas de sus últimas conquistas. Devlin parecía un tanto contrariado y apenas abrió la boca en toda la cena. Nicole se preguntó si estaba celoso o solo le molestaba el hecho de que ella y su socio se cayesen tan bien. Mientras subían a la habitación, Devlin permaneció por completo callado hasta que cerró la puerta del todo y entonces explotó.

—Espero que te hayas divertido tonteando con Jared toda la noche.

—¿Estás de broma? Solo he pretendido ser educada y hacerlo sentir bien, cosa bastante difícil ya que te pasaste toda la cena mirándolo como si fuese el mismo Adolf Hitler.

Devlin reflexionó sobre eso y tuvo que reconocer que había estado bastante malhumorado desde que Jared se presentó en la habitación y Nicole posó los expresivos ojos sobre él. Sabía que muchas mujeres consideraban a su socio un hombre atractivo, pero no había estado preparado para ver la expresión de admiración en los ojos de Nicole por otro hombre que no fuese él.

—Te comportaste como un Neanderthal. —Ahora era ella la que estaba enfadada.

—Lo siento. —No parecía demasiado arrepentido mientras lo decía—. Pero no me gustó la forma en que babeabas mientras lo mirabas.

—Para tu información, tengo dos cosas que decirte. Una, yo no babeo. Y dos, sí, es un hombre en extremo guapo.

La expresión de Devlin le dijo que ya había aguantado más de lo que podía soportar y, además no le gustaba verlo celoso, así que ella decidió rendirse y dejar que Devlin saliese con el orgullo de macho intacto de esta batalla.

—Pero, cariño, él no puede hacerte sombra. Él no significa nada para mí, tú en cambio eres todo mi mundo.

Se acercó a él con lentitud y una expresión seductora.

—Estoy loca por ti. Aunque apareciese el hombre más guapo del mundo en ropa interior en esta misma habitación no podría cambiar eso. Me ofende que hayas podido pensar que soy del tipo de mujer que pierde la cabeza por el primer hombre guapo que aparece por la puerta.

Él la beso.

—Lo siento. Sé que tú no eres una mujer de esas, pero no he podido evitar sentir celos. Cuando te vi hablando y riendo con Jared, no sé qué me pasó por la cabeza, pero empecé a ver todo rojo y dejé de pensar.

—Dev, eres el hombre más guapo que he visto en mi vida. No quiero que vuelvas a sentirte inseguro jamás, no de mí.

—Demuéstramelo.

—¿Qué quieres que te demuestre? —preguntó Nicole en forma atrevida pues sabía a la perfección a qué se refería.

—Lo mucho que me quieres.

La sonrisa de Nicole se ensanchó mientras se sacaba el vestido en forma sensual.



—Será un placer.

12

A la mañana siguiente Nicole se despertó temprano y redactó la entrevista que le había hecho a Devlin, con algunos adornos para que consiguiese captar el interés de los ávidos lectores. Se la dejó leer y cuando él dio el visto bueno se la mandó al editor por correo electrónico. A los pocos minutos, él la llamó al teléfono celular.

—Buenos días, Clark.

—Lo serán para ti, que estás en una isla paradisíaca, disfrutando de unas vacaciones que aún no te has ganado.

—¡Venga ya! ¿Vas a decirme que no somos el único periódico que tiene una entrevista en exclusiva con Devlin tras la muerte de la mujer?

—¿Devlin? ¿Ya no es el señor McKinley? No sabía que vuestra relación fuese tan cercana.

—Somos viejos amigos y eso es todo —se enfadó Nicole. No le gustaba que se metiesen en su vida privada y menos aún otro periodista. Apreciaba mucho a su jefe, pero nunca había permitido que la relación fuese más allá de lo estrictamente laboral. Eran compañeros de trabajo, no amigos. Ella no quería saber nada de la vida de él y, a cambio, pretendía no rendir cuentas de la suya—. Aún no te he oído valorar mi trabajo.

—Sabía que la conseguirías. Es extraordinaria. —La voz del jefe sonaba alegre, a pesar del ligero matiz impaciente que dejaba entrever—. Pero el trabajo se acumula en la redacción. Tengo a Dunsley de baja, así que te necesito aquí. ¿Cuándo vas a volver?

—No lo sé. Estoy detrás de algo grande. Aún no puedo adelantarte mucho, pero créeme que cuando te mande mi próximo artículo vas a agradecerme cada segundo que pase aquí.

—¿Tiene algo que ver con McKinley?

—Sí y eso es todo lo que puedo decirte por el momento.

—Espero que sea algo fuera de serie. —Se puso serio—. Quiero que me traigas algo antes de un par de días o vas a tener que volver con las manos vacías. El periódico no está dispuesto a pagarte unas vacaciones por una entrevista que podrías haber conseguido vía correo electrónico.

—No te preocupes, lo tendrás. —Colgó el teléfono antes de que él repitiese el tan manido discurso acerca de cómo los periodistas de verdad se las ingenian para sacar noticias de debajo de las piedras sin costo alguno para el periódico.

Cuando llegaron al yacimiento, Pat estaba haciendo café en el despacho. Sirvió una taza humeante para cada uno y se sentaron en la mesa de trabajo mientras la ponían al día de los últimos acontecimientos.

—¿Dónde está el profesor Martin?

—Creo que en los túneles, pero cualquiera sabe. En los últimos días no da demasiadas explicaciones de cómo trabaja. Se limita a ir de un lado a otro de forma misteriosa entre refunfuños.

—¿Te fías de él? —preguntó Jared a Devlin.

—No, pero por el momento lo necesitamos.

—No le va a gustar nada no haber sido informado de que vienen hoy los obreros a abrir paso en la caverna y mucho menos aún no haber sido informado del hallazgo de la caverna y con semejante contenido. —Pat parecía disfrutar con la idea de fastidiar al colega.

—Pues, tendrá que aguantarse, si quiere seguir trabajando aquí. ¿Qué tal son los becarios nuevos?

—Dos de ellos pueden llegar lejos. El sobrino del profesor Martin, en cambio, no se lo toma demasiado en serio. Creo que solo está aquí por orden de los padres y el único objetivo que tiene es fastidiar lo suficiente al tío como para que acabe echándolo.

Cuando llegaron los operarios, Devlin y los demás los acompañaron a la galería para supervisar el trabajo. El profesor Martin no tardó en aparecer por allí atraído por semejante revuelo.

—¿Se puede saber qué demonios está pasando aquí?

Parecía en verdad enfadado y Devlin se acercó a él en tono conciliador. No le gustaban las peleas en público y mucho menos delante de todos esos desconocidos.

—Profesor, que alegría verle. En los últimos días es un raro placer. Ayer por la tarde descubrimos por casualidad una galería subterránea y he contratado a un equipo para que preparen una entrada adecuada y así poder explorarla sin riesgos.

Los ojos del profesor se achicaron y dieron paso a una expresión calculadora que a Nicole le recordó a una comadreja.

—Debería haberme informado de ello en cuanto hizo el descubrimiento. Yo soy el principal responsable de este yacimiento.

—Sí, supongo que podría haberlo hecho —respondió Devlin en un tono que no dejaba ninguna duda de que él y solo él era el único que mandaba allí—, pero sé que ha estado muy ocupado en los últimos días y no he querido molestarlo. De hecho, creo que debería volver a sus quehaceres. De momento, con la doctora Cornwell aquí tenemos más que suficiente.

Al doctor no le gustó nada ser despedido de esa manera y menos aún frente a testigos, pero sabía en qué momento las batallas estaban perdidas. Refunfuñó algo ininteligible por lo bajo y desapareció tan rápido como había venido.

—Ha sido demasiado fácil —dijo Nicole acercándose a Devlin.

—Lo sé, y no te preocupes, lo mantendré vigilado. Hasta que no me entere de lo que está tramando ese viejo zorro no pienso dejar que se acerque a nuestro descubrimiento.

En ese momento uno de los operarios se acercó a ellos. Parecía nervioso y unas enormes gotas de sudor salpicaban el uniforme.

—Señor McKinley, esta roca es en extremo dura. Hemos ensanchado un poco el pasadizo, lo suficiente para que quepa un hombre robusto, pero necesitamos una perforadora de mayor capacidad si queremos abrirlo más.

—¿Es seguro entrar en la galería?

—Sí, no hay peligro de derrumbamientos. Le hemos puesto unos refuerzos y la hemos apuntalado.

—¿Cuánto tardará en tener aquí esa perforadora?

—Si está dispuesto a pagar lo suficiente puede estar aquí mañana por la mañana.

—De acuerdo. Vengan a primera hora.

—Supongo que nada nos impide echar un vistazo ahora —comentó Jared—. No sé vosotros, pero yo, desde luego no puedo esperar hasta mañana.

—Supongo que no —contestó Devlin con una sonrisa diabólica.

Devlin, Nicole, Jared y Pat armaron en las oficinas unas mochilas con el equipo básico y algo de comida. Después, se adentraron en el pasadizo para explorar la galería del tesoro. Cuando llegaron, no pudieron creer lo que tenían ante los ojos.

—Esto es extraordinario, increíble.

Pat parecía haber encontrado un paraíso particular y miraba a todos lados en un intento por absorber toda la grandeza que los rodeaba. Llevaba muchos años trabajando en yacimientos y había encontrado muchas cosas importantes, pero nada parecido a aquello.

Nicole, que ya había visto la galería, se dedicó a observar las expresiones de admiración de sus compañeros ante semejante tesoro.

Devlin se fue a uno de los lados de la sala y los demás lo siguieron silenciosos, mientras observaban con una mezcla de adoración y misticismo todos esos tesoros que les habían sido revelados. Devlin pasó la mano con suavidad sobre las estatuas de los ídolos Ki'i akua.

—Estos son los guardianes del refugio que están pintados en la tablilla de la diosa Pele —explicó mientras miraba a Nicole—. Tiene que haber un pasadizo en algún lugar que nos lleve al palacio de la diosa.

—Tal vez no exista ningún palacio y sea solo una leyenda. ¿Quién querría construir algo aquí abajo? —aventuró Jared apesadumbrado pues, al igual que los demás, tenía una enorme sed de aventuras y necesitaba creer que en el mundo aún quedaban muchos secretos por descubrir.

—Pero si existiese, y tú fueses un gran rey que conociese la ubicación, ¿no querrías que te enterrasen cerca de ese lugar sagrado para descansar por toda la eternidad? —sugirió Pat.

—Hay cuatro guardianes —dijo Devlin después de revisar la galería—. Poneos cada uno enfrente de un guardián y miremos las diferencias que hay entre ellos. Tal vez alguno tenga algún tipo de resorte o palanca que abra la entrada del pasadizo que va al palacio.

Fueron repasando con extremo cuidado las cuatro estatuas, pero todas ellas parecían idénticas y no tenían nada ni de lejos parecido a una palanca.

—Hay otras estatuas parecidas diseminadas por la isla. En la época de Kamehameha eran muy comunes. Tal vez no sean estas las referidas en la tablilla.

—Tienen que ser estas. —Devlin estaba por completo convencido y no pensaba rendirse—. Lo sé.

—¿Y si la palanca estuviese en otra parte? —Jared se acercó al tesoro. Lo miró todo con detenimiento, sin tocar nada, para no alterar el estado original.

Los demás fueron hacia él y empezaron a buscar cada uno por un lado diferente. Dos horas después los ánimos empezaron a decaer. Se sentían en extremo frustrados, sobre todo Devlin, que intuía que estaba cerca del descubrimiento más importante de toda la vida.

Nicole se acercó a él para darle unas palabras de aliento, cuando algo le llamó la atención en forma poderosa. El busto de mujer de donde había tomado el collar estaba tallado en madera en

forma muy bella, mientras que la peana que lo sostenía era de una piedra volcánica más bien tosca, muy similar a la de la galería. Desde luego no armonizaban juntos.

Asió el busto e intentó levantarlo, pero no se movió ni un centímetro, ya que pesaba demasiado para ella.

Devlin, que se había fijado en el repentino interés de Nicole por el busto, comprendió lo que pretendía hacer sin necesidad de palabras. Levantó el busto con facilidad y lo apoyó en el suelo, después de comprobar que no ocultaba ningún tipo de palanca secreta.

Sin muchas esperanzas, agarró la peana e intentó levantarla para verla mejor, pero le fue imposible. Parecía adherida al suelo de la galería.

—Jared, ayúdame a mover esto.

Ambos concentraron toda la fuerza de que disponían pero aun así les fue imposible moverla ni un milímetro.

—Hay una pequeña hendidura en la base que rodea la peana. Apenas se ve, pero la estoy tocando y puedo notarla a la perfección —comento Jared, mientras acercaba la linterna para intentar verla mejor.

—Vamos a intentar girarla en el sentido de la hendidura.

Juntos, Jared y Devlin empezaron a girar la peana sobre sí misma ante los ojos atónitos de Nicole y Pat. Al principio tampoco se movió pero, poco a poco, empezó a desplazarse con pesadez sobre sí misma.

Un ruido ensordecedor dominó la estancia por completo y una enorme piedra que había a un lado de la galería se movió por un sencillo mecanismo de poleas y dejó al descubierto un oscuro túnel de lava.

En silencio y de uno en uno penetraron en el estrecho túnel. Llevaban recorridos unos siete kilómetros cuando se encontraron con la primera bifurcación.

El túnel se dividía en otros tres, y a primera vista todos parecían iguales. Se miraron durante unos segundos, frustrados, sin saber que debían hacer, hasta que Jared se decidió a pronunciar la fatídica pregunta que todos estaban pensando.

—¿Cuál escogemos?

Devlin, que había tomado el papel de jefe de la expedición, tomó la decisión con rapidez, pues no quería que los compañeros le viesen dudar y se echasen para atrás en la loca aventura.

—Maldición, tendría que haber traído la tablilla. Está bien, podemos tomar el de la izquierda y haremos lo mismo cada vez que se presenten varias opciones. No podemos arriesgarnos a perdernos y sin la tablilla es imposible saber cuál es la opción correcta.

Nicole se acordó en ese momento de la cámara de fotos y la sacó de la mochila.

—Eso no hará falta. —Miró a los demás con cara de suficiencia—. Chicos, dad gracias por vivir en la era digital. Ayer le saqué unas fotos a la tablilla. Tal vez haciendo *zoom* logremos descifrar el camino.

Todos se pusieron alrededor de Nicole y observaron los grabados que se veían en las fotos de la tablilla. Devlin tomó la cámara para observar las fotos más de cerca y elegir la que le pareció más nítida para guiarlos.

—Parece que mi instinto no estaba equivocado, hay que ir por la izquierda. —Devlin miró a

Nicole y le dio un rápido beso en los labios—. De todas formas, gracias por traer las fotos.

La pendiente de ese corredor era bastante pronunciada y a eso le tenían que sumar los numerosos tramos en los que tenían que agacharse para no darse golpes en la cabeza con las estalactitas del techo, por lo que el avance se hacía cada vez más lento y trabajoso.

A medida que avanzaban, la temperatura dentro del túnel iba aumentando de manera alarmante, lo que hizo suponer a Devlin que iban avanzando en dirección a la caldera del Kilauea. No lo expresó en voz alta, para no alarmar sin remedio a los demás, pero la expresión cavilante de Pat le hizo saber que ella también estaba pensando en esa posibilidad.

Nicole tenía la piel de gallina a pesar del calor. Los espacios cerrados y pequeños la ponían nerviosa, pero la compañía lo hacía más llevadero.

—Tal vez deberíamos volver al hotel y tomar la tablilla —se aventuró a decir, a pesar de que no quería ser la aguafiestas del grupo—. En las fotos no se distinguen muy bien las bifurcaciones y podemos perdernos.

—Supongo que eso sería lo más inteligente. —Devlin miró a los demás para saber la opinión. Todos sabían lo que tenían que hacer, pero nadie, ni tan siquiera Nicole, quería dar marcha atrás. Consultó el reloj. Llevaban andando casi cuatro horas—. Podemos seguir avanzando un poco más y, si no encontramos nada, volveremos mañana con la tablilla.

—Me parece bien, pero yo necesito comer algo y descansar cinco minutos. —Pat se paró en seco, se sentó y los demás la imitaron. Sacó unos sándwiches de la mochila y los repartió entre los compañeros.

—Sí que vienes preparada, Pat. Si tengo que perderme con alguien me alegraría que fuese contigo. —Nicole tomó uno de atún y una botella de agua mineral que le dio Devlin.

—Si algo aprendí con mi profesión es que hay que estar siempre preparada para cualquier eventualidad. Uno sabe a qué hora empieza a trabajar, pero nunca cuando va a acabar.

Terminaron de comer y siguieron la marcha con las fuerzas renovadas. Después de andar un par de horas más, estaban a punto de dar la vuelta cuando llegaron a una gran sala redonda. En principio, parecía que no tenía salida, pero después de revisarla bien descubrieron una pequeña abertura en una de las paredes de lava que llevaba en forma directa hacia un enorme precipicio. Parecía ser muy profundo y ni con sus potentes linternas conseguían ver el fondo.

—Tenemos cuerdas, arneses, poleas y mosquetones. Si me esperáis aquí podría descender un poco para ver qué hay ahí abajo.

—¡Estás loco, Dev! Es una bajada en vertical. —La piel de Nicole se erizó por el miedo—. Podrías matarte.

—He escalado paredes como esta millones de veces, cariño. Te aseguro que no me pasará nada. —Devlin le acarició la mejilla con suavidad y le dio un cálido beso en la boca, pero Nicole se separó en forma brusca.

—Ni se te ocurra intentar distraerme con eso de los besos. No vas a bajar por ahí y es mi última palabra.

—Te prometo que solo bajaré un par de metros y, si no veo nada, volveré a subir, nos iremos y volveremos mañana con el equipo necesario. Después de todos los kilómetros que hemos recorrido hoy, es absurdo dar la vuelta sin echar ni tan siquiera un pequeño vistazo.

—De acuerdo, pero yo bajaré contigo.

—Ni hablar, puede ser peligroso.

—Bajaremos los dos. —Nicole no iba a ceder esta vez y Devlin entendió que ahora era el turno de ella de salirse con la suya—. O no bajará nadie.

—Está bien, bajaremos los dos y si vemos que no hay peligro os haremos una señal para que bajéis vosotros después. Jared, una vez abajo exploraremos un poco la cueva antes de que bajéis para ver si merece la pena —sentenció Devlin para dar por zanjado el tema. No quería perder tiempo discutiendo cuando intuía estar tan cerca de alcanzar el objetivo. —Nos mantendremos en contacto por los *walkie-talkies* que tenemos en las mochilas.

Devlin recogió la mochila y preparó las cuerdas atándolas por un extremo alrededor de una pesada roca que sobresalía del suelo y por el otro enganchándola a su arnés y al de Nicole.

—Creo que esto aguantará.

Tensó las cuerdas varias veces y luego se dirigió a Nicole.

—¿Estás segura de que quieres bajar? No tienes por qué hacerlo. Podemos ir Jared y yo y tú puedes esperar aquí arriba con Pat.

La expresión tierna de Devlin hubiese desarmado a Nicole en cualquier otra ocasión, pero no ahora. Nunca había sido una cobarde y no iba a empezar a esas alturas de la vida. Si la bajada era lo suficiente segura para Devlin, también lo era para ella.

—Voy a ir.

Devlin se acercó a ella y le dio un beso ardiente, mientras Jared y Pat desviaban la vista por educación, con un repentino interés por las rocas que cubrían las paredes de la cueva.

—Baja con cuidado. Sobre todo hazlo despacio y no tengas miedo, si pasa cualquier cosa recuerda que yo estaré cerca.

Devlin dio de nuevo instrucciones a Jared para que fuese soltando la cuerda poco a poco, a medida que él y Nicole bajaban por la pendiente vertical.

Después, sin mirar atrás ni una sola vez, Devlin y Nicole empezaron a bajar con lentitud por el precipicio, bajo la atenta mirada de los otros dos compañeros.

Bajaron durante quince minutos en completo silencio, guardando fuerzas para el esfuerzo que supondría la subida y temiendo a cada instante que la cuerda tensa indicase que no era lo bastante larga como para llegar al final del pozo.

La dificultad principal consistía en no deslizarse con demasiada rapidez por la pared vertical. Por fortuna, dicha pared estaba llena de hendiduras y erosiones en la porosa lava que ambos usaban a modo de peldaños, lo cual facilitaba en forma notable la ya de por sí difícil labor.

—Lo estás haciendo muy bien, Nikki. Si estás cansada podemos parar y descansar un ratito.

—No te preocupes por mí, estoy bien. Lo único que siento es que no pueda verme mi profesor de pilates, no se lo va a creer cuando se lo cuente.

—Prometo corroborar tu historia, pequeña.

Nicole siguió bajando sin mirar hacia abajo hasta que vio que Devlin se paraba y enfocaba el fondo del precipicio con la linterna.

—Está muy oscuro, pero me parece que ya se acerca el final; calculo que faltaran unos tres o cuatro metros más o menos —transmitió por el *walkie* mientras intentaba recuperar el aliento.

Tomó fuerzas, miró a Nicole para comprobar que estaba preparada para continuar, y cuando ella asintió con un leve movimiento de cabeza siguieron bajando, mientras los compañeros soltaban cuerda con lentitud.

De pronto, los amigos pararon de soltar cuerda sin previo aviso. Nicole y Devlin se miraron con estupor cuando oyeron un murmullo de voces procedentes de lo alto del precipicio. No lograban entender lo que decían o quién hablaba, pero cada vez sonaban más altas y agresivas.

Instantes después sonó un disparo que rebotó en las paredes de la caverna, seguido de más gritos y confusión. Parecía como si una batalla campal se hubiese desatado ahí arriba.

—¿Qué está pasando ahí arriba? ¿Estáis bien? Contestadme, por favor. —El corazón de Devlin empezó a latir a mil por hora. Temía lo peor y se culpaba por la imprudente aventura.

Silencio absoluto. Nadie contestó, y todos los sentidos de Devlin se pusieron en alerta máxima.

El instinto le decía que algo muy malo estaba pasando allá arriba. Intentó pensar qué opciones tenían pero, por desgracia, colgados en ese precipicio, no eran demasiadas.

Se guardó el *walkie-talkie* en uno de los múltiples bolsillos del pantalón e indicó a Nicole que siguiese bajando mientras él empezaba a subir con lentitud, pero sabía que sin la ayuda de los compañeros nunca podría llegar hasta arriba.

Enfocó la linterna hacia la parte superior del precipicio con la esperanza de ver a alguno de los amigos y que le explicase lo que estaba pasando.

Le pareció ver una sombra que se asomaba y se agachaba y, cuando iba a abrir la boca para hablar y preguntar otra vez qué estaba pasando, la cuerda se soltó y él cayó sin remedio. De manera casi instantánea se encogió y adoptó una postura capaz de minimizar el golpe que sentiría en forma inexorable.

13

Pat se paseaba nerviosa por la galería, dando vueltas en círculos, cuando una sombra se abalanzó sobre ella y le dio un fuerte golpe en la parte de atrás de la cabeza con el que consiguió tirarla al suelo, encogida de dolor.

Jared estaba soltando la cuerda mientras miraba con fijeza el negro abismo que se abría delante de él. Oyó un golpe seco y giró con brusquedad, justo a tiempo para ver cómo el profesor Martin golpeaba en forma brutal a la doctora Cornwell.

—¡Suelta la cuerda! —El tono de la orden del profesor y el arma con que lo apuntaba dio a entender a Jared que no bromeaba—. ¡Ponte al lado de ella y mantén las manos donde yo pueda verlas!

—¡Estás loco! Deja de apuntarnos con esa pistola antes de que hagas daño a alguien. —Pat empezaba a recuperarse del golpe y apenas podía creer lo que estaba pasando. Siempre había sospechado que ese viejo colaborador no era trigo limpio, pero jamás había imaginado que fuese capaz de llegar a esos extremos.

—¿Dónde están el señor McKinley y la señorita Wade?

Jared miró alrededor y no vio ni rastro de nada que pudiese utilizar como arma. Su oponente estaba apuntando una pistola en forma directa al corazón y una vocecita interior le decía que le siguiera el juego mientras no consiguiera desarmarle. Así que eso era lo que iba a hacer. Por lo menos, hasta que tuviese la oportunidad de arrancarle el arma a ese gusano cobarde. Entonces, el viejo profesor Martin iba a desear no haber nacido.

—Han descendido por la pared. —La situación era demasiado obvia y, tarde o temprano, él mismo se habría dado cuenta por sí solo, así que no perdía nada por darle esa información.

El profesor Martin se quedó mirando con fijeza la cuerda durante unos instantes, mientras decidía cuál iba a ser el siguiente paso. Sacó una navaja multiusos del bolsillo y se acercó a la cuerda con actitud peligrosa. Jared, que intuyó qué iba a pasar a continuación, se abalanzó sobre él, mientras la doctora Cornwell permanecía petrificada observando la aterradora escena.

El arma se disparó antes de que Jared consiguiese alcanzarlo. Un ruido ensordecedor rebotó por la caverna y se mezcló con unos gritos cuya procedencia Pat no logró identificar, a pesar de que tenía la sospecha de que provenían de sí misma.

Jared notó un fuerte dolor en la zona de abdomen. A pesar de todo, intentó no perder impulso y propinar un golpe bastante fuerte como para desarmar al adversario. Sin embargo, se derrumbó como una piedra antes de llegar a tocarlo siquiera.

—¡Es culpa suya! ¡Le dije que no se moviera! —El profesor estaba alterado en forma notoria por haber tenido que disparar a un hombre a sangre fría y trataba de justificar sus actos, mientras pensaba cuál iba a ser el siguiente paso. Se agachó frente al cuerpo inerte en busca de las constantes vitales. Con gran alivio comprobó que aún seguía respirando. De momento, lo necesitaba vivo para manejar a la asustada doctora.

—Aún está vivo, pero si no recibe ayuda pronto morirá.

—¿Qué es lo que quieres? Sea lo que sea, déjame llevarlo a un hospital. Cualquier cosa que hayas hecho hasta ahora no puede ser tan grave como un asesinato, y si Jared muere nadie te va a salvar de la inyección letal —rogó Pat entre sollozos.

—¡Cállate, maldita zorra! —Gotas de sudor empezaban a surcarle la frente. Nada estaba saliendo como él había planeado. Quería quedarse con el tesoro y para ello debía matar a todos los que sabían de la existencia. No había contado con que, cuando consiguiese llegar hasta ellos, se habrían separado, pero ese pequeño inconveniente no iba a hacer que se rindiese—. ¡Aléjate de la cuerda!

Pat sabía que la vida de Devlin y Nicole dependía en forma exclusiva de esa cuerda, por lo que tenía que hacer algo, y tenía que hacerlo rápido. Se esforzó por tranquilizarse y pensar. Miró alrededor en busca de cualquier cosa que le sirviese de arma. Con disimulo asió una pesada piedra e intentó acercarse al profesor sin hacer ningún ruido en lo posible.

Pat intentó distraerlo mientras pensaba una solución. Sabía que debía ganar tiempo y tenía la sensación de que la mejor forma de conseguirlo era recurrir al ego del profesor.

—¿Cómo descubriste lo del tesoro?

—Fue fácil. Tengo cámaras de vigilancia instaladas en el despacho y otros lugares estratégicos del yacimiento. —Una sonrisa gatuna asomó a los rechonchos labios—. ¿No pensaríais que os iba a dejar a vosotros todo el mérito de estos descubrimientos?

—¿Todo esto solo por el mérito? —Una expresión entre decepcionada y escéptica asomó a la cara de Pat—. No sé por qué, pero no me lo creo.

—Al principio fue así, pero ahora creo que renunciaré a los honores, a cambio de toda esta riqueza. Sí, creo que esa será la justa recompensa por todos mis años de esfuerzo y dedicación.

Pat observó que la mochila estaba abierta y lo bastante cerca como para alcanzarla con el brazo, sin apenas moverse. En ella guardaba una navaja multiusos y, aunque no era el arma definitiva, tampoco tenía nada mejor.

Sabía que tenía que entretenerlo un poco más hasta que estuviese bastante confiado y entonces hacer un movimiento rápido y alcanzar el arma, pero estaba tan nerviosa que no conseguía que le saliesen las palabras.

—Aunque nos mates a todos no te saldrás con la tuya, alguien se dará cuenta de nuestra desaparición.

—Para entonces será demasiado tarde y yo estaré muy lejos disfrutando de todos los privilegios que la vida me ha negado hasta ahora.

Todos los esfuerzos de Pat por mantenerlo entretenido resultaron vanos pues, un instante antes de que alcanzase la navaja, el profesor Martin volvió a la realidad y la amenazó de nuevo con la pistola.

—Aléjate de esa bolsa o te dispararé. ¿Me crees tan tonto como para no darme cuenta de tus estúpidos esfuerzos para distraerme? —Sonrió, mientras se acercaba para cortar la cuerda.

El terror paralizó por completo a Pat. Si no hacía nada para impedirlo sus amigos iban a morir. Sabía que tenía que actuar y tenía que hacerlo rápido. Pat tomó aire e intentó acordarse de lo que había aprendido en las cases de kárate para mayores de cuarenta años. Pensó que eso no le serviría

para nada y recurrió a los trucos que toda mujer que vive en una ciudad americana debe conocer: se lanzó sobre él, le arañó en la cara y le clavó las uñas en un intento por hacer el mayor daño posible.

Ambos cayeron rodando por el suelo de lava. Forcejearon durante un par de minutos, hasta que Pat sintió un fuerte puñetazo en la cara, después del cual perdió la consciencia por completo. El profesor la apartó con una brusca una patada, ante la atónita mirada de Jared que estaba sangrando en forma abundante en el suelo.

—Será mejor que te quedes donde estás y no hagas ningún movimiento, si no quieres acabar con otra bala en el cuerpo. ¿Quién sabe? Quizás la próxima sea la definitiva —dijo mientras recuperaba la pistola que había perdido en el forcejeo.

—Vas a acabar conmigo de todas formas.

—No quiero matar a más gente, a menos que no tenga otra opción. —El tono de voz era frío, carente de toda emoción, a pesar de que le costaba respirar a causa del forcejeo—. Solo necesito dejaros aquí el tiempo suficiente para garantizar mi huida.

—Ya te has salido con la tuya, así que puedes confesar. —Jared rezó en silencio para que los amigos ya hubiesen llegado abajo. En el estado en que estaba no podía hacer nada más por ellos. Nada, salvo intentar averiguar la verdad—. ¿Tuviste algo que ver con la muerte de Rachel?

La risa malévola del profesor inundó la galería. La mirada perdida y vidriosa cobró de nuevo intensidad mientras recordaba.

—Rachel, esa pobre estúpida. La conocí en una de las fiestas benéficas de Devlin e intenté hacerme amigo para sacarle algo de información, pero no tardé en darme cuenta de que ella no sabía nada.

—¿Y por eso la mataste? —preguntó Jared incrédulo.

—No, la maté porque estaba loca —suspiró, y por un momento Jared pensó que iba a callar los verdaderos motivos del asesinato, pero después de una pequeña pausa siguió hablando—. Por alguna extraña razón, se le había metido en la cabeza que Devlin había matado a alguien. No sabía en quién podía confiar, pues todos los amigos lo eran también del marido y, como sabía mis diferencias con él, vino a mí en busca de ayuda. Esa pequeña perra iba a echarlo todo a perder. Quería llamar a la policía, y yo no podía permitirme que la policía empezase a husmear por aquí. Eso atraería demasiado la atención.

—Nadie que conociese bien a Devlin le hubiese creído.

—Eso ya nunca lo sabremos.

En la cara de Jared se formó una mueca de dolor, apenas podía respirar y mucho menos moverse. Intentó seguir hablando para que el profesor no cortase la cuerda, pero le fue por completo imposible. Mientras intentaba recuperar el ritmo normal de la respiración, observó horrorizado cómo el profesor cortaba la cuerda que sostenía a Devlin y Nicole.

Después el profesor revisó las mochilas que llevaban, sin dejar de apuntarle en ningún momento. Cuando encontró un trozo de cuerda ató a Jared y a Pat con fuerza, primero entre ellos y después a una de las múltiples rocas que formaban la caverna.

Devlin se despertó abajo con un fuerte dolor de cabeza y por completo desorientado, mientras

Nicole le sostenía la cabeza y le susurraba palabras cariñosas al oído. Volvió a cerrar los ojos en un intento por entender qué había pasado y los recuerdos empezaron a desfilar uno tras otro en la mente como si de un tráiler de cine se tratase.

Intentó levantarse y se apoyó en el brazo izquierdo, pero le quemaba como si le hubiesen vertido ácido. Se encogió de dolor y miró el hombro dolorido para evaluar los daños. Sangraba un poco y la herida no se veía del todo mal, pero el brazo parecía pesar el triple de lo normal y se negaba en rotundo a cooperar en la más mínima actividad.

—¿Estás bien, Dev? —La cara de Nicole estaba bañada en lágrimas de desesperación—. Cuando estaba llegando al suelo te vi caer y por un momento pensé que habías muerto. Fue el peor momento de mi vida. No vuelvas a darme un susto así jamás.

Devlin sonrío, si Nicole tenía fuerzas para reñirle significaba que a ella no le había pasado nada.

—Te lo prometo.

—¿Puedes andar? Muévete para ver si tienes algo roto.

Después de comprobar que no tenía ningún hueso roto, aparte de la herida del brazo, intentó levantarse esta vez con ayuda de Nicole y lo consiguió al tercer intento.

Miró alrededor e intentó calcular las escasas opciones que tenían. Volver a subir estaba por completo descartado, después de que alguien hubiese cortado la cuerda. Pensó en llamar por el *walkie-talkie* a los amigos, pero descartó la idea. No sabía quién estaba arriba con ellos, pero si los creía muertos tenían una pequeña ventaja a favor, la única con la que contaban en ese momento. Además, no le cabía ninguna duda de que, si sus amigos se pudiesen comunicar con él para ayudarlos, ya lo habrían hecho.

Observó un estrecho pasillo. Como no tenían ninguna alternativa, decidió aventurarse a lo desconocido. Todavía llevaba la mochila a cuestas, así que la abrió y sacó una pequeña brújula para orientarse y la cámara de Nicole para ver el mapa. No era mucho, pero era lo único que tenían.

Las fotos de la cámara no tenían demasiada calidad pero, de todas formas, estaba seguro de que estaban siguiendo el camino correcto para ir al palacio de la diosa Pele.

El único problema era que ahora ya no quería ir al palacio, sino salir de allí y reencontrarse con los amigos, pero algo en su interior le decía que no podría hacer una cosa sin hacer la otra primero.

—Lo único que podemos hacer es avanzar. —Devlin parecía estar pidiendo disculpas con la mirada.

—No te preocupes por mí, Dev, tú fuiste el que se llevó el porrazo.

—Tengo la cabeza muy dura, Nikki. Hace falta algo más que una mísera caída para acabar conmigo. A estas alturas ya deberías saberlo.

Nicole se abrazó a él y lo besó en los labios antes de continuar.

Devlin tomó la linterna, que por suerte no se había roto, y se metieron dentro del túnel. Después de una media hora de caminata, el calor empezaba a ser insoportable.

Se sacó la camisa. Ofreció un poco de agua a Nicole y después bebió él un pequeño sorbo. Procuraron no beber mucho pues solo quedaban un par de pequeñas botellas y no sabían durante

cuánto tiempo iban a estar en esa situación.

Ya casi no les quedaban fuerzas para continuar, cuando empezaron a oír un rumor lejano. Devlin agudizó el oído y pensó que podía ser una corriente de agua subterránea.

Según el mapa, ya debían de estar cerca del palacio, si es que no se habían perdido en alguno de los múltiples giros que habían dado.

Siguieron caminando hasta encontrarse frente a la visión más gloriosa que ninguno de los dos había visto jamás. Frente a ellos, y a varios kilómetros bajo tierra, estaban viendo algo que jamás hubiesen creído posible.

Imposible decir cuánto tiempo pasaron en completo silencio, embobados, contemplando aquella maravilla, cuando al fin Devlin consiguió moverse. Cerró los ojos y los apretó con fuerza para volver a abrirlos apenas unos instantes después. Entonces no le quedó más remedio que pensar que en verdad los ojos no lo engañaban y que lo que allí veía era real.

—Es extraordinario, maravilloso. —Nicole fue la primera en abrir la boca para decir una frase coherente.

El estrecho pasadizo, que tanto les había costado atravesar, había terminado en forma brusca y había dado paso a una gran sala cuyas dimensiones no lograban abarcar con la mirada. Una pequeña cascada que bajaba por las rocas provocaba el sonido que antes habían oído. La cascada moría con gracia en un pequeño mar de aguas oscuras y tranquilas. Al borde de ese lago subterráneo había un pequeño puerto natural que dejaba paso a un grandioso palacio de piedra oculto en forma parcial por un bosque de helechos petrificados. La piedra con la que estaba construido era una mezcla de roca volcánica y un mineral negro muy brillante que ninguno de los dos supo clasificar.

—¡Dios mío! —Nicole apenas podía pensar con claridad—. ¿Crees que ese es el palacio de la diosa?

—Bueno, no creo que haya muchas construcciones por aquí abajo, así que supongo que sí.

—Ponte ahí, voy a sacarte una foto —dijo Nicole, mientras le hacía un gesto para que le devolviese la cámara de fotos.

—¿Ahora? —Devlin la miraba como si estuviera por completo loca, pero aun así hizo lo que ella le pedía—. No entiendo cómo puedes pensar en hacer fotos en un momento como este.

—¿Estás de broma? Este momento tengo que inmortalizarlo cueste lo que cueste, si no mi jefe me mata.

Después de sacar varias fotos, desde todos los ángulos posibles y algunos imposibles, Nicole empezó a andar despacio hacia el palacio, sin apenas darse cuenta, y Devlin la siguió en completo silencio.

Cuando llegaron a la enorme arcada que presidia la entrada al palacio, dudaron un instante. Devlin se volvió a poner al frente para hacerse cargo otra vez de la expedición y después siguieron adelante.

Al pasar la arcada accedieron a un estrecho pasillo iluminado por una especie de antorchas. Se miraron en silencio mientras sacaban cada uno sus propias conclusiones sobre los hallazgos. Siguieron adelante hasta llegar a una gran cámara central.

La cámara se encontraba presidida por un estrado con una mesa del mismo extraño metal

negro al frente de la estancia y muchas mesas de menor tamaño desperdigadas por fuera del estrado. En todas las mesas había fuentes con distintos alimentos que Devlin y Nicole jamás habían visto. La primera en romper el silencio fue Nicole, que se acercó a una de las mesas y tomó una especie de plátano negro y con espinas.

—¡Qué comida más rara! —Las preguntas aparecían en la mente a la velocidad del rayo—. Todavía está fresca. ¿Crees que alguien puede vivir aquí?

—Supongo que todo esto debe de ser de alguien. Pero no entiendo cómo alguien puede sobrevivir aquí abajo, sin ver la luz del sol.

—Puede que sea un refugio secreto del gobierno.

Devlin miró a Nicole escéptico.

—Cariño, creo que no deberías de ver tanto «Expediente X» o acabarás como Mulder, viendo conspiraciones en todas partes. Me parece que, si esto fuese del gobierno, la tecnología sería un poco más de avanzada.

—No te pongas sarcástico y no se te ocurra meterte con Mulder, fue mi héroe de juventud durante nueve largos años.

—No sé por qué, Nikki, pero sabía que dirías eso. —Devlin la miró como si fuese un caso perdido mientras una sonora carcajada se formaba en la garganta.

—Es solo que me cuesta asimilar que en verdad pueda haber alguien viviendo aquí abajo y que, con los adelantos de hoy en día, nadie se haya dado cuenta hasta ahora.

—Tal vez es alguien a quien no le gusta la compañía y sube a la superficie solo cuando lo necesita.

—Entonces no creo que le haga mucha ilusión encontrarnos aquí cuando vuelva.

—Supongo que no.

Sin previo aviso todos los instintos de Devlin se pusieron alerta. Un rumor de voces lejanas se aproximaba con asombrosa rapidez. Miró alrededor en busca de un lugar donde esconderse hasta descubrir si esas voces eran amigas o enemigas.

Nicole miró hacia atrás y descubrió unas escaleras de piedra que parecían subir. Hizo una señal a Devlin y se dirigieron hacia allí lo más rápido posible. Se quedaron ocultos en la parte baja de la escalera, mientras observaban con asombro cómo el salón iba llenándose poco a poco de gente que, por los sonidos que hacían, parecían estar celebrando algo.

—Entonces, está decidido, el sacrificio se celebrará dentro de dos días, coincidiendo con la celebración del día de la diosa Pele. —Una atronadora voz muy profunda y masculina pareció alzarse sobre las demás, aunque después del anuncio volvió a quedar tapada por los vítores de alegría de la ruidosa multitud.

Solo una joven permanecía ajena a toda esa alegría. Devlin y Nicole se fijaron en ella casi al mismo tiempo. Era de escasa estatura y muy hermosa. El cabello negro y largo caía como una cascada sobre los hombros, pero lo que más les impresionó fueron los enormes ojos verdes, que la hacían parecer un cervatillo asustado.

La joven miraba alrededor y parecía estudiar todo con enorme curiosidad. Por un momento los ojos de ella se encontraron con los de Devlin y Nicole, quienes pensaron que iba a delatarlos, pero la joven se limitó a esbozar una sonrisa tímida, que logró borrar durante unos breves instantes la

tristeza de la cara. Después, antes de que nadie más se diera cuenta de ese breve intercambio de miradas, giró la cabeza hacia otro lado y siguió observando todo con grandes ojos curiosos.

—¡Dios mío! ¿Crees que están pensando matar a alguien?

—Shh. No tengo ni idea, pero de momento no me parecen en exceso amistosos, así que será mejor no delatar nuestra presencia. No creo que nuestros anfitriones se muestren demasiado amables frente a nuestra pequeña intromisión.

La gente empezó a dispersarse por el salón mientras comían y bebían a su antojo.

Nicole intentó localizar otra vez a la joven, pero le fue del todo imposible. Se dio cuenta de que esa mirada suplicante había conseguido llegarle al alma y no conseguía sacársela de adentro.

—Creo que esa pobre chica necesita ayuda.

—Y si nos descubren, nosotros también. Lo mejor será largarnos cuanto antes. Esto parece una secta.

—No podemos volver por donde vinimos sin que nos vean —Nicole se estremeció mientras le dirigía una significativa mirada a Devlin. Estaban metidos en un buen lío y ambos eran conscientes de ello en forma cabal.

—Lo sé, pero algo me dice que debemos buscar otra salida y que lo mejor es que lo hagamos cuanto antes.

Devlin tomó a Nicole de la mano con firmeza mientras tiraba de ella hacia arriba para que lo siguiera, pero apenas habían subido un par de escalones cuando una voz irritada sonó a las espaldas.

—¡Vaya, vaya! Mira lo que tenemos por aquí. Liholiho, creo que esta vez la diosa ha sido generosa contigo y te ha traído un buen regalo.

Sin ninguna otra advertencia, se vieron rodeados de por lo menos una veintena de feroces guerreros con las espadas desenvainadas dirigidas hacia ellos.

—¿Crees que hemos retrocedido en el tiempo? —Nicole sabía de antemano que la pregunta era una tontería, pero aun así no pudo evitar formularla.

—No lo creo, pero me encantaría que esto fuese un sueño y poder despertar.

—Esta es nuestra tierra, regalo de la diosa Pele a nuestros valientes antepasados —gritó el que había hablado antes—, y los intrusos no sois bienvenidos aquí.

La furia que transmitía la mirada tomó a Nicole por sorpresa. Entonces, tomó conciencia de que la mayoría de los soldados centraban la atención en ella y no en Devlin. Intentó esconder el miedo en su interior y poner una expresión enfadada. No quería darle ventaja al enemigo ni demostrar cuán preocupada estaba por la nueva situación.

Devlin se apresuró a colocarse entre Nicole y los hostiles desconocidos. Sabía que las posibilidades que tenían de escapar los dos eran casi del todo nulas, pero lucharía hasta el último aliento para salvar la vida de Nicole.

—Nikki, sigue subiendo, vete arriba y busca una salida, yo los entretendré cuanto pueda.

—No voy a dejarte aquí.

—Ninguno de los dos va a irse de aquí hasta que yo lo diga. —La voz cavernosa salió de uno de los hombres más altos y feroces que Nicole había visto jamás, y eso que era una fiel admiradora de las películas de Conan—. Traedlos al salón; mi padre, sin duda, querrá conocerlos.

Sobre todo a esta preciosidad —dijo mientras lanzaba una mirada apreciativa sobre Nicole.

—Si te atreves a tocarla te mato. —Devlin sabía que la amenaza carecía de sentido en semejante condición de desventaja numérica, pero, aun así, sabía que si alguien pretendía tocarle un solo pelo a Nicole iba a tener que matarlo primero y no se lo iba a poner fácil.

Varios hombres se lanzaron sobre ellos a la velocidad del rayo. Devlin intentó reducirlos y consiguió dejar a unos cuantos inconscientes en el suelo, pero todo fue en vano. Por cada agresor que conseguía reducir, aparecían dos más dispuestos a reemplazarlo.

Los llevaron a empujones al salón donde habían estado antes. Solo que ahora, en vez de estar vacío, estaba lleno de gente que hablaba y comía con los modales propios de unos cerdos, o eso pensó Nicole cuando vio la manera de comportarse de esos salvajes. Agarraban puñados de comida de las fuentes y se los llevaban directo a la boca, sin respetar ninguna norma de educación.

En el ambiente se percibía el aroma de la carne asada y una oleada de náuseas tomó desprevenida a Nicole. Devlin la miró con preocupación, mientras veía cómo la cara de ella se volvía de un color blanco amarillento. Le hizo un gesto con la cabeza para que confiase en él y mantuviese la boca cerrada. Cuanto menos reparasen los hombres en ella, mejor. Ya tenían suficientes problemas en la situación actual sin necesidad de vérselas con un atajo de hombres enfermos de lujuria.

Los condujeron a la mesa que estaba en el estrado y presidía a las demás. En ella un grupo de cuatro hombres y una mujer comían carne, también sin la menor muestra de educación.

Siguieron comiendo y bebiendo ignorándolos por completo, hasta que uno de ellos se dio por saciado y los miró de arriba abajo. Después, sin mediar palabra, echó otra mirada al hombre que parecía llevar la voz cantante cuando los apresaron y le pidió una explicación. Este dio un paso al frente y, después de dedicar una larga mirada de satisfacción a los prisioneros, decidió acercarse todavía más a Nicole.

—Padre, hemos encontrado a estos intrusos merodeando por las escaleras que suben a las habitaciones. —La gente había hecho un corrillo rodeándolos y el hombre parecía disfrutar mucho de ser el centro de tanta atención—. Creo que estarás contento con el regalo que te ofrezco.

Mientras decía esto agarró a Nicole para atraparla entre los brazos peludos, pero ella le propinó un fuerte rodillazo por sorpresa en la entrepierna.

El golpe debió dolerle, a juzgar por la mueca de dolor que durante unos instantes mostró en la cara, pero no logró apartarlo del objetivo que tenía. Tomó a Nicole por la cintura y Devlin dejó escapar un rugido de furia ante semejante atrevimiento y se abalanzó sobre él sin medir las consecuencias. Le dio un fuerte puñetazo en la mandíbula y, a pesar del enorme tamaño del contrincante, consiguió derribarlo. Sin embargo, el golpe pareció no afectarlo demasiado, solo en el orgullo herido, ya que no tardó en levantarse. Devlin intentó derribarlo otra vez, pero, antes de que pudiera alcanzarlo, cinco soldados se echaron sobre él y lo redujeron en apenas unos instantes. Nicole miró a Devlin y rogó que esos brutos no le hubiesen hecho demasiado daño.

—Suficiente. —El que parecía el jefe habló de nuevo. A Devlin le sorprendió ver la mueca divertida, ya que el hombre al que había derribado lo había llamado padre.

La sala, ahora, estaba en completo silencio y, por algún motivo, eso a Nicole le pareció todavía más siniestro.

—¿Qué hacéis aquí?

Devlin sopesó bien la respuesta antes de contestar, ya que de ella dependía en gran medida su futuro y el de Nicole.

—No buscamos problemas. Encontramos este sitio por casualidad y no sabíamos que nadie viviese aquí. Si nos dejáis marchar nunca más volveréis a vernos.

—Hemos vivido durante muchos años ocultos de los conquistadores que han venido a robarnos nuestra tierra y a exterminar a nuestra raza. La diosa Pele reveló a nuestros antepasados la localización de este paraíso y nos dio todo lo necesario para sobrevivir en él. Nadie, jamás, ha salido vivo del reino de Mana. Dime, forastero, ¿por qué debería dejaros marchar a vosotros?

—Tenemos amigos que saben que estamos aquí. Si no nos dejáis ir vendrán a buscarnos y entonces tu secreto ya nunca estará a salvo.

Devlin y el jefe se miraban con igual fiereza, midiendo cada uno las fuerzas del oponente, sin ceder terreno.

—Si los mato a ellos también mi secreto seguirá a salvo. —El jefe hablaba en un tono despreocupado, como si matar un puñado de hombres inocentes fuese algo que hiciese a diario.

—Créeme, soy un hombre muy rico. Allá arriba tengo mucha influencia, si desaparezco vendrán a buscarme y no lo harán solos y desarmados como lo hicimos nosotros. —Devlin rogó en voz baja que el jefe creyera esas palabras. No sabía si sus amigos aún seguían con vida y mucho menos si lograrían llegar hasta allí para rescatarles a tiempo—. Si no nos dejas marchar, tu mundo tal y como lo conoces desaparecerá.

El jefe lo miró ahora con pesar. Sabía que lo que estaba diciendo podía ser cierto, pero también sabía que no podía fiarse de los *haole*, y nada le garantizaba que, si los dejaba marchar, no volviesen con más gente para someterlos. Debía meditar la decisión y reunir al consejo para que la aprobasen.

—¡Llevadlos abajo y encerradlos hasta que haya tomado una decisión con respecto a ellos! —Observó la mirada libidinosa del hijo sobre la mujer de piel blanca—. ¡Kuhio, no te acerques a ella hasta que yo te dé permiso!

—¡Pero, padre! —Intentó protestar el joven.

—Ya he hablado —lo despidió el padre sin ninguna importancia.

14

Los encerraron en una habitación pequeña, que a todas luces no media más de cuatro metros cuadrados. Los empujaron dentro sin mucha condescendencia y trabaron la puerta al salir.

Devlin miró alrededor en busca de cualquier cosa que pudiese ayudarlos, aunque sin demasiado éxito. La habitación estaba casi vacía. Apenas había sitio para una especie de camastro viejo y desvencijado en un rincón y unas mantas hechas jirones y tan sucias que ofendía el simple hecho de mirarlas. La única luz que iluminaba la estancia provenía de una pequeña antorcha sostenida en la pared al lado de un pequeño ventanuco. Devlin intentó asomarse, pero estaba demasiado alto. Acercó el camastro y se subió encima de él.

—Estamos demasiado altos. Calculo que habrá una distancia de tres o cuatro pisos entre la ventana y el suelo. Jamás conseguiremos huir por aquí.

Nicole se sentó en el suelo, en una esquina de la habitación.

—¿Crees de verdad que alguien vendrá a buscarnos? —Nicole se estremeció, mientras buscaba la mirada de Devlin para leer la verdad en los ojos de él.

—Claro que sí —mintió él sin mucha convicción.

Ella lo miró con los ojos llenos de preocupación y Devlin supo que no le había creído.

—Cielo, mira esto por el lado bueno. Cuando salgamos de aquí tu editor va a adorarte. Tendrás suficiente material para contar el resto de tu vida sin necesidad de moverte de la redacción.

Eso la hizo reír y Devlin sintió cómo la esperanza renacía otra vez dentro de él.

—Te sacaré de aquí, Nikki. Después de todo, me he pasado media vida sacándote de apuros —dijo Devlin con un aire de suficiencia que hizo enojar a Nicole.

—¿Que tú qué? —Apenas podía articular las palabras de tan ofendida que se sentía.

—¿Ya no te acuerdas cuando te metiste en la granja de los Freemont y te salvé de aquel toro enorme? Estuvo a punto de matarte.

—Me metí allí para buscar a mi perro y no había ningún toro enorme, era apenas una vaquilla inofensiva. Podría haber salido de allí a la perfección sin tu ayuda.

Él la miró con incredulidad.

—Quieres hacerme enfadar a propósito —dijo Nicole.

Él no lo negó. Unos minutos antes, en el salón, había visto el miedo en los ojos de Nicole y no quería volver a verlo. Prefería mil veces verla enfadada, aunque fuera con él, a verla tan abatida.

—No quiero que te preocupes por nada. Sé que Derek y Jared moverán cielo y tierra para encontrarnos si desaparezco.

—Sí, pero tal vez sea demasiado tarde —interrumpió Nicole.

—Por eso no nos vamos a quedar aquí esperando.

—Shh.

Ambos se miraron desconcertados cuando oyeron el ruido. Se quedaron en silencio esperando que se repitiese y, cuando lo oyeron de nuevo, descubrieron que provenía de un pequeño

ventanuco abierto en la puerta.

—*Aloha*. ¿Sois vosotros los extranjeros? —Una voz femenina y delicada salía a través de la pared.

—Sí, ¿quién eres tú?

—Eso no importa pero podría ayudaros a salir de aquí.

—¿Por qué querrías hacer eso?

—No tenemos tiempo para explicaciones. Ahora mismo los guerreros más importantes están reunidos en el consejo decidiendo qué hacer con vosotros y el resto está celebrando la cena en honor a la diosa Pele. Cuando acabe la reunión mandarán a alguien a vigilaros y entonces me será imposible llegar hasta vosotros. Voy a sacaros de aquí, pero antes tenéis que prometerme una cosa.

—¿Qué? —contestaron los dos al unísono.

—Que vais a llevarme con vosotros.

Devlin quería respuestas, pero no pensaba desaprovechar esa oportunidad que les brindaba el destino, y no iba a acosar a la mujer con preguntas que la hicieran echarse atrás en la decisión de ayudarlos.

—De acuerdo.

Se hizo un profundo silencio y, cuando ya pensaban que la joven los había abandonado, oyeron cómo ella destrababa la puerta.

Nicole se quedó sobrecogida al verla. Era la chica que les había llamado la atención en el salón. De cerca no parecía tan joven. Calculó que debía de tener unos veinte años y una belleza exótica que supuso que algún día destrozaría muchos corazones, pero lo que más llamaba la atención seguían siendo los enormes ojos rasgados que transmitían una pena tan grande que Nicole sintió ganas de consolarla de inmediato.

—No debéis hacer ruido. Si os descubren tratando de huir conmigo vuestro castigo será la muerte o algo mil veces peor.

—¿Sabes cómo salir de aquí? —Devlin no creía que esa muchacha, que parecía necesitar mucha más ayuda que ellos, pudiese sacarlos de allí, pero como tampoco se le ocurría otro plan mejor decidió que merecía la pena intentar lo que ella propusiera.

—Sí. El palacio está lleno de túneles secretos para huir en caso de emergencia, solo necesitamos encontrar uno que nos lleve al mundo exterior y rezar para que nadie nos descubra. Yo iré delante pues, si alguien me ve, siempre me será más fácil distraerlo mientras os escondéis.

—Ni hablar, yo iré delante. Nunca me he escondido detrás de nadie y no voy a empezar a hacerlo ahora. —El tono autoritario de Devlin no daba lugar a ningún tipo de discusión, así que la joven aceptó de mala gana y le indicó el camino que debían seguir.

—De acuerdo. Debemos bajar hasta el sótano, después debemos ir hacia el almacén donde comienza uno de los túneles que puede sacarnos de aquí. Termina en el mundo exterior y los guerreros lo usan cuando necesitan buscar alimentos o cualquier otra cosa de afuera. A las mujeres nos está prohibido usarlo, pero mi padre me ha dicho cómo tenemos que hacer para no perdernos en una de las múltiples ramificaciones.

Devlin tenía ganas de preguntarle por qué su padre no la sacaba de allí si estaba de acuerdo

con la huida, pero decidió dejar las preguntas para otro momento. Ya se iba a poner en marcha cuando la joven le tocó la espalda con timidez. Él giró con lentitud.

—Hay algo más. El almacén está custodiado por dos guardas. Yo puedo distraerlos, pero tú tendrás que reducirlos.

—Eso no será un problema.

Los guardas estaban bebiendo de una jarra oscura mientras jugaban a un extraño juego de mesa. Parecían relajados como si no esperasen ningún contratiempo, pero unas afiladas lanzas descansaban en forma amenazadora a un lado.

Antes de que Devlin pudiese hacer nada por impedirlo, la joven que los acompañaba se adelantó y delató así su presencia.

—*Aloha*. Liholiho me ha mandado a buscar un poco más del néctar de los dioses para la celebración.

Si a ellos les pareció rara la explicación, no lo demostraron. Uno de ellos sacó unas llaves que llevaba colgadas del cinturón y abrió la puerta del almacén.

—Espera aquí, princesa, ahora lo traeré.

El otro guardián la miraba con ojos lascivos.

—Tal vez necesites a alguien que te ayude a llevarla. Una cosita tan delicada como tú no debería cargar peso.

La joven lo miró en forma provocativa mientras lo hacía ponerse de espaldas a Devlin.

—Sabes que tocarme es tabú y está penado con la muerte.

—No, si nadie se entera.

Apenas había acabado la frase cuando Devlin le asestó un fuerte golpe en la cabeza con una pesada jarra de metal, la única arma que había encontrado por el camino.

El soldado se derrumbó en el suelo con pesadez, pero antes consiguió hacer unos sonidos que atrajeron la atención del compañero.

—¿Qué demonios? —Salió de la despensa empuñando una gruesa lanza que dirigía hacia ellos de forma amenazadora.

A Nicole el corazón le latía a mil por hora mientras veía a Devlin enfrentarse a esa enorme masa de músculos con una habilidad que nunca hubiera creído posible en él. Si bien sabía que era un hombre en extremo robusto y ágil, no lo creía tan versado en las técnicas de defensa personal tal como estaba exhibiendo.

El hombre le lanzó unos cuantos ataques certeros, pero Devlin los desvió con gran facilidad. A pesar de eso, la inferioridad de condiciones era obvia. Nicole sacó la lanza del guarda que estaba inconsciente en el suelo para dársela a Devlin, quien le agradeció con un gesto elegante mientras arremetía contra el desconocido.

Nicole se apartó hacia atrás un instante antes de que Devlin le asestase una profunda estocada en la pierna al soldado. Eso lo hizo trastabillar, momento que aprovechó Devlin para darle un fuerte golpe con la jarra de la que habían estado bebiendo unos instantes antes.

—¿Los has matado? —La voz de la joven parecía llena de pesar ante esa posibilidad.

—No, pero si tenemos suerte estarán inconscientes un buen rato, antes de poder dar la voz de alarma.

—Será mejor esconderlos en el almacén para que nadie los vea y cerrar la puerta por dentro. Eso retrasará todavía más a nuestros perseguidores.

Los metieron en el almacén y los ataron con unas cuerdas provenientes de unas bolsas de comida. Después tomaron un par de antorchas y se aventuraron por un estrecho túnel de lava.

El techo del túnel bajaba más y más a cada paso que daban, así que se vieron obligados a agacharse primero y después a ponerse en cuatro patas.

Mientras avanzaban con extrema lentitud, arrastrándose como reptiles, podían sentir el calor de la piedra pasando a través de las entrañas.

—¿Estás segura de que vamos bien por aquí? —Devlin cada vez se encontraba más escéptico sobre el camino que habían tomado—. Hasta ahora no nos habíamos encontrado con un túnel tan pequeño.

—Mi padre me hizo memorizar el camino. Confía en mí y pronto volverás a ver la luz del sol.

Devlin rogó en silencio para que eso fuese cierto. El túnel cada vez se hacía más estrecho y sofocante y se replanteó varias veces dar la vuelta. Solo se contuvo por el hecho de que sabía qué los esperaba si volvían.

Devlin se detuvo en forma tan abrupta que Nicole chocó contra él sin poder hacer nada para evitarlo. El túnel daba paso a una inmensa galería. El único problema era que se encontraban al borde de un precipicio.

Un puente muy estrecho, construido con unas tablas de madera que a Devlin no le parecieron muy confiables, era la única forma de cruzar. Parecía peligroso e inestable y Devlin decidió que él sería el primero en cruzar.

—Cuando llegue al otro extremo cruzaréis vosotras. Hacedlo de una en una y no os olvidéis de mirar bien por dónde pisáis —les advirtió—. Algunas tablas tienen pinta de estar por completo podridas y podrían romperse con el peso.

Devlin empezó a atravesar el puente con lentitud. Nicole lo observaba en absoluto silencio mientras se retorcía las manos sin parar.

—No te preocupes. Mi padre jamás me habría mandado por aquí si fuese peligroso.

—Aún no te hemos dado las gracias por ayudarnos. Fuiste muy valiente.

—No soy valiente. —Por unos instantes ella pareció avergonzada y Nicole decidió cambiar de tema. Después de todo lo que les había ayudado, no tenía ninguna intención de incomodarla.

—¿Cómo te llamas?

—Kaihulani, pero puedes llamarme Kai.

Nicole le dio un sonoro beso en la mejilla, sin apartar la vista, en ningún momento, del puente.

—Encantada de conocerte. Yo soy Nikki y él es Dev.

Le dijo los nombres de pila pues, con todo lo que estaban viviendo juntos, las formalidades parecían fuera de lugar.

—Ya he llegado. Ahora os toca a vosotras.

Cruzaron de una en una. Primero Kai y después Nicole pero, cuando estaba llegando al final, pisó una tabla que se rompió. Perdió pie y no pudo evitar caer, pero pudo agarrarse en el último momento y evitó así el oscuro vacío que la esperaba en las profundidades.

Devlin corrió hacia ella, no sin antes advertir a Kai.

—Si nos pasa algo sigue adelante. Sal de aquí y busca a un hombre llamado Jared Hamilton. Cuéntale todo, él te ayudara.

Era peligroso meter tanto peso en el puente, pero sabía que Nicole no aguantaría mucho más ahí colgada. Extendió los potentes brazos para alzarla y tiró de ella hacía arriba con todas las fuerzas. Cuando consiguió ponerla de nuevo en el puente ella lo abrazó con fuerza.

—A partir de ahora tú serás mi héroe, pero que no se te suba a la cabeza.

Él sonrió.

Cuando llegaron a la galería vieron que tenían tres posibles caminos de salida. Kai les indicó que debían tomar el del medio. Avanzaron unos cuantos kilómetros hasta que se encontraron con que una pesada roca que bloqueaba el camino.

—¿Estás segura de que era por aquí?

—Sí, tiene que haber una palanca en alguna parte para desbloquear la entrada.

Miraron alrededor, pero nadie encontró nada. Nicole, desmoralizada, se sentó en el suelo. En ese momento notó que algo cedía y entonces la roca empezó a moverse como por milagro.

—Creo que me he sentado encima de la palanca.

—Cariño, tú siempre tan oportuna. —Devlin la premió con un beso rápido en los labios.

Salieron a la luz del sol.

15

Después de pasar tanto tiempo en la oscuridad, los ojos de Nicole y Devlin tardaron un poco en acostumbrarse otra vez a la claridad de la luz solar. Estaban en una pequeña cala desierta, pero a lo lejos se divisaban restos de la civilización que tan bien conocían.

Kai, sin embargo, nunca había visto la luz del sol. Los ojos le escocían con intensidad, pero aun así se negaba a cerrarlos. No quería perder la belleza de ese instante, y tenía miedo de que, si cerraba los ojos, todo aquello desaparecería.

—¿Es aquí donde vivís? No puedo imaginar un lugar más hermoso.

—No, pero mi casa está muy cerca de aquí, en la isla de Oahu. Si lo deseas, a partir de ahora también es tu casa —le dijo Devlin con sinceridad—. Nos has salvado la vida. Sin ti jamás lo hubiésemos conseguido.

—Gracias. Después de cómo os trató mi gente, me sorprende que seáis tan amables conmigo.

—No tienes nada que agradecernos —Nicole le dio un fuerte abrazo. Sabía que, a pesar del deslumbramiento, debía de estar asustada ante ese mundo desconocido y quería apoyarla para que la adaptación fuese lo más rápida posible—. Al contrario, somos nosotros los que te lo agradecemos a ti. Y ahora dejémonos de tanta cursilería y volvamos al yacimiento. Estoy preocupada por Jared y Pat.

—Creo que vosotras dos ya habéis tenido suficientes aventuras por hoy —negó Devlin con la cabeza—. Llamaremos a la policía. Si estamos donde creo, ellos pueden llegar allí antes que nosotros.

Fueron caminando en silencio hasta la casa más cercana y allí pidieron permiso a una señora para usar el teléfono. Devlin llamó a la policía y los puso en conocimiento de los hechos para que fuesen al yacimiento. Después llamó al hotel y mandó a un chofer para que fuese a recogerlos.

Devlin insistió en dejarlas en la seguridad del hotel antes de ir a ver cómo estaban Pat y Jared. Las chicas protestaron un poco, pero Devlin se mostró inflexible y al final tuvieron que ceder.

Cuando Devlin llegó al yacimiento, el jefe de policía le contó un resumen pormenorizado de los hechos, tal y como se lo habían contado los heridos amigos. Devlin se maldijo en silencio por no haberse dado cuenta antes del tipo de persona que tenía como empleado.

—El profesor Martin ha conseguido escapar. Pero no tiene que preocuparse. Pronto lo atraparemos. Hemos distribuido la foto en los aeropuertos y en todos los puertos del archipiélago. Aunque hubiese conseguido salir de la Big Island le sería imposible irse de Hawaii.

Devlin asintió con un gesto casi imperceptible. Más le valía al profesor que lo encontrase la policía antes que él, porque tenía unas enormes ganas de matarlo por haber puesto tantas vidas en peligro por un estúpido tesoro. Además, había matado a Rachel. Sintió una enorme pena por ella y deseó que, antes de morir, ella se hubiese dado cuenta de que él jamás le habría hecho daño.

El jefe de policía también le contó que Jared y Pat estaban vivos y se encontraban en el hospital, aunque no supo especificar la gravedad de las heridas. Devlin le agradeció la rapidez de

la intervención policial; después llamó a una empresa de seguridad privada por si el profesor intentaba volver a robar el tesoro, y se fue enseguida al hospital.

Cuando llegó, una amable enfermera le informó que Jared estaba siendo operado en ese mismo momento y que Pat se recuperaba en una habitación de un fuerte traumatismo craneoencefálico que no revestía mayor complicación. Como no podía hacer nada por Jared, fue a la habitación de Pat.

—¡Estás vivo! —Pat intentó levantarse de la cama para saludarlo, pero un fuerte mareo la hizo volver a acostarse otra vez.

Devlin se acercó a ella y le dio un fuerte abrazo.

—Sí, tanto Nicole como yo estamos bien. Siento haberos metido en esto. Nunca debimos bajar allí solos —se disculpó.

—¿Estás de broma? Ahora que sé que estamos todos bien puedo decir sin lugar a dudas que ha sido una de las aventuras más emocionantes de mi vida. Es una pena que no tenga nietos para contársela. Me encantaría verles las caras cuando les contemos cómo Jared y yo le plantamos cara a ese gusano de Martin. Si no hubiera tenido una pistola, a estas horas estaría él en mi lugar.

Devlin, con un poco menos de entusiasmo, la puso al día de las aventuras con Nicole, obviando algunos cuantos detalles. No quería hablarle a nadie de Kai y del mundo subterráneo sin antes pedirle permiso. Si ella quería conservarlo en secreto, él la ayudaría.

A media tarde Jared salió del quirófano y, apenas un par de horas después, ya estaba despierto para poder hablar con Devlin.

—Me alegro de que estés bien. No te puedes imaginar la impotencia que sentí cuando vi que ese pequeño bastardo cortaba la cuerda. —La voz sonaba angustiada y Devlin intentó tranquilizarlo con una sonrisa.

—No tienes nada de qué preocuparte. Ahora todos estamos a salvo.

—Todos menos Rachel.

—Le haré pagar por ello, créeme. Nuestro querido profesor Martin va a pudrirse en la cárcel los años que le queden de vida, aunque tenga que gastar hasta el último centavo de mi fortuna para asegurarme.

—Lo sé.

—¿Y tú? —bromeó Devlin en un intento por relajar un poco el ambiente—. ¿Cuánto tiempo piensas quedarte aquí fingiendo que estás enfermo para seducir enfermeras? ¿Has visto a la morena? No te quitaba ojo de encima mientras te cambiaba la bolsa de suero.

—No le hagas caso a este bruto insensible. —La voz de Nicole llegó como un chorro de aire fresco desde la puerta.

—Os dije que os quedarais descansando en el hotel —les recriminó Devlin—. ¿Por qué nunca te puedes quedar donde se te dice, Nikki?

—Porque no soy un florero. Hablando de floreros, te hemos traído estas orquídeas para alegrar un poco la habitación. Las pondré aquí —dijo mientras las dejaba encima de la mesilla.

Le dio un suave beso a Jared en la mejilla, pero él no le prestaba atención. Tenía la vista clavada en la criatura que acompañaba a Nicole. Parecía un ser de otro mundo, con una belleza más propia de un hada de cuento que de una mujer de carne y hueso.

Kai le sonrió con timidez mientras se ruborizaba desde las puntas de los pies hasta las cejas. No estaba acostumbrada a que los hombres la mirasen de una forma tan abierta. En su pueblo estaba prohibido. Ningún hombre, salvo el regente o su hijo, podía mirarla a los ojos en forma directa a menos que ella les diese permiso para hacerlo.

—Gracias, Nikki —logró balbucear Jared—. ¿Quién es esta belleza que te acompaña?

Devlin se adelantó y contestó la pregunta.

—Kai es una amiga de Nicole. Cuando estemos en casa ya tendrás tiempo de conocer su historia. Y deja de mirarla así, la estás avergonzando.

—No es cierto —protesto él, pero disfrutaba del rubor de la joven.

Hablaron y bromearon hasta que la enfermera vino a echarlos con la excusa de que el paciente necesitaba descansar si quería recuperarse. Antes de irse, Nicole fue a la habitación de Pat y le obsequió otro precioso ramo de orquídeas.

Una semana después seguían sin tener noticias del profesor Martin. Devlin había contratado a los mejores detectives de los Estados Unidos pero, hasta el momento, no habían conseguido obtener ningún resultado satisfactorio.

Pat y Jared ya habían salido del hospital y este último se recuperaba con rapidez en casa de Devlin, gracias a los amorosos cuidados de Kai y Nicole. Fue entonces cuando se produjo el gran acontecimiento.

Estaban todos viendo la televisión después de cenar en el salón. Devlin hubiese deseado un momento más íntimo para hacer lo que tenía en mente, pero viendo la jaula de grillos en que se había convertido la casa en los últimos días, tenía que conformarse con lo que había. Era eso o nada.

Se acercó a Nicole y le pidió con discreción que le acompañase a la terraza.

—Hemos tenido una semana muy ajetreada con la recuperación de Jared y la catalogación del tesoro del rey Kamehameha para el museo —empezó él con un preámbulo para ganar tiempo hasta encontrar las palabras adecuadas en algún lugar de la cabeza.

—Ajá.

—¿Ajá? ¿Qué clase de contestación es esa?

Nicole le acarició la cara con suavidad.

—Lo siento, cariño, estaba centrada en las noticias de la televisión. Pero te prometo que ahora tienes toda mi atención. ¿Qué decías?

Devlin soltó la frase a bocajarro.

—Quiero que te cases conmigo.

—Mi jefe me va a matar.

Desde luego, esa no era la contestación que Devlin esperaba oír.

—Deja de escudarte en tu trabajo. A tu jefe le encantaron los tres artículos que le mandaste esta semana y sabes que si quieres puedes seguir trabajando para el periódico desde aquí. Solo necesitas una conexión a internet. Y si tu jefe no está de acuerdo, no me importa. Puedo comprar el maldito periódico si me da la gana.

Él la rodeo por la cintura y la atrajo contra el pecho.

—Nikki, hazlo fácil. Di que sí. Sabes que es la única opción que voy a darte. Esta vez no voy a dejarte escapar.

—Sí —dijo Nicole con sencillez mientras sellaba la promesa con un beso.

Apenas se habían despegado cuando advirtieron tres pares de ojos que los miraban con curiosidad desde dentro del salón. Devlin intentó protestar un poco por esa pequeña intromisión en la intimidad pero nadie le hizo caso, así que desistió. Jared, Kai y Pat fueron los primeros en felicitarlos.

—¿Cuándo será la boda? Espero que os caséis en Hawaii, no querría perderme esto por nada del mundo. —Pat, fiel a su estilo de ametralladora desbocada, hacía las preguntas en forma atropellada mientras se deshacía en efusivos abrazos con Nicole y el jefe—. Tienes que dejarme participar en la despedida de soltera.

—No habrá despedida de soltera —declaró Devlin tajante.

—Por supuesto que la habrá. —Jared parecía divertirse mucho con esta parte de la conversación y Devlin tuvo que aguantarse las ganas de pegarle un fuerte puñetazo en la mandíbula—. Y también va a haber despedida de soltero. Derek va a odiarse por haber cancelado el viaje.

—Tenía negocios importantes. Y nadie va a organizar ninguna despedida.

—Claro que sí. —Jared estaba tan ofendido que nadie se atrevió a contrariarlo—. Sabes que adoro las despedidas y nada en el mundo, ni tan siquiera tú, me va a impedir disfrutar de una.

—¿Cuándo va a ser la boda? —preguntó Kai, que hasta ese momento había permanecido en un discreto segundo plano.

—Pasado mañana. Lo arreglaré todo para que podamos casarnos a primera hora.

—¿Pasado mañana? —protestó Nicole—. Pero no vamos a tener tiempo de organizar nada.

—Será una ceremonia sencilla. Más adelante, si quieres, podemos celebrar una fiesta o algo así, con todos los invitados que puedas traer.

—No tengo vestido. —Las protestas de Nicole sonaban débiles incluso a sus propios oídos y Devlin tuvo la certeza de que había ganado la batalla.

—Te compraremos uno.

—Pues Kai yo vamos a organizar la despedida de soltera más salvaje y divertida que te puedas imaginar. —Pat no se dejó amilanar por la oscura mirada de Devlin cuando escuchó la palabra «salvaje»—. Será mañana a la noche, así que no hagas otros planes.

Nicole apenas tuvo tiempo de asentir antes de ver cómo Pat arrastraba a Kai por un brazo y juntas desaparecían por la puerta mientras cuchicheaban todo tipo de ideas descabelladas.

—Aún estás a tiempo de cancelarlo. —Nicole miró a Devlin con un atisbo de esperanza en los ojos que se disolvió cuando él la interrumpió.

—No habrá cancelación ni retrasos, ya hemos esperado demasiado tiempo.

Con ese argumento Nicole se tuvo que mostrar de acuerdo. Devlin se acercó y le dio un cálido beso en los labios.

—Y deja ya de preocuparte por los pequeños detalles. Llamaré a las mejores tiendas de la isla para que te traigan a la habitación del hotel los mejores diseños. Seguro que, elijas el que elijas, vas a ser la novia más radiante de todo el globo.

—A mi madre le va a dar un ataque. —La idea pareció divertir a Nicole. Aunque adoraba a su madre, le causaba satisfacción hacerle pagar todos los años que llevaba presionándola para que se casara con cualquier cosa que llevase pantalones y le diera unos nietos rollizos y saludables—. Tendrás que hablar tú con ella.

—Cobarde —acuso él.

—He de reconocer que, cuando se trata de mi madre, soy una completa cobarde y no me avergüenza reconocerlo.

—Está bien, hablaré con ella. Pero no sé dónde está el problema, siempre le he caído bien y siempre ha querido casarte, así que solo hay que sumar dos y dos para ver que la voy a hacer la mujer más feliz del mundo.

—Es una madre. —Nicole hablaba como si eso fuese explicación suficiente, pero viendo que Devlin seguía sin entender nada le aclaró un poco más la situación—. A las madres les gusta organizar estos eventos con mucho tiempo de antelación, llamar a todos los conocidos y planear todo con mucho, muchísimo detalle.

—Pues esta vez va a tener que aguantarse.

Devlin siempre había caído bien a las mujeres y la madre de Nicole no era ninguna excepción. Hablaría con ella y le prometería una fiesta como Dios para manda más adelante, pero ahora tendría que dar la aprobación, tanto si le gustaba la idea como si no. Y, por supuesto, si deseaba venir a la boda Devlin pondría a disposición el jet privado, pero más le valía llegar temprano y no perder el tiempo con excusas tontas, porque no iba a retrasar la boda ni un minuto más de lo necesario por poner en orden todos los permisos.

—Me voy corriendo a llamar a Derek, ya se ha perdido este... —Jared tuvo que pensar unos instantes para encontrar las palabras adecuadas—... acontecimiento y estoy seguro de que no querrá perderse la despedida de soltero.

—Ya te he dicho que no va a haber ninguna despedida.

Jared desechó esa idea como si no la hubiese oído. Si su amigo quería casarse tendría una despedida de soltero aunque tuviese que atarlo para llevarlo a ella.

16

Nicole estaba nerviosa. Cuando se fue a vivir a San Francisco, perdió todos los lazos que tenía con el pasado y eso implicaba perder también las pocas amigas que había tenido en la juventud, así que nunca había estado en una despedida de soltera. Y dentro de un escaso par de horas iba a empezar la suya.

Rogaba a Dios que Pat no la avergonzase ni trajera a un chico musculoso para hacer un *strip-tease* aunque, conociéndola, le parecía muy probable fuera eso lo que pensaba hacer. Se moría de vergüenza solo de pensarlo. La única opción que le quedaba era confiar en que Kai refrenase un poco los locos impulsos de Pat, de lo contrario ya podía darse por perdida.

Empezó a arreglarse pero no tenía ni idea de qué demonios ponerse para semejante acontecimiento. ¿Cómo se vestía una para la noche más embarazosa de la vida? No quería ponerse nada demasiado provocativo y dar así rienda suelta a las fantasías de Pat para esa noche, pero tampoco quería parecer una santurrona recién salida de un convento.

Después de probarse medio armario tres o cuatro veces, por fin se decidió por unos vaqueros estrechos de Citizens of Humanity y una camisa negra ajustada de Christian Audigier. Se aplicó un poco de maquillaje y se recogió la melena rubia en un moño alto. Se miró al espejo y le devolvió una imagen demasiado formal, así que se soltó algunos mechones para que cayesen con gracia sobre la cara. Se volvió a mirar y ahora sí se encontró perfecta.

—Estás preciosa. —Devlin acababa de salir de la ducha. Todavía estaba mojado y a Nicole se le ocurrieron formas mucho más interesantes de pasar esa noche que la dichosa despedida de soltera. Por desgracia para ella, tendría que dejarlas para más tarde.

—¿No me ves demasiado normal?

—Tú nunca podrías estar normal. Siempre estás perfecta, cariño, y esta vez tampoco es una excepción. —Devlin se acercó a ella por detrás y le mordisqueó el cuello con suavidad.

—Dices eso porque te vas a casar conmigo mañana y quieres que esté de buen humor. —Nicole estiró el cuello facilitándole así el acceso al punto débil.

—Cariño, por muchas ganas que tenga de hacerte el amor, no vas a conseguir distraerme y evitar tu despedida de soltera.

—Tenía que intentarlo —contestó Nicole, resignada.

—Debería darte vergüenza —bromeo él—. Pat y Kai se han tomado muchas molestias organizándolo todo.

Devlin se preparaba para la despedida que le estaba organizando Jared, y Nicole esperaba que pasase tanta vergüenza como ella. Después de todo, él tenía la culpa de todo lo que iba a pasar. Si hubiese organizado una boda como Dios manda, habría podido evitar esa horrible situación. Habría tenido tiempo de buscar alguna excusa tonta, cualquier cosa antes de enfrentarse al ridículo.

—Deja de fruncir el ceño, Nikki —dijo él y la acarició el brazo de una forma muy sugerente

mientras hablaba—. Ya verás que no es para tanto. Si le pones un poco de ganas e imaginación, puede que hasta te sorprendas y te diviertas.

—Eso lo dices tú que no tienes a la loca de Pat intentando volver tu vida del revés en una sola noche.

—Si la cosa se desmadra mucho, llámame. Llevaré mi celular conectado todo el tiempo.

Lo decía en serio y eso consiguió alertar todavía más los ya de por sí destrozados nervios de Nicole.

Cuando Pat fue a recogerla, le dijo a Devlin que no esperase a Nicole de vuelta esa noche, que traía mala suerte que el novio viese a la novia antes de la boda, así que, para respetar la tradición, Nicole y Kai dormirían esa noche en la casa de Pat.

Devlin, en un principio, se negó y refunfuñó, pero como Nicole estuvo por completo de acuerdo en seguir esa estúpida tradición, al final tuvo que darse por vencido.

Antes de dejarlas marchar, le dio a Nicole una tarjeta con el teléfono del chofer. Si bebían debían llamarlo para volver a casa y, en ningún caso, ponerse al volante del coche después de haber tomado la primera gota de alcohol. Nicole se sintió como cuando tenía quince años y su madre le inculcaba las normas que debía seguir si quería salir por la noche.

Subieron en el destartalado Chevrolet de Pat y tardaron diez minutos exactos en conseguir que arrancase el motor.

—Lo siento, pero es lo único que le pude sacar a mi primer marido después del divorcio. Tendría que haberlo cambiado hace tiempo, pero por alguna extraña razón me he encariñado con él.

—Una vez que consigues arrancarlo, parece bastante seguro.

Pat empezó a reírse como si hubiese contado el chiste más gracioso del mundo.

—Eso sí que ha sido bueno, Nikki. Me encanta tu sentido del humor.

Diez minutos más tarde llegaron a un bar con un descomunal cartel en la puerta cuyas enormes letras rosas de neón dejaban leer el nombre: «El demonio azul». Como el nombre indicaba, era un antro de mala muerte, lleno de humo, ruido y chicas ya muy borrachas y descontroladas que gritaban todo tipo de obscenidades. Todas ellas estaban mirando a un musculoso joven que se acariciaba una y otra vez todo el cuerpo, vestido solo con un mini tanga rojo y negro, que apenas lograba ocultar ningún detalle de la portentosa anatomía. Mientras, dos chicas por completo entregadas lo embadurnaban con un líquido pringoso y gelatinoso de un sospechoso color rosa fucsia.

—Esto es peor de lo que me había imaginado —dijo Nicole quien, apenas había puesto un pie dentro del local, ya tenía unas enormes ganas de salir corriendo a cualquier parte.

—No seas aguafiestas, Nikki. Tienes que pasártelo bien. Es tu obligación, después de todo es tu despedida de soltera y, si todo sale bien, será la única. Así que será mejor que la aproveches. —Pat le guiñó un ojo con descaro.

Nicole se comprometió a cambiar de actitud. Después de todas las molestias que se había tomado Pat por organizarlo todo, era lo menos que podía hacer.

—Prometo ser la chica más divertida de la fiesta, pero no puedo quedarme hasta muy tarde. Mañana me caso y no quiero salir en las fotos con unas ojeras que me lleguen hasta el suelo.

—Uff. —Pat la miró como si fuera un caso perdido y, sin mediar palabra, la empujó con firmeza para que siguiese avanzando hacia la mesa que les correspondía.

Pat había reservado una mesa en la primera fila, junto al escenario, y en ella estaba esperando Kai, que parecía tan fuera de lugar allí como ella misma, junto con unas cuantas amigas que Pat había invitado para animar la noche.

Nicole no conseguía apartar los ojos del pobre bailarín y se imaginaba cómo se sentiría al ser considerado por las mujeres del local como un simple trozo de carne para divertirse. Se ordenó con la mente, por milésima vez, desterrar de la cabeza esos absurdos pensamientos si no quería estropear por completo la velada.

Pidieron una ronda de caipiriñas y un chupito de tequila para empezar a calentar la noche.

—Será mejor que cierres la boca, Nicole —bromeó una de las chicas—. Ya estás empezando a babear con el bailarín.

El camarero les trajo las bebidas y unos entrantes variados que no tenían demasiada buena pinta. A pesar de eso, fueron devorados casi al instante.

—No sé de qué son, pero están buenísimos, sobre todo esa especie de rebozado con forma de falo —dijo Kai con inocencia, mostrándolo antes de comerlo.

—Si quieres seguir tomándolos es mejor que vivas en la ignorancia y sigas sin conocer los ingredientes. La fama de este sitio no se debe a la calidad de los platos.

—¿En verdad el arroz es de color azul o ya se me han subido las caipiriñas a la cabeza? —preguntó una de las chicas mientras daba vueltas al plato de arroz con un tenedor.

—Sí, es azul —reconoció Nicole mientras miraba con ojos desorbitados un plato de comida con formas que iban desde un pene hasta unos pechos talla XXL—. Nunca me imaginé que hubiese tanta variedad de cocina erótica.

—Pues espera a ver los postres, son la especialidad de la casa. Los hay de todas formas, colores y sabores.

Nicole tembló solo de pensarlo.

A la cuarta ronda, Nicole ya estaba integrada en pleno en el variado grupo. Después de todo, una despedida de soltera no resultaba tan mala idea.

La cabeza comenzaba a darle vueltas cuando Pat sacó con gran ceremonia una pequeña bolsa plateada de debajo de la silla.

—Tenemos que hacer un brindis. —Pat se levantó con la copa en la mano y al hacerlo casi volcó todo el contenido de la mesa. Por fortuna, todo lo que estaba encima de la mesa volvió en forma misteriosa al lugar que correspondía sin mayores contratiempos.

—Por la chica con más suerte que conozco, que ha atrapado al soltero más excitante y rico que yo haya visto nunca en este asqueroso planeta.

Nicole se sorprendió por el vocabulario subido de tono que Pat estaba mostrando esa noche, pero las amigas no se dejaron impresionar y corearon el brindis entre risas y bromas.

—Y ahora, Nikki, te vamos a hacer entrega de unas cosas que toda mujer debe poseer antes de casarse. —El tono de Pat era por completo solemne, como si fuese el mismísimo presidente de los Estados Unidos y estuviese a punto de hacerle entrega de una medalla en la Casa Blanca.

La cara de Nicole se puso roja como un tomate cuando la doctora sacó un enorme vibrador

plateado con imitaciones de brillantes incrustados y lo puso encima de la mesa, sin ningún disimulo.

—Esto te ayudará a superar las largas noches de insomnio cuando tu queridísimo Devlin esté trabajando. A mí me regalaron uno cuando me casé y me duró más que mi primer marido. —Todas se pusieron a reír en forma estrepitosa y atrajeron sobre ellas las miradas de las chicas que ocupaban las mesas más cercanas.

También le regalaron un conjunto de lencería comestible con sabor a fresa que destacaba por la poca tela que habían empleado en confeccionarlo. Nicole pensó que, si algún día se lo ponía, a Devlin le daría un infarto.

Cuando ya creyó que todo había acabado, Kai sacó otra bolsa idéntica a la anterior de debajo de la silla. En ella había: unas esposas forradas en tela con estampado de tigre, un látigo al más puro estilo Indiana Jones y un pequeño pene que saltaba de un lado a otro, sin parar, cuando se le daba cuerda.

—El bailarín no te saca el ojo de encima. Si quieres podemos llamarlo para que se acerque aquí y nos haga un pasecito privado.

Nicole sintió unos enormes escalofríos recorriéndole la espalda solo de pensar en que se acercase a ella con la cantidad de bacterias que debía de tener en todo cuerpo, después de que numerosas féminas le chupasen los restos de nata y gelatina que se había puesto minutos atrás.

—Creo que tú deberías lanzarte primero para dar ejemplo, Pat —la desafió Nicole en un intento por desviar la atención de sí misma.

—De acuerdo —aceptó Pat—, pero tienes que prometerme que tú serás la siguiente.

Antes de que Nicole pudiese responder, Pat se levantó y llamó a uno de los bailarines que estaban dispersos por el salón con un gesto sensual de la mano.

Él se acercó con una sonrisa y permitió que Pat le pusiera un par de billetes en el abultado tanga mientras lo manoseaba en forma ostentosa.

A cambio de tan generosa propina, la premió con un pequeño baile erótico consistente en restregar todo el cuerpo contra el de ella. A Nicole le recordó a la gata de su madre cuando estaba en celo. La seria doctora resultaba una auténtica caja de sorpresas.

Después de bailar con Pat, el joven, envalentonado por la desmedida reacción, pasó por todas las chicas de la mesa, quienes fueron metiéndole billetes en el tanga mientras él repetía los mismos movimientos una y otra vez con cada una de ellas. Hasta Nicole tuvo que reconocer que, después de unas cuantas copas, todo ese ajetreo resultaba por demás divertido.

—¿Después de aquí a dónde iremos?

—Directas a casa de Pat. Por si lo has olvidado Kai, me caso mañana y no quiero acostarme muy tarde.

—Por eso mismo debes aprovechar al máximo esta noche —la recriminó—. Mi gente nunca hace estas cosas tan divertidas. Ojalá me hubiese escapado antes.

—¿Escapado? ¿De dónde te has escapado tú? —preguntó Pat con el entrecejo arrugado pues intentaba desenmarañar la tela de araña en que se le había convertido la mente después de tantas copas de alcohol.

Kai miró nerviosa a Nicole pues no sabía qué contestar y ella acudió en ayuda de Kai con

rapidez.

—De su novio. Están peleados y ambas creímos que lo mejor era que se alejase un poco para descubrir qué quería hacer en realidad con la relación. —Se sintió como una serpiente rastrera por mentir a la doctora, después de todo lo que había hecho por ella, pero se justificó a sí misma pues sabía que lo hacía por una buena causa. Devlin, Jared, Kai y ella misma habían decidido que lo mejor era mantener el secreto de la vida de Kai tanto tiempo como fuese posible.

—No me extraña, Kai. Todos los hombres son unos cerdos. No sé qué te ha hecho a ti el tuyo, pero seguro que fue una decisión correcta venir a pasar unos días con Nicole. —La doctora volvió a levantar la copa y esta vez tiró la mayor parte del contenido en el intento—. Un brindis por Kai y por el valor de dejar atrás a ese hombre para caer en nuestras maternales manos. No te preocupes por nada, preciosa, nosotras vamos a cuidarte muy bien.

Todas se sumaron al brindis con entusiasmo y pidieron una nueva ronda de caipiriñas y otro chupito de tequila.

Nicole empezó a encontrarse un tanto mareada, a pesar de que había bebido bastante menos que las compañeras de mesa. Así, decidió salir un momento a la terraza para respirar aire fresco. Kai insistió en acompañarla, pero ella se negó con vehemencia. Sabía que Kai se estaba divirtiendo mucho y no quería aguarle la fiesta.

—No te preocupes, volveré enseguida. —Le puso una mano en el hombro y la empujó para que se sentase de nuevo—. Solo necesito que me dé un poco el aire y enseguida estaré como nueva. Esta última ronda de tequilas ha sido mortal.

Se levantó con dificultad y fue hacia la salida haciendo eses. La terraza estaba del todo vacía y Nicole agradeció el silencio y la tranquilidad que le ofrecía. No se había dado cuenta de lo molesta que era la música tan alta hasta que dejó de oírla.

Se sentó en el muro del bar y miró hacia el mar, pero giró sobresaltada cuando una sombra salió sin previo aviso de alguna parte detrás de ella.

—Lo siento, ¿te he asustado? —Uno de los bailarines se sentó al lado. Demasiado cerca de ella para su gusto. Los muslos desnudos y aceitosos de él rozaban los de Nicole. Se separó unos centímetros con discreción para que él no lo notara.

—No, no te preocupes. Solo estoy descansando un poco de tanto ajetreo y por un momento me he quedado ida pensando en mi mundo.

Él puso cara de entenderla bien.

—Lo sé, yo tampoco aguantaba más tanto jaleo. Por lo general no hay tanta gente los días de semana, pero hoy parece que todo el mundo se ha puesto de acuerdo para venir a celebrar aquí la despedida de soltera.

—¿Hace mucho que trabajas aquí? —A Nicole le pareció por completo inofensivo, así que pensó que un poco de conversación no haría ningún daño.

—Un par de meses. Durante el día tengo que ir a la universidad así que no me quedan demasiadas opciones para encontrar un trabajo con el que pagarme los estudios.

—Sé lo duro que es estudiar de día y trabajar por la noche. Yo me pagué mi primer coche trabajando en una cafetería por las noches, al salir de clase. —Nicole sonrió al recordarlo.

—Lo es.

—¿Qué estudias?

—Medicina. Me gustaría especializarme en ginecología, me gusta mucho tratar con mujeres.

Nicole miró la expresión divertida con que dijo esto y supo que estaba bromeando.

—No, en serio. ¿Qué especialidad te gustaría escoger?

—Aún no lo sé. Me gusta mucho la cirugía, pero necesito mantener la media muy alta y no sé si seré capaz.

—Si de verdad es lo que te gusta y estudias lo suficiente, seguro que lo conseguirás.

Se quedaron unos minutos en completo silencio, contemplando el mar, cada uno absorto en sus propios pensamientos, hasta que él habló de nuevo.

—¿Y tú qué haces aquí? ¿Has venido a la despedida de alguna amiga?

—Es la mía.

—Debí imaginar que una chica tan bonita como tú debía de estar comprometida. —Puso una expresión contrariada—. Si quieres, puedo llevarte arriba y hacerte pasar una noche inolvidable. Tal vez, después, puedas enseñarle algo a tu futuro marido.

A Nicole le hizo mucha gracia la proposición pues venía de un joven al que debía de llevarle más de diez años, pero no lo demostró por miedo a que él se ofendiera.

—Eres muy amable, pero no creo que a mi futuro marido le parezca una buena idea.

Él la miró en forma directa a los ojos y supo que no iba a conseguir nada con ella, así que se despidió con cortesía y se alejó con una actitud que intentaba salvaguardar el orgullo que aún le quedaba.

Nicole se quedó sentada un rato más para disfrutar la tranquilidad. Ya iba a meterse dentro del bar cuando algo duro se le clavó en la espalda.

—Gírate muy despacio y no se te ocurra hacer ninguna tontería.

Nicole tembló al oír la conocida voz del profesor en la espalda. Giró con lentitud y se encontró con el cañón de una pistola que le apuntaba directo al corazón.

—¿Qué haces aquí?

—Devlin no me ha dejado otra opción. Todo el mundo me está buscando, no puedo ni asomar la cabeza fuera de mi escondite sin temer que alguien vaya a reconocerme y delatarme. Además, no estoy dispuesto a largarme sin el tesoro. Es mío, me lo he ganado.

—Así no vas a conseguir nada —dijo Nicole y señaló la pistola con la cabeza—. Es mejor que te entregues antes de que hagas más daño.

—Voy a llevarte como rehén. —Él parecía muy seguro de sí mismo, aunque Nicole sabía que ese plan estaba abocado al fracaso. Toda la policía de Hawaii estaba tras de él y tarde o temprano lo iban a atrapar. Solo esperaba que no fuese tarde para ella.

—¿Y si me niego a ir contigo?

—Entonces tendré que matarte aquí mismo, o tal vez entre dentro del bar y mate a alguna de las zorras con las que te estás divirtiendo.

Los ojos del profesor la observaban vidriosos. Tenía la expresión de un loco salvaje y Nicole no dudó ni por un instante que sería capaz de cumplir esas amenazas en cualquier momento.

17

La despedida de Devlin estaba en pleno apogeo cuando sonó el teléfono celular; era la décima llamada que recibía esa noche. Todo el mundo quería felicitarlo por la próxima boda, y muchas de las modelos que habían soñado con cazarlo tras la muerte de Rachel hacían mohines mientras le preguntaban si estaba por completo seguro del paso que iba a dar.

Tenía que reconocer que, al principio, la idea de la despedida le había gustado tan poco como a Nicole, pero volver a estar con Jared y Derek, hablar de forma distendida mientras tomaban copas como en los viejos tiempos, le había despertado recuerdos que creía olvidados.

Para la despedida, Jared había alquilado uno de los mejores locales de Oahu. Lo había llenado de bailarinas y modelos semidesnudas que se lucían y cotoneaban en forma sensual entre las amistades masculinas.

Devlin estaba sentado en un taburete de la barra rodeado por dos bellas muchachas a las que no hacía el menor caso, cuando Derek se acercó a él trayéndole un whisky solo.

—Tienes que beber un poco Dev, después de todo es tu fiesta.

Devlin tomó el vaso y bebió hasta dejarlo casi vacío. Una de las chicas, atrevida, le puso la mano en la rodilla y empezó a subirla con lentitud. Él la separó con el brazo antes de que fuese más allá, e intentó que el gesto no fuese demasiado brusco.

—¿Por qué no vais a divertiros un poco por ahí, chicas?

A ellas no les gustó mucho la idea de irse e intentaron protestar, pues ellos eran dos de los hombres más atractivos de la fiesta, pero cuando Devlin posó una oscura mirada sobre ellas decidieron obedecer.

—No debiste haberlas espantado de esa forma. Eran muy bonitas, sobre todo la más baja —dijo Derek mirándoles el trasero mientras se alejaban.

—Todas para ti. Yo ya estoy servido.

—Nunca creí que volverías a dar el paso, pero me alegro de haber podido venir. Es una fiesta fantástica.

Devlin miró alrededor saludando cuando la mirada se cruzaba con la de algún amigo.

—Tengo que reconocer que Jared ha hecho un trabajo magnífico organizando todo esto en tan solo unas pocas horas. No entiendo cómo ha podido traer a tanta gente habiendo avisado con tan poco tiempo.

El aludido se unió en ese momento a ellos.

—¿Se puede saber qué hacéis los dos aquí, hablando como dos vejestorios, cuando tenéis una habitación llena de chicas impresionantes que se irían con vosotros con solo hacer un gesto con la mano?

—Podría hacerte la misma pregunta, Jared, pero creo que ya conozco la respuesta —contestó Devlin, socarrón.

En la semana que Jared llevaba en la casa de Devlin parecía haber tomado mucho apego a Kai

y, si Devlin no estaba muy equivocado, pronto habría otra boda. Cuando esos dos estaban juntos parecían saltar chispas en la habitación. Solo faltaba que ellos mismos se dieran cuenta de ello y pusieran remedio.

—Buena observación —contestó Jared, sin dar más explicaciones—. ¿Creéis que nos estamos haciendo mayores?

Derek resopló.

—Tal vez vosotros os estéis haciendo mayores, pero yo voy a conocer a esa pelirroja de la pista de baile. Si se mueve la mitad de bien en la cama que en la pista seguro que pasaré una noche inolvidable.

Miró a los amigos como si fuesen un caso perdido y desapareció en el medio de la gente.

—¿Qué crees que están haciendo Nicole y Kai en este momento? —Por fin Jared dijo lo que llevaba dándole vueltas en la cabeza toda la noche.

—No sé —respondió Devlin, despreocupado—. Pat era la que organizaba la despedida de soltera, así que tal vez estén en su casa tomando Coca-Colas y viendo alguna película lacrimógena.

—No entiendo cómo puedes estar tan tranquilo sin saber qué está haciendo Nicole. ¡Vas a casarte con ella! Deberías estar un poco más... no sé..., intranquilo.

Devlin se rió, mientras terminaba el vaso de whisky.

—La que a ti te preocupa no es Nicole.

—Sí —admitió Jared—, estoy preocupado por Kai. Es normal. Ella es de otra cultura y tal vez no entienda cómo funcionan las cosas por aquí.

—Puede que su mundo nos parezca diferente, pero en el fondo las relaciones entre hombres y mujeres son igual de complicadas en todas partes. Parece una chica lista, así que deja de preocuparte.

El teléfono de Devlin volvió a vibrar en el bolsillo de la chaqueta. Miró la identificación de llamada y vio que era el número de Pat. El corazón empezó a latirle a mil por hora. Antes de descolgar ya sabía que había pasado algo malo.

—¿Qué quieres decir con que habéis perdido a Nicole? —La voz de Devlin sonó como un trueno en medio de la música—. Una mujer adulta no desaparece así como así.

—Tal vez no sea nada y vuelva enseguida. —La voz de Pat sonaba temerosa y agitada por el teléfono—. Pero estoy preocupada. Salió un momento a tomar aire hace media hora y no ha vuelto. He puesto patas arriba el local, pero no hay ni rastro de ella.

—¿Dónde estáis?

Pat le dio la dirección y Devlin se levantó sin decir nada.

—Voy contigo.

En apenas diez minutos llegaron al local. La música estaba apagada y todas las luces permanecían encendidas. Apenas quedaba gente, solo unos cuantos camareros que recogían las mesas y un par de bailarines que tomaban la última copa antes de cerrar. Devlin buscó a Pat con la vista y la encontró junto a una Kai llorosa.

—Lo siento. —Kai se acercó a Devlin y lo abrazó por la cintura, mientras unos lagrimones se deslizaban por la cara—. Fue culpa mía. Tendría que haberme ido con ella, pero dijo que estaría

bien.

—Kai, no es culpa de nadie —la tranquilizó Devlin—, pero necesito que estés calmada para poder contármelo todo. Cualquier detalle puede ser importante.

—Tal vez se haya ido a casa —sugirió una de las amigas de Pat.

—Ella nunca se hubiese ido sin avisar primero.

Devlin escuchó atento el resumen de la noche. Después interrogó a los camareros y a los bailarines que quedaban en el local. Ya estaba a punto de darse por vencido cuando habló con el que había estado con Nicole en la terraza.

—¿Estás por completo seguro de que no viste a nadie merodeando por ahí antes de irte?

—En ese momento no vi a nadie, pero una hora antes salí a fumar un cigarrillo y vi a un hombre merodeando por ahí. Lo recuerdo, porque aquí solo se permite la entrada a clientas femeninas y me pareció raro. Parecía estar buscando a alguien, pero cuando me vio se fue antes de que pudiese preguntarle nada.

—¿Pudiste verlo bien?

Una grave sospecha comenzó a formarse en el interior de Devlin y rogó en vano para que los peores temores que tenía no se confirmaran.

—Era mayor. No muy alto. —Calló un momento mientras intentaba recordar algo que fuese de utilidad—. Tenía el pelo blanco, muy alborotado y una nariz muy grande. Era como una caricatura de esas que se ven en los dibujos animados de la televisión.

18

Nicole siguió al profesor, a punta de pistola, hasta una zona oscura del estacionamiento. Estaba casi desierto y Nicole supo que esa era la última posibilidad de escapar.

Intentó tranquilizarse y pensar algún plan inteligente, pero al fin hizo lo único que se le ocurrió: darse vuelta por sorpresa y darle un rodillazo en los testículos. No supo si le había hecho daño o no pues en ese mismo instante se puso a correr como si la persiguiese el diablo.

El corazón le latía con violencia y los pulmones estaban a punto de estallarle, pero sabía que si se detenía estaría atrapada. Oyó pasos apresurados a la espalda, pero no se atrevió a mirar cuán cerca estaba de ella.

De repente sintió un dolor repentino, agudo y aterrador en la base del cráneo. Algo la estaba golpeando. Después de eso hubo una profunda oscuridad en su cabeza y dejó de pensar.

Cuando Nicole se despertó le dolían todos los músculos del cuerpo. Estaba tendida y con las manos atadas en un espacio estrecho. Intentaba entender cómo demonios había ido a parar allí.

El ruido del motor le dio la respuesta. Estaba en un coche. Por la oscuridad y el poco espacio del que disponía dedujo que estaba en el interior del baúl.

De momento, no podía hacer nada para arreglar tan precaria situación, solo acomodarse lo mejor que pudiera. Entonces el auto pasó por un bache y la fuerte sacudida la arrojó encima de algo duro y pesado. Estiró la mano hasta tocar el objeto y descubrió que era una pequeña caja de herramientas.

La abrió despacio pues intentaba hacer el menor ruido posible. No quería que el profesor supiese que ya se había despertado. Palpó cada uno de los objetos del interior y se quedó con uno que tenía un borde cortante. Intentó romper la cuerda que le ataba las muñecas, pero no le resultó nada fácil, pues el instrumento que utilizaba no parecía tener bastante filo. Cuando por fin lo logró, tenía la muñeca llena de cortes y la sangre caliente manaba con fluidez a través de las heridas. Comprobó que todas las heridas fuesen superficiales y después volvió a sujetar el afilado objeto. Lo empuñó en la mano y se preparó para cuando el profesor parase el coche y abriese el baúl.

Tuvo la impresión de que habían pasado varias horas antes de que el coche se detuviese pero, cuando lo hizo, el corazón de Nicole empezó a latir con violencia. La única posibilidad que tenía era atacarlo por sorpresa. Si él conseguía empuñar la pistola, entonces ella estaría perdida.

El profesor abrió el baúl con sumo cuidado. Pensaba que, con el golpe que le había dado, la prisionera debía de estar durmiendo y prefería no despertarla hasta que estuviese bien atada en el sótano del escondite. Solo esperaba no haberle pegado demasiado fuerte. La necesitaba viva, por lo menos hasta conseguir el tesoro.

Cuando Nicole se abalanzó sobre él lo tomó por completo desprevenido. Ella le clavó el objeto punzante en el vientre, le dio una fuerte patada para apartarlo y salió corriendo sin mirar atrás ni

una sola vez.

Estaba en una zona boscosa del todo desconocida para ella. No había ninguna casa a la vista, salvo la que parecía ser el escondite del profesor. El camino por el que había subido el coche no era más que un poco de tierra prensada.

Tenía que salir del camino. Si no había conseguido matar al profesor, sería el primer sitio donde la buscaría. Corrió entre la maleza y las ramas se le clavaron en los brazos y la cara pero siguió adelante e intentó olvidar el dolor que eso le producía.

No había ninguna luz, salvo la de la luna, así que lo único que podía hacer era seguir hacia delante y rezar para no perder pie por los múltiples obstáculos que la rodeaban.

La única ventaja con la que contaba en esa situación era que así como ella no podía ver nada, el profesor tampoco podría verla a ella.

Después de correr media hora, sin descanso, tuvo que parar a descansar un poco. Se recostó contra un árbol y apoyó la espalda en la corteza, mientras recuperaba el resuello.

Miró hacia atrás y vio una pequeña luz que se movía en zigzag mientras bajaba la montaña por el mismo camino que ella había seguido. Sabía lo que eso significaba. El profesor la estaba buscando y contaba con la ventaja de tener una linterna. Sacó fuerzas de donde no las tenía y se puso de nuevo en marcha, intentando no resbalar con las piedras del camino, cosa bastante difícil por culpa de las sandalias de cinco centímetros de tacón que llevaba. Caminar con ellas la retrasaba y no podía permitírselo. Se sacó las sandalias y las ató a una trabilla del pantalón. No quería dejarlas por miedo a que él las viese y le diese más pistas sobre el camino que llevaba.

La luz cada vez estaba más cerca. Si seguía recto no tardaría en alcanzarla. Se desvió un poco hacia la derecha, no mucho por no perder del todo el rumbo inicial. Si quería salir del bosque debía recordar bien por donde había venido para no dar vueltas en círculo.

Apenas había recorrido un par de metros cuando un pie se trabó con algo duro y cayó al suelo. El dolor que sintió en el pie la dejó por completo paralizada. Intentó moverlo pero le dolía demasiado. Estaba casi segura de que se lo había torcido o, en el peor de los casos, roto. De cualquier modo ya no podía seguir corriendo.

Buscó con la mirada algún lugar para esconderse. Se arrastró hasta un árbol podrido e intentó meterse en el pequeño hueco interior. El lugar era aún más claustrofóbico que el baúl del coche y lo peor era que sospechaba que no estaba sola.

Empezó a sentir unas pequeñas cosquillas por la pierna izquierda al tiempo que algo viscoso se deslizaba por la espalda. Quería gritar y salir de allí pero no sabía si el profesor estaba bastante cerca como para verla. Metió la mano bajo la ropa en la zona de la espalda y encontró una pequeña culebra que se deslizaba con lentitud. Sabía que debía quedarse quieta y dejar que se fuese, porque cualquier movimiento podía alterarla y hacer que la mordiese, pero la repulsión por el bicho venció al sentido común. La agarró fuerte y la tiró lo más lejos que pudo.

¿Era Devlin el sabelotodo que le había dicho que no había serpientes en Hawaii? Tendría que hablar con él largo y tendido sobre ese tema cuando volviese a verlo. Si es que volvía a verlo, se corrigió en forma mental.

Después de eso esperó y esperó, y rogó a Dios que Devlin la encontrase, hasta que se quedó dormida.

Se despertó cuando las luces de la mañana empezaron a filtrarse entre los huecos de la corteza. Se arrastró como pudo para salir del árbol. Tenía hambre y sed pero no podía hacer nada al respecto. Se arrepintió de haber huido y, por unos breves momentos, deseó que el profesor la encontrase. Ninguna situación podía ser peor que la que estaba viviendo en esos momentos.

Cuando ya pensaba que iba a morir allí oyó unas voces que la llamaban a gritos a lo lejos. Intentó volver a esconderse dentro del árbol por si acaso era el profesor, pero el tobillo le dolía demasiado. Se le había hinchado como una pelota de fútbol.

Se quedó muy quieta, alerta hasta al más mínimo ruido, mientras el corazón amenazaba con salírsele del pecho. Solo quería que lo que tuviese que pasar, pasase ya. No soportaba esa tensión por más tiempo.

—¡Nikki, cariño! ¿Puedes oírnos?

La voz de Devlin llegó hasta los oídos tan clara como un día de primavera. ¡Estaba salvada! Ahora que Devlin la había encontrado ya nada malo podía pasarle.

—Estoy aquí —gritó con todas las fuerzas que pudo.

—Sigue hablando, Nikki. Estamos cerca, pero aún no podemos verte.

Cuando vio a Devlin, Nicole supo, sin duda alguna, que era el momento más feliz de toda la vida. Devlin tenía un aspecto feroz y parecía no haber dormido en varias noches, pero aun así fue la visión más maravillosa de la vida.

Cuando él la vio entre la maleza, fue corriendo hacia ella, se agachó al lado y la abrazó como si la vida le fuera en ello.

—¡Me has dado un susto de muerte! Juro que después de la boda te voy a encerrar en casa y tiraré la llave.

—¿Cómo me has encontrado?

—La única propiedad que el profesor tenía en Oahu era una casa aislada, a nombre de la madre. Cuando supimos que él te había secuestrado intentamos dar con ella.

—Habéis tardado mucho —lo regañó, enfadada—. No te imaginas por todo lo que he tenido que pasar esta noche. Ha sido la más larga de mi vida.

—Shh, no te preocupes por nada, mi amor, ahora estás a salvo.

Devlin no podía dejar de besarla al tiempo que le hacía una pregunta tras otra.

—¿Te encuentras bien? ¿Estás herida? —mientras preguntaba la palpaba por todo el cuerpo para comprobar de dónde salía la sangre que le empapaba las manos.

Nicole siguió la mirada y vio la sangre seca.

—Esta sangre no es mía. Es del profesor, le clavé algo afilado en el estómago.

—¡Tienes las muñecas heridas!

—No es nada, me lastimé cuando corté las cuerdas que me ataban. La mayor parte de la sangre es del profesor. —Nicole intentaba tranquilizarlo al tiempo que se tranquilizaba ella—. ¿Está muerto? —A pesar de todo el daño que le había hecho, Nicole esperaba no haberlo matado. No quería cargar con una muerte sobre la conciencia el resto de la vida.

—No. La policía lo ha detenido y llevado a un hospital. Está herido, pero creo que se pondrá bien.

Eso no era del todo cierto, pero Devlin sabía que era lo que Nicole quería oír. El profesor

estaba bastante grave y, aunque la herida no había sido mortal en un principio, había perdido demasiada sangre mientras buscaba a Nicole.

—Cariño. —Devlin puso la mano bajo la barbilla de ella y le levantó la cara hasta que las miradas se encontraron frente a frente—. Me alegro de que lo hayas herido y, si lo hubieses matado, solo él y la loca avaricia que lo devoraba habrían tenido la culpa. Te quiero.

—Yo también te quiero, Dev.

Devlin la atrajo hacia él y la beso en los labios con intensidad. El beso empezó suave, casi como una caricia, pero el ansia de los dos lo volvió duro y salvaje.

Las voces de Jared y Derek interrumpieron el romántico momento.

—¿Está bien? ¿Está herida? —Derek y Jared empezaron a disparar cientos de preguntas en forma atropellada. Devlin hizo un gesto con la cara indicándoles que ya contestaría a todas las preguntas más tarde. Cargó a Nicole en brazos como si no pesase más que una pluma y se la llevó a un hospital.

Después de curar los innumerables rasguños que se había hecho y de mirarle la torcedura de tobillo, la subieron a una habitación para que descansase un par de horas antes de darle el alta.

La primera visita que tuvo, pues Devlin no la había abandonado en ningún momento, fue la de su madre. Entró como un cohete en la habitación y la cubrió de besos mientras despotricaba sobre lo cerca que había estado de perder a su pequeña.

—Mamá, ¿qué haces aquí?

—Devlin me mandó el avión para que pudiese llegar a la boda. —Miró al futuro yerno con desaprobación—. Pero no me dijo nada de lo que te había pasado esta mañana.

—No quise preocuparte y, como puedes ver, solucioné la situación a la perfección. —Devlin le regaló una maravillosa sonrisa y, como siempre, consiguió ablandar el corazón de la madre de Nicole.

—Me alegro de que estés aquí, mamá. —Nicole la abrazó con fuerza, como si no quisiera soltarla nunca más—. Me has hecho mucha falta estos días.

—Y yo también, Nikki. Ahora que vamos a retrasar la boda tendré tiempo de organizarlo todo. Tengo que confeccionar las listas de invitados, arreglar las flores y escoger el sitio. Preferiría que fuese en San Francisco o en Nueva York. —La madre de Nicole empezó a disparar todo tipo de ideas locas sobre cómo quería organizar la boda.

Devlin la interrumpió, asustado.

—No se va a retrasar el tiempo suficiente para que organices nada. No hemos podido casarnos esta mañana, pero el cura ya está avisado y ha accedido a venir esta tarde a casa, para darnos la bendición.

La madre de Nicole lo miró como si estuviese loco o de repente le hubiesen salido tres cabezas.

—Mi hija no va a casarse con la cara llena de arañazos como si fuese una vulgar ratera de barrio.

—Por supuesto que lo hará.

Ambos se quedaron mirando a Nicole a la espera de que diese la razón a cada uno, pero ella se puso a reír a mandíbula batiente.

—Nikki, dile a tu madre que nos vamos a casar hoy y que no va a poder hacer nada para impedirlo —ordenó Devlin.

—La estás coaccionando —lo acusó la madre de Nicole con los ojos entrecerrados—. Eso es trampa.

—No la estoy coaccionando. Me limito a informarle lo que va a suceder hoy.

—Devlin, bienvenido a la familia. —Sonrió Nicole mientras le acariciaba el brazo para tranquilizarlo—. Por supuesto que nos casaremos esta tarde. Lo siento, mamá, pero esta vez no voy a dejarlo escapar.

19

Fue una boda preciosa. Hasta la madre de Nicole tuvo que reconocerlo. Se casaron en el jardín de la casa de Devlin, rodeados de flores y risas, con el ruido de las olas que batían a ritmo feliz en la playa.

Kai y Jared fueron los padrinos y, aunque no había muchos invitados, sí que estaban todos los que en verdad les importaban.

En algún momento de la fiesta, Nicole se alejó en busca de un momento de tranquilidad y Devlin la siguió. No quería estar lejos de ella, ni tan siquiera un instante.

—¿Te alegras de haberte casado conmigo? —preguntó Nicole. Sabía la respuesta, pero aun así necesitaba oírla.

—¿Tú qué crees?

Antes de que ella tuviese tiempo de contestar Devlin la atrajo hacia sí con los brazos con inmensa ternura hasta que las narices estuvieron a punto de chocar.

—Bésame.

Nicole obedeció al instante. Nada le gustaba más que complacer al flamante marido y ahora tenía el resto de la vida para hacerlo.

Cuando terminó la fiesta, los novios partieron de luna de miel con rumbo desconocido. Nicole había insistido en llevarse a Kai con ellos, pero ella no aceptó de ninguna manera. No quería estropearles la luna de miel, pues era un momento muy íntimo y los novios debían estar solos para disfrutar mejor de la mutua compañía.

Jared se ofreció a quedarse con ella hasta que Devlin y Nicole estuvieran de vuelta en Honolulú.

A Kai, al principio, le pareció una solución perfecta, pero más tarde ya no estaba tan segura. No le gustaba ser una carga para nadie y, aunque comprendía que dependía de los nuevos amigos para adaptarse a la nueva vida, no quería que ellos se viesen obligados a cargar con ella para siempre.

Cuando Jared entró en el salón, encontró a Kai ensimismada en estos pensamientos. La observó en silencio unos instantes y le pareció en extremo triste y solitaria.

Se sentó al lado, sin saber muy bien qué hacer o decir para consolarla.

—¿Echas de menos a tu familia y tus amigos?

Kai se sorprendió al verlo sentado al lado pues no lo había oído llegar.

—Solo a mi padre. Es la única familia que me queda. Mi madre murió durante la gran revuelta y nunca he tenido verdaderos amigos hasta que os encontré a vosotros.

—Devlin me contó que tu padre te enseñó el camino a través de los túneles para poder escapar. ¿Por qué?

—Es una historia muy larga.

—Tenemos todo el tiempo del mundo.

Jared parecía interesado en forma sincera por la historia y Kai sentía la necesidad de compartir los recuerdos de la vida anterior con alguien.

—Mi padre es descendiente directo del gran rey Kamehameha.

—Eso quiere decir que eres un miembro de la realeza —interrumpió Jared, sorprendido.

—Supongo que sí, aunque ya no estoy segura de que eso signifique algo. ¿Quieres que continúe?

—Claro.

—Antes de morir el gran rey, le confió al hijo menor y a unos cuantos elegidos la ubicación del palacio, además de la misión de protegerlo frente a los invasores extranjeros que poco a poco comenzaban a llegar a las costas de Hawaii. Los elegidos se fueron a vivir allí en paz y armonía, agradecidos por haber sido escogidos entre los miembros más valiosos de la tribu para recibir semejante honor.

—No sé si vivir bajo tierra puede considerarse un honor —dijo Jared mientras cruzaba los brazos sobre el pecho.

—Para mis antepasados lo era. ¿Quieres dejar de interrumpirme? Así no acabaré la historia nunca.

—Claro, perdona.

Kai no estaba muy convencida de que esa fuera la última interrupción por parte de Jared, pero aun así continuó con paciencia el relato.

—Todo fue bien, hasta que mi abuelo murió, y dejó a mi padre huérfano con apenas siete años. El pueblo nombró reina regente a mi abuela hasta que mi padre alcanzara la mayoría de edad. Pero ella era una mujer frágil, incapaz de asumir semejante responsabilidad. Liholiho, uno de los hombres más poderosos de la tribu, se casó con ella para ayudarla a cumplir los sagrados deberes. El problema es que lo que él en verdad quería era hacerse con el poder que le correspondía a mi padre.

Kai suspiró en forma sonora mientras tomaba aire para continuar la historia.

—Cuando mi padre alcanzó la mayoría de edad, Liholiho intentó casarlo con una de sus hijas para conservar el poder, pero mi padre se enamoró perdidamente de mi madre y se casó en secreto con ella.

—Es una historia triste, pero también muy bonita. —Jared sintió la necesidad de darle ánimos para que pudiese acabar la historia.

Kai le agradeció la comprensión con una sonrisa profunda, mientras continuaba con el relato.

—A los pocos meses de nacer yo, mi padre exigió que Liholiho le devolviese todo el poder que le correspondía. Presentó a mi madre al pueblo y anunció que, aunque nuestra religión le permitía tomar varias esposas, como estaba tan enamorado de mi madre, ella sería la única. Liholiho empezó a poner a los consejeros y a los guerreros más poderosos en nuestra contra y así se inició la gran revuelta. Hubo muchos años de guerras y muertos de los dos bandos hasta que Liholiho consiguió capturar a mi madre. Mi padre cedió el trono a cambio de que la devolviesen sana y salva, pero Liholiho no cumplió esa parte del trato y la mató.

—Lo siento.

—Pasó hace mucho tiempo. Apenas me acuerdo de ella, pero aun así la echo de menos en forma constante.

Jared empezó a acariciarle la mano en forma distraída mientras ella terminaba el oscuro relato.

—Después de eso, todo empeoró. Liholiho nos encerró a mi padre y a mí en las mazmorras del castillo para que fuésemos olvidados por los súbditos que aún nos eran leales. El mes pasado, anunció que el día de la diosa yo debía casarme con su hijo para así legitimar su línea de sangre o someterme como sacrificio para la diosa Pele. Entonces mi padre me habló de los túneles y me ayudó a planear mi huida.

—¿Él no pudo escapar?

—Si lo hubiese intentado, ninguno de los dos lo hubiésemos conseguido. Es vigilado en forma permanente y apenas puede salir de la prisión. Pero algún día volveré a buscarlo y lo sacaré de allí.

—Yo te ayudaré.

Jared no sabía cómo iba a hacerlo, pero algo en el interior le decía que tenía que ayudar a Kai a reparar la injusticia que se había cometido con ella y con el padre.

—Gracias, pero vosotros ya habéis hecho demasiado por mí. No quiero poner vuestras vidas en peligro más de lo que ya lo he hecho por venir a vivir con vosotros.

—Los amigos se ayudan en los peores momentos, y ahora yo te considero mi amiga. Ni yo ni los demás vamos a abandonarte, Kai.

Kai supo que era un sueño imposible, no obstante se permitió, durante unos instantes, imaginar cómo sería la vida junto a su padre en el nuevo mundo. Si conseguían rescatarlo, tal vez volverían a ser felices.

Los secretos del Gran Rey
A. C. BALTON
M LS 2013 D
ISBN/ASIN: B00E63VDDK
VESTALES